



PAREJAS
PERFECTAS
III

En busca del
CANDIDATO PERFECTO

ALMA LAWSON



FAREJAS
PERFECTAS
III

En busca del
CANDIDATO PERFECTO

ALMA LAWSON

En busca del candidato perfecto

ALMA LAWSON

TÍTULO: En busca del candidato perfecto — Parejas perfectas III **PRIMERA EDICIÓN:** Noviembre, 2024

SELLO: Independently published

CORRECCIÓN Y DISEÑO DE INTERIOR: vip.servicioseditoriales@gmail.com **DISEÑO DE PORTADA:** Dayah Araujo

IMAGEN: www.pixabay.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio — electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin autorización previa y por escrito de la titular de este copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

CONTENIDO

[SINOPSIS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO FINAL](#)

[EPÍLOGO](#)

SINOPSIS



Lady Helena Wellesley siempre supo que su destino estaba enlazado al matrimonio. Enamorada desde pequeña del mejor amigo de sus hermanos, no pensó en otro candidato más adecuado para marido que en el primogénito de los condes de Essex. Sin embargo, su plan para convencer al susodicho de que ella era la joven más conveniente para esposa, se ve saboteado por la intrusión del insufrible amigo de su cuñado.

Lord Alexander Gordon maldijo el día en que heredó un título en ruinas, porque en su intención de salvar lo poco que le quedaba, se encuentra con una situación que lo arrastra siempre hacia las calamidades. Y su primer y más recurrente problema, es la cuñada de su mejor amigo.

Helena tiene suficientes motivos para descartar a Alexander como «un candidato adecuado», y Alexander prefiere mantenerse bien lejos de la familia de Helena para evitarse más disgustos, pero las situaciones diarias los hacen comprender que, a pesar de todo, no puede esquivarse lo que el destino ya tiene trazado.

¿Será Alexander el candidato perfecto que Helena siempre ha buscado?

CAPÍTULO 1



Londres

Día de la mascarada

Fanny se retiró del dormitorio después de terminar de vestir a Helena con aquel maravilloso vestido lavanda que Susan escogió para ella. Le quedaba perfecto con la máscara dorada que en ese momento se probó, mirándose irreconocible en el espejo. Sus ojos azules, idénticos a los de su madre, brillaban expectantes por la ansiedad de lo que ocurriría en aquel baile; era su última

oportunidad de convencer a Thomas de que ella era la candidata perfecta para él, antes de que se marchara a Boston.

—Tú puedes convencerlo, Helena. No hay nadie más persuasiva que tú. ¡Lo lograrás! —le dijo al reflejo de sí misma que el espejo le devolvía, y salió de su habitación.

Al pie de las escaleras, su padre aguardaba impaciente y de malhumor, pues no le agradaba para nada la idea de que su pequeña niña, que ni siquiera había sido presentada aún, fuese al tipo de fiesta al que asistirían. Sin embargo, Helena era una manipuladora consumada y Henry había caído redondito en su chantaje.

En cuanto su Lena —como la llamaban cariñosamente desde pequeña— apareció ataviada en un precioso vestido lavanda que acentuaba su figura muy parecida a la de Susan y Claire, su corazón se rompió en muchos pedazos. Pensar en la idea de que Susan pronto lo abandonaría para casarse con Henry, ya de por sí le resultaba muy amargo, pero nunca pensó que su pequeña consentida muy pronto imitaría los pasos de su hija mayor, porque estaba seguro de que, una vez la presentaran en sociedad, sería inevitable que fuese asechada por todos los caballeros solteros de Londres.

—¿Cómo me veo, padre? —indagó con su habitual sonrisa encantadora, mirando con adoración al duque de Lancaster.

—Te ves preciosa, cielo —le dijo su madre, ya que Arthur no pudo emitir palabra alguna de la impresión y desconuelo, por lo arrebatadora que se veía Helena. Se parecía demasiado a Claire cuando la conoció.

—¿De dónde salió ese vestido? —Arthur arrugó sus ojos pardos, mirando la exagerada sinuosidad de la prenda.

—Del armario de Susan, por supuesto. ¿Nos vamos? —Helena se dirigió hacia el vestíbulo, huyendo de la reprimenda que su padre tenía en la punta de la lengua.

En el carruaje, observaba pensativa el exterior. Había ensayado todos esos días un discurso muy convincente, en el que numeraba las ventajas que implicaban casarse con ella. En el fondo sabía que resultaría inútil, pero también estaba segura que si no lo intentaba; que, si no se sacaba de dentro aquel sentimiento, el arrepentimiento no la dejaría tranquila.

—Llegamos —dijo Claire, devolviéndola a la realidad—. ¿Te encuentras bien, Helena?

—Si has cambiado de opinión, estamos a tiempo de regresar a casa, Lena —agregó su padre, con la esperanza de que así fuese, aunque sabía que su hija no se echaría para atrás. Todos sus hijos eran sumamente obstinados.

—¡Para nada, padre! Solo estaba imaginándome cómo me lo pasaré en la fiesta... —Y era verdad. Había llegado el momento de enfrentarse con el rechazo cara a cara y trataba de figurarse cómo haría para esconder su vergüenza y decepción, después de que Thomas le dijera que solo la veía como a una hermana pequeña.

Su padre las ayudó a apearse y antes de dirigirse a la entrada, le dedicó unas cuantas palabras.

—No te separes de Henry, Helena. ¿Me has oído? —advirtió el duque de un modo severo—. Es muy peligroso que andes sin compañía confiable en este tipo de fiestas. A la primera oportunidad que note algo extraño, nos marchamos. ¿Has comprendido?

—Por supuesto, padre. Ya deje de preocuparse, ¿o no soy la más sensata de sus hijos? —increpó con una de sus encantadoras sonrisas y Arthur solo negó internamente y guió a las damas hacia la entrada.

—Excelencia. —Henry los interceptó, realizando una elegante reverencia a Arthur—. Duquesa, luce preciosa como de costumbre —le dijo a Claire y, por último, se dirigió a Helena—. Por un momento no la reconocí, milady.

Helena de inmediato enrolló su brazo al suyo.

—¡Lord Bristol! Espero que sea porque también me veo hermosa... —dijo ella.

Henry sonrió por la efusividad de su futura cuñada.

—Por supuesto, lady Helena. Estoy seguro que, cuando sea presentada, el duque tendrá mucho trabajo. —Le dedicó a su futuro suegro una sonrisa de boca cerrada. Estaba molesto porque Lancaster seguía poniendo a prueba su paciencia y el primer vals de la noche ya estaba sonando, lo que podría significar que Susan, seguramente, estaba girando en la pista en brazos de otro hombre que no era él.

Arthur arqueó una ceja y sonrió de lado.

—Bueno, creo que, de momento, mientras llegue ese día, lo más conveniente es ocuparme de mi hija mayor y de la insistencia de ciertos lores que han pedido su mano —retrucó el duque para molestarlo—. En estos momentos, Leinster debe estar poniendo en práctica algunos trucos para conquistarla...

Henry frunció el ceño por aquella insinuación, mientras miraba a Helena con súplica para apresurarse.

—Estoy segura de que mi hermana no caerá en esos trucos que menciona padre, milord, y se arrepentirá de haberle hecho ese favor a Louise, en cuanto lo vea. No se preocupe.

—Milady, usted como siempre es tan positiva... —masculló el marqués, pasando saliva porque las palabras del duque le hirvieron la sangre por los celos que sentía.

—Es mejor que entremos, querido —sugirió la duquesa a su marido, para terminar con las insinuaciones que evidentemente estaban torturando al prometido de su hija mayor.

—Cuida bien a mi hija, Henry, porque no respondo si algo le sucede. ¿Me has entendido? —Lo amenazó Arthur como una fiera, antes de que ingresaran todos a la residencia de los Harrington.

Henry de inmediato divisó a su futura esposa en la pista, girando en brazos de un fulano y se tensó como una vara. No quiso dar la vuelta que le sugirió Helena para no perderlos de vista, pero entonces, la música terminó y el hombre la regresó a un grupo de personas que departían amenamente. Se tranquilizó y puso en marcha su plan.

Helena había visto a Thomas perderse hacia la terraza de la enorme mansión y creyó que era la oportunidad perfecta para llevar adelante sus planes.

—Necesito aire, milord... —dijo de pronto, abanicándose con la mano para exagerar su actuación.

—¿Tan pronto se ha sofocado? —reprochó Henry, desesperado por ir hasta donde estaba Susan. Sin embargo, su acompañante ya lo arrastraba hacia una de las puertas laterales que daban a la terraza y el jardín.

—No queremos que, en mi primer baile y con usted como mi carabina, vaya a desmayarme delante de medio Londres, ¿verdad, lord Bristol? —increpó, sin prestarle la más mínima atención a los celos de su futuro cuñado—. Además, mi asunto es mucho más importante que el suyo, ya que usted tiene la seguridad de que Susan será su esposa; en cambio yo, estoy desesperada, milord... — Cuando salieron a la terraza, Helena se despojó de la máscara dorada que llevaba puesta y observó con súplica al marqués—. Es mi única oportunidad de confesarle a Thomas mis sentimientos... por favor, le ruego que tenga paciencia unos minutos; estoy segura que no me llevará mucho tiempo escuchar cómo me rechaza —dijo con tristeza, bajando la cabeza.

—Si ya sabe el resultado de su empresa, ¿por qué someterse a semejante mal momento? —cuestionó Henry, impotente por no poder hacer algo para ayudar a Helena—. Además, estoy seguro que Thomas sabe perfectamente lo que siente.

—Pero siempre me ha evitado, y yo necesito que me lo diga de frente para dar fin a mis ilusiones. Si no lo escucho de su boca, siempre permanecerá latente en mi corazón una leve esperanza que no me permitirá darle una oportunidad a otro caballero. No sé si me comprende, pero necesito acabar con esto de raíz y para siempre. — Se explicó ella con determinación.

Resignado, Henry afirmó.

—Está bien, milady, pero espéreme aquí un minuto —suplicó el marqués—. No se mueva de aquí hasta que regrese. ¿Lo promete?

—Por supuesto, querido cuñado. Lo prometo —dijo sonriente, pero cuando lord Bristol salió por la puerta lateral, esa sonrisa se borró de su rostro, se volvió a colocar la máscara, dio media vuelta y siguió con prisa hacia donde había visto a Thomas perderse.

Desde la terraza había visto cómo el mejor amigo de sus hermanos bajó por las escaleras que daban al jardín y dobló en una esquina. Helena levantó los pliegues de su vestido lavanda y con una agilidad impresionante, lo siguió hasta casi quedarse sin aliento. Lo volvió a alcanzar con la vista, y vislumbró que Thomas miró hacia ambos lados antes de cruzar una puerta.

—Es mi oportunidad... —susurró Helena y respiró hondo antes de ir hasta esa misma puerta,

abrirle y acorralar a Thomas para que la escuchara, aunque no quisiera.



Alexander iba vestido de negro, un color que le daba a su pelo claro el resplandor de un rubio brillante y realzaba el azul de sus ojos. El corte severo de su chaqueta, el chaleco de seda fuliginoso y los pantalones ajustados, glorificaban su metro noventa de estatura, la anchura de sus hombros y sus piernas largas y fornidas. Siempre tenía un aspecto elegante, cosa que había heredado sin dudas de su madre, pero por lo general de un modo indiferente y cínico. Aquella noche, era la imagen del típico libertino, de la cabeza a los pies; un depredador apasionado llegado directamente de las Highlands, a un baile de sociedad para hacer gala de sus malas artes.

Se encontraba recostado en una pared, cruzado de brazos y observando a través de su máscara dorada a las personas que bailaban. Si bien, nunca vio a la hija de Lancaster, en cuanto notó el porte de cierta dama y su actitud arrogante con los caballeros que le presentaban sus respetos, supo de inmediato que era ella: la mujer que había hecho perder la cabeza a su amigo en solo un maldito mes.

Rogaba en su fuero interno para que no le sucediera lo mismo. Había visto a aquella chiquilla y todo a su alrededor gritaba peligro, pero no podía quedarle mal a su mejor amigo, cuando estaba metido en un tremendo lío con su futuro suegro por su maldita indiscreción.

Recordó las palabras de Henry: Eres muy tonto para alguien tan inteligente como Helena. Caminaría sobre tu espalda en menos de lo que canta un gallo...

Relacionarse con una chiquilla que fue capaz de manipular a Henry y hasta a un hombre tan temible con el duque de Lancaster, solo significaba que debía andarse con cuidado y no caer en sus tretas.

—¡Hasta que por fin te encuentro! —La voz desesperada de su amigo hizo que arrugara el ceño—. Helena está en la terraza, es momento de que me suplantes.

—¿En la terraza? —increpó espantado Alex—. ¿Te has vuelto loco? Si alguien nos ve a solas en un lugar como la terraza, malinterpretarán las cosas y no deseo ponerme la soga al cuello por una niña que ni siquiera conozco, que es capaz de caminar sobre mi espalda y, sobre todo, que es hija de Lancaster. —Negó con vehemencia, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Alex... —masculló Henry, tomando la solapa de su levita con la mano derecha—. Si no vas, estaremos en graves aprietos. Recuerda que tu pellejo está en juego, y que ser carabina de mi futura cuñada es tu única salida de momento, ¿o prefieres que le cuente a su padre de tu pequeña indiscreción? —Lo amenazó.

Alexander resopló con fastidio y se enderezó, apartando la mano de su amigo de su chaqueta.

—Déjame decirte, que enamorarte ha afectado tu conducta y te nubla el juicio. ¡No puedo

creer que me lances a los brazos de la muerte por una mujer! —abrió los brazos de par en par con teatralidad.

—Alex...

—¡Ya voy! Y no te preocupes, que seré el mejor niño que has visto en tu desgraciada vida... —ironizó, ajustándose la máscara y yendo hacia dónde Henry le señaló.

Sin embargo, grande fue su sorpresa al no ver a nadie. Que la chica desapareciera, solo significaban problemas; un enorme y temible problema con el padre de la jovencita que no sabía dónde se había metido. Si no la encontraba, podía ir escribiendo las palabras que irían inscriptas en su lápida, porque si no lo mataba ese hombre, lo haría Henry.

Alex corrió hasta las escaleras que daban al jardín y vio los pliegues de un vestido color lavanda, justo cuando doblaba en una esquina de la enorme mansión. Prácticamente saltó y alcanzó a la chica que se había detenido de golpe, cuando un hombre, a quien no reconoció por la máscara que llevaba, ingresó a lo que parecía el invernadero.

¿Acaso esa jovencita había pactado un encuentro? ¡Por Dios! Solo eso le faltaba; ser niño de una chica que había conseguido acudir a aquel baile, ¡solo para asistir a una cita con un caballero!

Presuroso, prácticamente se lanzó sobre ella y la tomó del brazo cuando estuvo a punto de abrir la puerta de cristal que daba acceso a un bello invernadero.

—¡Pero qué... ! —Helena quiso gritar por el susto que le produjo al ser tomada por el brazo inesperadamente.

Alexander comprendió que, si la joven gritaba, llamaría la atención de la pareja que se encontraba dentro y alertaría a los que paseaban por el jardín. Si lo sorprendían a solas con lady Helena, sería su fin. Así que, hizo lo único que se le ocurrió: le tapó la boca con una mano, mientras con la otra la afianzó contra su cuerpo, rodeando su cintura.

—Guarde silencio o lo siguiente que nos espera, es un matrimonio forzado a punta de pistola, milady... —murmuró Alex, mirando de un lado a otro para cerciorarse que nadie los estuviera viendo—. Si promete que no va a gritar, la soltaré.

Helena asintió con la cabeza, pero en cuanto Alexander retiró la mano de su boca, emitió un chillido y él se la volvió a tapar.

—¿Acaso se ha vuelto loca?! ¿Quiere casarse con un desconocido? —increpó, fulminándola con la mirada azul brillante que podía verse a través de la máscara.

Notó que la dama se tensó y volvió a negar con la cabeza.

—Entonces, ya no haga tonterías y no tiente a nuestra suerte. Soy demasiado joven para casarme, y menos con la hija del diablo... —farfulló, negando con la cabeza por tan mala suerte. Sin dejar de taparle la boca, la arrastró para observar a través del cristal hacia el interior del

invernadero, y vio a un hombre y a una mujer abrazados —. ¿Por qué siguió a esa pareja? —le cuestionó, observando cómo se besaban apasionadamente allí dentro.

Acercó a Helena más al cristal y la sintió temblar en sus brazos en cuanto vislumbró lo que él estaba viendo. La sujetó con ambos brazos, liberando su boca, y la abrazó con fuerza mientras ella emitía un grito por la impresión. La pareja de dentro pareció percatarse y Alex vio que el hombre se acercaba y la mujer intentaba esconderse entre algunas plantas.

«¡Oh, no!», se dijo Alexander, cuando el hombre cada vez se acercaba más y no podía echarse a correr con la dama a medio desfallecer, por vaya a saber qué cosa. Pensó y pensó qué hacer para que no se descubra la identidad de la niña a la que hacía de carabina, pero no se le ocurrió nada. Cuando el caballero abrió la puerta, sin pensarlo demasiado, la besó.

CAPÍTULO 2



Helena había sentido pavor cuando escuchó una voz que no era la de su cuñado, reprocharle que estuviera a punto de gritar.

¿Y qué demonios quería ese desconocido que la había tomado desprevenida? Además, la tenía sujeta del talle, muy cerca de su cuerpo.

Intentó reconocer al caballero que tenía una mano sobre su boca, a través del antifaz, pero estaba segura que jamás lo había visto ni oído su voz. Sin embargo, aquello fue un pequeño detalle en comparación a lo que sintió cuando la acercó al cristal y vio a Thomas besando apasionadamente a una dama. Sus rodillas temblaron y se sintió al borde del desmayo cuando el hombre que la tenía apresada, afianzó sus brazos alrededor de su cintura. Un quejido de lamento salió desde lo profundo de su alma dolida, sin pensar en las consecuencias de que la descubrieran con un caballero en aquella comprometedor situación. Aun así, fue incapaz de recomponerse de la impresión y, más que nada, de la desilusión; los músculos no le respondían y sus brazos se aferraron al cuello del hombre que la tenía estrechada contra sí.

Escuchó el crujir del picaporte y de improviso, unos labios húmedos y calientes cayeron sobre su boca. Permaneció inmóvil por unos segundos y luego contuvo el aliento que le obstruía la garganta. Pestañeó varias veces y cerró los ojos, dejando escapar un suspiro en el momento en que los labios de ese desconocido se encontraron con los suyos.

Para Alex, el beso que le dio a esa niña fue el más inocente que recordaba haber compartido jamás con una mujer. Su boca era dulce y exquisita, con unos labios llenos y vivamente femeninos. Los frotó una y otra vez con su boca, y luego los envolvió por completo, incrementando sutilmente la fuerza sobre ellos, sin olvidar por un solo segundo que ni siquiera se

trataba de una debutante.

Estaba a punto de abandonar su boca, de poner punto final a aquella exquisita caricia, cuando los labios de la jovencita se movieron bajo los suyos en una clara respuesta a su beso.

Helena no podía pensar más que en las emociones que le estaban causando aquella delicada fricción entre los labios del desconocido y los suyos. Sin pensarlo demasiado, respondió a los impulsos de su cuerpo, entreabrió la boca y le devolvió el beso, tierna y retraídamente. En ese instante, sintió las mismas manos que asían su cintura, tomarle el rostro y sujetarle la cara con fuerza, mientras ladeaba la cabeza y profundizaba el beso. Ella abrió los ojos impresionada y gimió, mientras el hombre acarició con la lengua su labio inferior y arremetió en su cavidad, haciendo que sus sentidos, de por sí abrumados, se nublaran con más fuerza.

Alex no podía comprender lo que le estaba sucediendo, y cuando la sintió temblar entre sus brazos, un escalofrío se apropió de todo su ser y la aproximó más a su cuerpo, ensamblando las caderas de la joven en sus rígidos muslos. Mientras movía por un impulso incontrolable su boca, la cabeza le empezó a dar vueltas y las pulsaciones de su corazón rugían en su pecho. La necesidad de abrazarla, de enclaustrarla contra él y someterla, era casi insoportable.

Un carraspeo fuerte e insistente lo obligó a detener los movimientos de su boca. De pronto, recordó que la jovencita era una niña y que, por encima de todo, se trataba de la hija de Lancaster y la futura cuñada de su mejor amigo. Además, era inexperta para someterla a los artilugios de un libertino consumado como él, que no estaba acostumbrado a mujeres como la que se aferraba a su cuello con sus manos y hundía su rostro en su pecho.

—Lo siento, fue inevitable... usted comprende, ¿cierto? Ha venido a lo mismo, ¿o me equivoco? —dijo Alex al hombre que salió del invernadero.

—Cierto... —fue lo único que dijo el caballero pelirrojo, que lo escrutaba con desconfianza.

—Cariño, es mejor que busquemos otro sitio que no esté ocupado... —Le dijo a Helena que permaneció inmutable—. Vamos. —La abrazó por la cintura, mientras ella mantenía la cabeza escondida en su pecho, y la arrastró fuera del campo de visión del hombre que parecía intentar descifrar algo.

En cuanto notó que el hombre regresó al interior de invernáculo, suspiró con tranquilidad.

—Eso estuvo cerca... —musitó Alex—. ¿Me puede explicar por qué siguió a ese joven? No me diga que tenía una cita con ese caballero, porque ya se habrá dado cuenta que tenía otros planes que no la incluían a usted...

Helena se sentía abrumada, tanto por la imagen del muchacho a quien había idolatrado toda su vida, como por el inesperado beso que ese desconocido le propinó. Estaba al borde del colapso emocional, cuando su acompañante la sentó en una banca del jardín y poco a poco recuperó los sentidos y el juicio, mientras una indescriptible ira se apropiaba de ella.

Alexander comenzó a caminar de un lado a otro delante de la chica a la que había sentado en aquella banca. Su cuerpo había reaccionado de un modo inexplicable cuando la besó, en un acto

desesperado por ocultarla de aquel hombre, y lo único que deseaba en aquellos momentos era huir de la hija del diablo. Si ese hombre llegaba a enterarse de lo que acababa de hacer, lo despellejaría vivo en el mejor de los escenarios. La joven tampoco respondía a sus preguntas y estuvo a punto de ponerse la soga al cuello por ese alocado favor que le pidió Henry, a quien, en esos momentos, detestaba con todas sus fuerzas.

—¡Por Dios! ¿Acaso es muda? —Le volvió a increpar, a la chica que presionaba sus puños arrugando la tela de su vestido—. No sé a qué estaba jugando, milady, pero lo que ha hecho...

¡Plasss!

Alex no pudo terminar de hablar porque la joven, inesperadamente, se puso de pie y le plantó una sonora bofetada.

—¿Pero qué demonios le sucede?! —Le reprochó Alex a Helena, frotándose la mejilla izquierda—. Yo solo estaba protegiéndola, ¿y me paga así? —Sin pensarlo, Huntly se despojó de su máscara y la fulminó con sus preciosos ojos azules.

—¡Pues vaya manera de protegerme! —retrucó Helena, deshaciéndose también de su antifaz, mientras se medía con sus refulgentes ojos zafiros con el hombre que tenía en frente.

Sin embargo, el aspecto del caballero que dejó al descubierto su rostro, le quitó el habla por unos instantes en que no pudo evitar recorrerlo con la mirada. El hombre era alto, tan alto y con los cabellos más dorados que había visto en toda su vida; llevaba puesta una elegante levita negra que realzaba sus hombros anchos; sus poderosos muslos iban embutidos en unos ajustados pantalones oscuros. Una camisa del mismo color se adhería a su cuerpo, debajo del chaleco de cierre cruzado. Parecía la personificación del típico calavera.

El hombre a quien acababa de abofetear, se acercó furioso y la miró con extrañeza. Helena le sostuvo la mirada y deseó con todas sus fuerzas, ser un poco más alta para enfrentarlo con mayor seguridad.

Alex se sintió abrumado cuando se encontró naufragando en unos ojos azules cristalinos más claros que los suyos. La había visto a cierta distancia sin la máscara, pero tenerla delante de él, mirándolo furiosamente apasionada, resultó desconcertante porque se encontró con el rostro más angelical que hubiera visto jamás. Sus ojos no pudieron resistirse a recorrer cada recoveco de su preciosa y angelical cara; tenía unos labios de formas perfectas, entintados del rosetón más delicado que había visto nunca... y los más dulces y sueves del mundo, pues los acababa de probar.

Su sentido común se estaba desmoronando vertiginosamente a causa de esa jovencita que había despertado a sus demonios internos reclamando a gritos a su presa, y a la vez, luchando para contener el impulso que le insistía en volver a abordarla, tomarla entre sus brazos y volver a besarla a modo de escarmiento.

Presionó con fuerza sus manos en puño, y se obligó nuevamente a recordar quién era la joven, y quién era él. Claramente, no eran iguales; ni ellos, ni sus mundos.

Sacudiendo la cabeza con vehemencia, se libró del embrujo que le había lanzado la muchacha con su apariencia y el beso, y frunció el ceño de malhumor.

—Se puede saber ¿qué diablos cree que está haciendo?

—Eso mismo debo preguntarle yo —retrucó Helena, altiva y con la barbilla levantada—. ¿Quién se cree usted para abordarme y besarme de esa manera?

—¡Solo trataba de evitar que la reconocieran! —Se explicó con vehemencia, en tanto su cabello que estaba perfectamente peinado hacia atrás, comenzó a alborotarse—. ¿Acaso no sabe lo que eso implicaría? Sería un escándalo y no tendría más remedio que ¡casarme con usted!

—¡Pues yo no le he pedido su ayuda!

—¡Pero Henry sí! —dijo Huntly, desconcertando a la joven—. Es mi mejor amigo y me pidió cuidarla mientras él se ocupaba de unos asuntos con su hermana...

Helena arrugó el ceño y volvió a estudiar al hombre que tenía delante; estaba vestido del mismo modo que el marqués, lo que podía explicar por qué lord Bristol le pidió que aguardara unos momentos en la terraza. ¡Claro! Fue a buscar a su amigo para que se hiciera pasar por él y no dejarla sola, mientras él se encargaba de Susan.

Sin embargo, eso no lo eximía del atrevimiento de besarla. Le había arrebatado su primer beso; un beso que había guardado celosamente para el único muchacho a quien había idealizado como su pareja perfecta.

Se tomó de las sienes y esta vez fue ella quien comenzó a caminar de un lado a otro frente a Alexander.

—Mi primer beso... mi primer beso... —murmuraba, mas Alex no llegaba a comprender. De repente, se detuvo y lo apuntó con un dedo—. Me acaba de arrebatar mi primer beso. ¿Cómo pretende compensarme por tal ofensa?

—¿Qué?!

—¡Que cómo pretende retribuirme por haberme arrebatado mi primer beso!

Alexander se quedó desconcertado hasta que comprendió sus palabras. Sonrió con naturalidad, muy despacio, con esa acostumbrada sonrisa lobuna que siempre se dibujaba en sus labios. Bajó la mirada hacia la colmada boca de Helena y le dijo:

—Si quiere, se lo devuelvo... —tomó un mechón de pelo y lo llevó tras su oreja.

—¿Qué? —dijo Helena, incrédula y pasmada por la acción inapropiada e íntima de acomodarle el cabello.

—No encuentro otra solución, más que devolverle lo que he tomado sin su permiso... —insistió Alex, bajando la cabeza.

Helena alcanzó a reaccionar y se apartó, en tanto su piel marfilada se teñía de un intenso rubor.

—No entiendo cómo un caballero como lord Bristol, puede ser amigo de un hombre tan atrevido como usted... —masculló con nerviosismo, porque estuvo a punto de dejar que la besara de nuevo —. Ni siquiera se ha presentado, no sé ni su nombre, ¡y me ha besado! —clamó con horror.

—Ya le expliqué los motivos; si ese hombre la hubiera reconocido, ahora mismo seríamos la comidilla de medio Londres y su nombre estaría en boca de todos. Solo intenté salvaguardar su honor de posibles chismes y habladurías que no le dejarían más opciones que desposarse conmigo, y créame cuando le digo que no soy un buen prospecto para marido —dijo tajante.

—¡No hace falta que lo aclare! —exclamó, haciendo alusión a que no era un buen partido—. Y, de todos modos, Thomas jamás habría levantado habladurías en mi contra... —Helena recordó la imagen de su caballero perfecto, besando apasionadamente a otra mujer, y cayó sentada en la banca. Sin pensarlo demasiado, comenzó a hablar—. Solo quería aprovechar mi única oportunidad para explicarle por qué debía casarse conmigo, pero me quedó claro que jamás seré suficiente para él...

Alexander arrugó el ceño y la escrutó con fijeza, mientras se cruzaba de brazos.

—He estado enamorada toda mi vida de él, y nunca se me ocurrió... —Helena tragó con fuerza, mientras contenía sus ganas de llorar delante de un completo desconocido a quien le estaba confesando su fracaso amoroso.

—Está diciendo que, ¿siguió a ese muchacho para confesarle sus sentimientos? —Alex inquirió con incredulidad. Helena se encogió de hombros, y Huntly resopló con frustración, tomando asiento a su lado—. Lo siento, milady. —Se disculpó con sinceridad.

—Exactamente ¿por qué, señor...?

—Mi nombre es Alexander, milady; Alexander Gordon, marqués de Huntly, mejor amigo de lord Bristol y lamento mucho lo que ocurrió. Le aseguro que mi intención no fue aprovecharme, solo quise resguardar su identidad y no se me ocurrió otro modo. También lamento que haya visto a ese caballero en esas circunstancias, pero estoy seguro que por alguna razón suceden las cosas y es evidente que ese muchacho no le corresponde... —dijo para confortarla.

Contrario a lo que Alexander esperaba, la joven solo sonrió.

—Era lo que necesitaba para terminar con las absurdas ilusiones que me he hecho toda la vida... —suspiró con tristeza, pero luego arrugó la frente y lo miró directo a los ojos—. Y no crea que sus disculpas son suficientes para reparar su atrevimiento de robarme mi primer beso. —Se puso de pie y trató de colocarse nuevamente la máscara, sin éxito.

Alex rodó los ojos y tomó el antifaz de su mano.

—Déjeme ayudarla... —Sus dedos rozaron sin querer la nuca de Helena y se tensó. A duras penas terminó la labor de anudar la máscara—. Listo.

—Iré descontando de su enorme ofensa, los pequeños favores que me haga —avisó Helena de un modo enigmático, pues se le acababa de ocurrido una brillante idea—. Si desea sinceramente que lo perdone, solo debe aceptar y haré de cuenta que nada sucedió entre nosotros. ¿Qué dice, señoría? ¿Estaría dispuesto a reparar los daños que su ignorancia le ha causado a mi honor? —incredulo, ladeando la cabeza, mientras sus labios dibujaban una encantadora sonrisa.

Alex se estremeció cuando la escuchó hacerle semejante propuesta, porque no tenía la menor intención de volver a entablar relación alguna con la dama. La jovencita que parecía devastada hace unos minutos, ahora estaba sonriendo como si nada hubiera sucedido, y si no hacía caso a las advertencias de Henry en relación a la hija menor de su excelencia, esa chiquilla sería su ruina.

—Déjeme pensarlo... —fue lo único que se le ocurrió decir en el momento y se dispuso a cubrir su rostro con su propia máscara—. De momento, permítame escoltarla hasta donde se encuentra Henry para que la regrese sana y salva con sus padres. —Le ofreció galante su brazo y la joven aceptó—. Y... ¿cómo logró convencer a su padre y a Henry para venir a este baile? —preguntó con curiosidad—. No me malinterprete, pero él mencionó que aún no ha sido presentada.

—¡Fue muy sencillo! —Se jactó Helena—. Sabe quién es mi padre, asumo. —Alex afirmó con la cabeza—. Pues ya tiene la respuesta —sonrió con vivacidad, despertando la curiosidad del marqués.

—Soy lento de entender, milady: ¿podría iluminarme con sus métodos? —insistió. Quería saber cómo una jovencita que tenía el aspecto de ni siquiera matar una mosca, pudo convencer al duque de Lancaster y a Henry para que accedieran a traerla a un baile como ese.

—Solo utilicé mi don para convencerlos; su amigo, lord Huntly, está perdidamente enamorado de mi hermana, y solo bastó mencionar a los pretendientes de Susan para que estuviera de acuerdo con mi idea de venir al baile como mi acompañante.

—Ya veo... —susurró Alex, arrugando el ceño—. ¿Y a su padre? ¿Qué le dijo?

—Mi padre, aunque le cueste creerlo, es el hombre más amoroso y complaciente con su esposa e hijos. Haría cualquier cosa para satisfacernos.

—Pues, como ha dicho, me cuesta creerlo.

—Es el mejor hombre que he conocido en mi vida —insistió Helena.

—Sí, claro... —musitó Huntly con sorna.

—No debe juzgar a las personas sin conocerlas, milord. Le aseguro que se sorprendería si llegara a conocer a mi familia — retrucó Helena con orgullo.

—Bueno, en lo que respecta a su padre, lo conozco y muy bien; me vio crecer junto con Henry...

—Entonces, ¿sabe cómo mi padre pactó el compromiso de Susan? —preguntó con curiosidad.

—La madre de Henry fue la segunda esposa del marqués de Bristol, que ya tenía un heredero. Cuando Henry nació, Garrad, su hermano mayor, lo detestó profundamente al igual que a la nueva marquesa y, cuando el marqués murió, comenzó a atentar contra Henry. Fue cuando lady Amalia, su madre, recurrió a su padre para pedir su protección... —relató Alex.

—¡Pobre de lord Bristol! —Helena se llevó la mano libre al pecho, mientras paseaba por el salón de baile del brazo del marqués de Huntly—. Bueno, una razón más para considerar a mi padre un buen hombre; aunque, si ya había un marqués de Bristol, ¿cómo llegó el título a manos de mi cuñado? —curioseó suspicaz y Alex casi se atoró con su propia saliva.

—Tengo entendido que fue a causa de un duelo... —atinó a decir la versión que todo el mundo sabía—. ¿Ve a Henry por algún lado? —preguntó, deseando salir corriendo de esa niña que, comenzaba a creer, sí sería capaz de caminar sobre la espalada de cualquier hombre ingenuo.

Lo estaba torturando con su cercanía.

—¿No es el caballero que va hacia ese pasillo? —señaló con la cabeza.

Huntly arrugó el ceño y afirmó con la cabeza. Si Henry iba solo hacia un sitio que probablemente conducía a las habitaciones o el despacho del anfitrión, era porque había problemas.

—Vamos... —tiró de Helena para seguirlo.

—Pero, ¿no quería deshacerse de mí? —le increpó, tratando de seguirle el paso.

—En realidad, no quiero tentar a mi suerte, pero su hermana debe estar en problemas. Así que ¡andando!

Sin dejar de protestar, ella lo siguió hasta que llegaron al despacho del esposo de Louise, donde el marqués de Bristol apuntaba con una pistola al duque de Leinster.

Para Helena, todo sucedió tan rápido; la entrada de John y el gigante escolta pelirrojo del marqués de Bristol, la sutil advertencia de su hermano a su cuñado y la fecha de la boda de Susan. No comprendía absolutamente nada, pero de la misma manera en que el amigo de Henry la llevó a rastras hasta allí, de ese mismo modo la obligó a dejar a solas a los futuros esposos.

—¿Por qué no puede explicarme sobre las despedidas a medianoche? —insistía, haciendo alusión a las palabras de John y a los motivos por los que Susan no podía negarse a ese matrimonio tan apresurado.

—Ya se lo he dicho; en cuanto sea presentada, se lo explicaré.

—Eso significa ¿que lo veré seguido?

—Pues, si soy amigo de Henry, asumo que sí —respondió Huntly, como si fuera lo más lógico.

—Además, mi hermano ya lo ha invitado a la boda de Susan. Aunque —arrugó el ceño—, sigo sin entender por qué John tiene tanta prisa. Ni siquiera nos dará tiempo de organizar una fiesta adecuada.

Alex tosió.

—¿Su hermana desea una fiesta pomposa? —preguntó, para informarle a Henry sobre lo que anhelaba su futura esposa, omitiendo los detalles sobre la prisa del heredero del duque.

—Estoy segura de que Susan está muy agradecida de que la fiesta sea íntima y en Haven House —musitó con nostalgia—. Ella es... diferente. Siempre fue querida por todos, aunque se comportara de un modo insufrible. ¡Salió a padre!

—Y hablando del diablo... —le señaló al duque, que estaba furioso, observando cómo Henry danzaba en la pista con su hija mayor. Resopló en su fuero interno y se armó de valor para acercarse y entregarle a lady Helena—. Excelencia. —Alexander inclinó la cabeza delante de Lancaster—. Me ofrecí a escoltar a su hija hasta aquí...

Alex notó cómo los ojos sombríos del duque, se oscurecían mientras los achicaba y lo escrutaba con fiereza, mas trató de mantenerse sereno.

—Es que lord Bristol moría de ganas por bailar, y no podía ser tan desconsiderada con él. Usted lo comprende, ¿cierto, padre? — Lady Helena habló para ayudarlo.

—Tanto tiempo, Huntly —dijo, en cambio, su excelencia—. He oído que tu padre murió. Mis condolencias.

De solo oír la mención de su padre, a Huntly se le revolvió el estómago

—Gracias —respondió secamente—. Ya he cumplido con mi propósito y milady se encuentra a salvo. Si me disculpan... —realizó una elegante reverencia y se perdió entre la multitud. No quería tentar a su suerte y correr con el mismo destino que Henry, y si seguía cerca de Helena Wellesley, estaba seguro que caería sin remedio al embrujo de esa persuasiva jovencita.

CAPÍTULO 3



Haven House

3 días después...

—¿Por qué nadie quiere decirme acerca de las despedidas a medianoche? —inquirió Helena, con un mohín en los labios, mientras ayudaba a su madre y a su tía Anabelle con el ajuar de la novia.

—¿A qué te refieres, Lena? —indagó Anabelle, condesa de Essex, mientras doblaba con delicadeza un camisón de seda transparente que había traído de Boston. Se ruborizó al recordar su propia noche de bodas, aunque no había esperado a esa noche para entregarse por primera vez a su marido.

—Es que, cuando John fijó la fecha de la boda de Susan con lord Bristol, dijo que era consecuencia de las despedidas a medianoche, pero nadie quiere explicarme a qué se refería... —resopló, intentando ocultar su frustración por lo sucedido con Thomas, o más bien, por lo que no llegó a suceder con el mejor amigo de sus hermanos, disfrazando su malhumor con aquel hecho que sinceramente no comprendía.

Anabelle tosió y abrió los ojos como platos, mirando con sorpresa a Claire que suspiró y afirmó con la cabeza.

—Además, ¿por qué John tuvo que fijar la fecha de la boda? —insistió Helena, frunciendo el ceño—. ¿No debieron hacerlo el marqués y Susan?

—Cariño, esas explicaciones te las daremos en cuanto conozcas al caballero adecuado y te comprometas —dijo su madre, paciente—. Además, sabes que tu hermano es el más obstinado de los tres.

Helena volvió a evocar a Thomas besándose con aquella mujer y sus ojos se llenaron de lágrimas, por lo que decidió dejar a solas a su tía y a su madre, e ir a refugiarse en la habitación de Susan.

Era de noche y su hermana debía estar alistándose para bajar a cenar, porque tenía entendido que el marqués llegaría para la última comida del día. Debía estar feliz, y una vez más, volvía a envidiarla de una buena manera.

Tocó la puerta antes de entrar, y sus ojos azules se encontraron con los pardos de Susan que estaba sentada en el tocador, terminando de arreglarse. Su hermana le sonrió; estaba feliz como nunca la había visto.

—¿No molesto? —inquirió, ingresando al dormitorio.

—Tú jamás me molestarías, Lena. —Susan arrugó el ceño cuando notó que el semblante de su hermana pequeña estaba apagado, la tomó de las manos y la condujo al chaise junto a la ventana—. ¿Ocurre algo? No tienes buena cara...

—Nada que no se me pase con el tiempo —dijo Helena con una triste sonrisa—. Seguramente, lord Bristol no tarda en llegar...

—Me envió una nota —los ojos de Susan brillaron como nunca—. El carruaje con los regalos

que me envía su madre tuvo inconvenientes y por eso están retrasados. Además, no viene solo —añadió, mirando de reojo a Helena que no comprendió el doble sentido de sus palabras y solo afirmó con la cabeza, en tanto sus ojos se perdían en la nada—. Lena, ¿qué sucedió en la mascarada? —increpó—. Desde esa noche, luces distinta. ¿Te hizo algo Thomas?

Helena negó con la cabeza.

—No tuvo tiempo de hacerlo, pues ni siquiera me vio... —musitó ella, emitiendo un suspiro—. Lo vi, besando a otra dama en el invernadero, Susan, y pensé que en ese momento moriría. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y se abrazó a su hermana—. Hubiera preferido desencantarme de otro modo —tembló, hundiendo su cara en el regazo de su hermana mayor que le acomodó y acarició su cabello—. Duele, Susan... y lo peor del asunto es que debo disimular que nada ha ocurrido cada vez que me habla. ¿Por qué ha venido?

—Lo siento mucho, Lena, pero ¿no crees que es mejor así? —planteó Susan—. Piénsalo; quizás, así, cuando seas presentada tu corazón se sentirá libre para fijarse en otros caballeros, ¿no lo crees?

—Lo sé, pero eso no significa que no duela. Solo deseo que se marche de una vez para no tener que ocultar cuanto lo detesto... —susurró, mientras un hilo de lágrima descendía y mojaba la tela del vestido de su hermana.

—Bueno, convengamos que Thomas nunca te dio esperanzas, y no puedes enfadarte con él porque su corazón no te corresponde; si te hubiera dado alas y hecho lo que viste, sí tendrías motivos para detestarlo. Además, eres joven, Lena, y te aseguro que aparecerán muchos caballeros que se pondrán a tus pies. Te lo digo por experiencia. —Le aseguró su hermana.

—Aun así, no aceptaste a nadie por el muchacho a quien salvaste —refutó Helena—. Aunque, seguramente lord Bristol tuvo algo especial para hacerte olvidar a aquel hombre...

Susan sonrió y Lena se incorporó para mirarla a los ojos. Su hermana mayor le limpió los rastros de lágrimas con sus dedos.

—¿Qué no me has contado?

—Pues, que el destino es tan sabio que Henry resultó ser el mismo muchacho que salvé aquella vez... —reveló Susan, emocionada y Helena se quedó impresionada.

—Entonces, ¿te casarás con el hombre por quién has esperado desde siempre? —preguntó conmovida por las novedades. Susan afirmó y ella saltó a su cuello—. ¡Oh, Susan! ¡Eso es maravilloso!

—Lo sé, Lena, soy tan feliz —respondió la mayor de las Wellesley—. Y quiero que alguna vez, experimentes la misma felicidad y seas muy dichosa porque te lo mereces.

—No creo que Thomas mire hacia atrás y descubra de repente que me quiere... —dijo con sorna.

—¡Olvida a Thomas, Lena! Hay muchos peces en el mar. ¿Recuerdas a lord Huntly? ¿No crees que sea un caballero encantador? —indagó Susan.

—¿Ese hombre insufrible? —inquirió Helena con horror y Susan afirmó—. ¡Para nada!

—Pero, en el baile pareció que se llevaban de maravilla...

—Pues te pareció mal, porque nos pasamos discutiendo desde el momento en que me besó sin mi permiso. —De inmediato, Helena se tapó la boca y a Susan casi se le cae la mandíbula de la impresión.

—¿Cómo que te besó?! —increpó Susan, mientras Helena negaba con la cabeza, cubriendo su boca. La mayor tiró de sus manos—. Habla, Lena: ¿te besó a la fuerza?

—Es una larga historia... —Helena suspiró y se acomodó, buscando las palabras adecuadas para explicar la situación.

—Bueno, tenemos todo el tiempo del mundo.

—Lord Huntly fue obligado por Henry a ser mi carabina, para que él pudiera vigilarte. Fue cuando seguí a Thomas hasta el invernadero; el marqués pensó que, besándome, ocultaría mi identidad de Thomas y su acompañante —explicó con resignación.

—Entonces, ¿Huntly lo hizo para salvar la situación?

—Eso dice él. —Helena rodó los ojos—. En parte, se lo agradezco porque me salvó del bochorno de enfrentarme a Thomas y a la fulana que lo acompañaba, pero se robó mi primer beso, Susan, y eso no se lo voy a perdonar. —Se cruzó de brazos y frunció el ceño.

Susan sonrió enigmáticamente.

—Entonces, no sentiste nada cuando un hombre tan apuesto como lord Huntly te besó... —concluyó, escrutando el rostro de Helena que se tiñó de rubor. Sonrió triunfal y siguió hablando—. Porque, no podemos negar que el caballero es apuesto; es alto, fuerte, con un rostro endemoniadamente angelical... ¡el sueño de toda mujer! —suspiró con teatralidad.

—Pues eso no le quita lo insufrible —replicó Helena—. Además, me dejó en claro que no es un prospecto para marido y que solo me besó, precisamente para librarse de la catastrófica posibilidad de que tuviera que casarse conmigo si alguien me reconocía. —Negó con vehemencia—. Es el hombre menos indicado para esposo, y sigo sin comprender cómo un hombre tan refinado como mi futuro cuñado, puede ser amigo de un truhan como Alexander Gordon —refunfuñó.

—Bueno, algo especial debe de tener. No tienes que juzgar a las personas sin conocerlas, Lena.

—Mejor dejemos de hablar de ese insufrible caballero, y centrémonos en tu boda. ¿Estás nerviosa? ¿Dónde vivirán?

—Para nada; no tengo motivos para estar nerviosa y asumo que entre Londres y Devonshire, aunque confieso que extrañaré mucho esta casa y a todos ustedes. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y abrazó a su hermana.

—Puedes venir cuando quieras; incluso, mientras tu marido vaya a Londres a por sus asuntos, tú puedes quedarte aquí... — Helena comenzó a llorar—. ¡Es injusto, Susan! Precisamente cuando nos volvemos más cercanas, te tienes que marchar... —hundió su rostro en el pecho de su hermana y sollozó como una infante.

—Prometo que vendré seguido y tú también puedes visitarme y pasar temporadas largas en donde viviré. Además, cuando seas presentada ni siquiera tendrás tiempo de extrañarme...

Helena se separó de su hermana y se limpió el rostro.

—Siempre quise tener la edad adecuada para conquistar a Thomas, pero ahora, no tengo ningún deseo porque llegue ese momento —confesó con pena—. No sé si encontraré a otro caballero que me haga sentir de la misma manera.

—Ten paciencia y concédele la oportunidad a las personas correctas. —Susan le guiñó un ojo y en ese ínterin Fanny las interrumpió para informarles que su prometido había llegado.



—¿Era necesario que viniera contigo? —Alexander Gordon, marqués de Huntly, emitió un resoplido de fastidio mientras el atardecer moría en el horizonte.

Junto con la caravana de escoltas que los acompañaba, y el carruaje con regalos que lady Amalia Harvey había enviado a su futura nuera, cruzaron la verja imponente que antecedió a la casa de campo y domicilio habitual del duque de Lancaster.

—Eres mi padrino de boda, ¡por supuesto que era necesario!

—Faltan dos semanas para la ceremonia, y Reading no está tan lejos de Londres como para tenerme aquí por tanto tiempo. ¡Me moriré del aburrimiento! —Siguió protestando.

—¿No será que tienes miedo? —increpó Brodie con cierto atisbo de burla. El pelirrojo iba en su montura a la par, junto con él y Henry, escoltando el carruaje.

—Sería un idiota si no sintiera temor... —Alex farfulló entre dientes—. Desde pequeño, ese hombre me provocaba escalofríos, y en la mascarada tuve la extraña sensación de que me estaba asfixiando con la mirada... casi me ahogo con su presencia —sacudió la cabeza—. ¡Por supuesto que tengo miedo!

Henry miró a Brodie y sonrió de lado.

—Lo que Brodie quiere decir, es que le temes a volver a encontrarte con lady Helena, y por

cierto, no me has dicho nada sobre cómo te fue en la mascarada. ¿Te causó algún problema? — indagó con sorna.

—Esa niña estuvo al borde de ponernos uno al lado del otro, en el altar de la iglesia de St. Georges, dando el sí. ¡Es una insensata!

—Se quejó—. ¿Tú sabías a qué fue a ese baile? —Le increpó de pronto, mirándolo con sus ojos azules, cuyos bordes se arrugaron.

—Estaba al tanto... —musitó Henry, mirando al frente y esperando el reclamo de su mejor amigo.

—Y, aun así, ¿me has pedido que sea su carabina? —Henry se encogió de hombros—. Esa niña estuvo a punto de comprometer su honor estando conmigo. ¿Te imaginas si alguien la hubiera reconocido? Ahora mismo se estarían celebrando dos bodas y todo gracias a ti — reclamó.

—Y, ¿eso sería tan malo? —cuestionó Brodie—. La joven es encantadora y muy hermosa.

—Se te olvidó señalar que es una manipuladora de primera, una insensata y caprichosa, sin dejar de mencionar lo más importante: que ni siquiera ha debutado. —Huntly volvió a negar por tercera vez con la cabeza—. Me volvería loco a la hora de estar con ella en una misma habitación... —agregó, sin evocar que, su temor en realidad, era a no poder resistirse a volver a probar sus labios suaves, dúctiles y suntuosos que le resultaron una maravilla.

Aunque apenas se movieron debajo de los suyos, ese beso que debió resultarle como el más insignificante de toda su carrera de libertino, fue como un pequeño fuego que antecedió a una catástrofe; una señal inminente de que, si no se alejaba de ella, se terminaría quemando en esa hoguera de ojos azules que le advertían sobre sufrir la más excitante calamidad.

—John me pidió traerte conmigo —dijo de repente Henry.

—¿Ese niño con aura de demonio? —indagó, mientras Brodie le respondía que sí con la cabeza—. Y, ¿qué se supone que quiere conmigo?

—Se debe al asunto que no hemos podido resolver; lord Rivers desapareció como por arte de magia y piensa que, si estás cerca, tenemos más probabilidades de atraparlo —respondió el pelirrojo.

—¿Está al tanto de los asuntos de su padre y del Club? — cuestionó con incredulidad, rodando los ojos y respondiéndose a sí mismo—: ¡Por supuesto que sí! Si tuvo las agallas de deshacerse de Leinster como si nada, asumo que le resulta un asunto insignificante utilizarme de carnada para salvaguardar su herencia... —ironizó con una risa burlona.

—A ese muchacho solo le importa el bienestar de sus hermanas —lo defendió Brodie con vehemencia—. Por eso se encargó de Leinster; para que Henry y su esposa estuvieran fuera de peligro, y por lo mismo, desea ocuparse de lord Rivers...

—Al parecer, Brodie le debe lealtad a alguien más, Henry — molestó a su amigo que sonreía divertido. De repente, arrugó el ceño y miró al pelirrojo que enarcó una ceja—. Espera, ¿qué has dicho, Brodie? —preguntó pasmado.

—Que el muchacho está dispuesto a salvarte el pellejo, antes de que su padre se entere... —explicó Henry.

—Esa parte la comprendí muy bien, lo que no estoy entendiendo es el motivo. ¿Qué tengo que ver yo con el bienestar de sus hermanas? —cuestionó espantado, pero ni Brodie ni Henry le respondieron más que con una sonrisa enigmática.

—Hasta que por fin llegamos... —murmuró Henry, espoleando su montura, ansioso por ver a Susan.

—Definitivamente, lo hemos perdido, Brodie —mencionó Huntly con una sonrisa; estaba feliz por su amigo que encontró la dicha en los brazos de la mujer por quien siempre había esperado.

CAPÍTULO 4



—Espero no encontrarme con esa niña tan pronto... —musitó Alexander en una de las cuadras de la enorme caballeriza de Haven House, mientras se ocupaba de su caballo para prolongar su encuentro con la hija menor del duque.

—Y yo espero que no esté hablando de mi encantadora hermana, lord Huntly.

Alexander entrecerró los ojos al oír la voz del heredero del diablo, y viró la cabeza para ver el rostro sombrío de John Wellesley, cuyos ojos brillaban como los de un depredador en la oscuridad, alumbrados por el leve albor de la lámpara que iluminaba tenuemente el sitio.

—No me atrevería... —respondió el marqués con una sonrisa de boca cerrada—. ¿Para qué soy bueno? —inquirió directamente.

—La cena será servida pronto, por lo que será conveniente que se asee... —lo miró de pies a cabeza— y cambie de ropa; por mi madre, mi tía y mis hermanas. Usted comprende. —John se encogió de hombros.

—¡Hasta que por fin te encuentro! —oyeron decir a alguien que se acercaba. Era Thomas—. ¿Sabes por qué Helena está enfadada conmigo? —indagó, topándose de lleno con el semblante indignado del marqués de Huntly—. Buenas noches. —Lo saludó el pelirrojo—. Pensé que

estabas solo... —Se dirigió nuevamente a John.

Alexander de inmediato reconoció al muchacho; era el mismo del invernadero y sin la máscara, parecía mucho más joven de lo que intuyó en el baile. Arqueó una ceja y lo escrutó de pies a cabeza; era bastante alto y tenía el mismo porte que John: seguro, soberbio e imperante. Debían de tener la misma edad.

—Vine a por un amigo... —dijo John, señalándolo—. Thomas, te presento a lord Alexander Gordon, marqués de Huntly. Lord Huntly, él es un amigo de la infancia, Thomas Cromwell.

Alex sintió que sus ojos se entornaban; estaba poniéndose furioso. Habría preferido mantenerse impávido, pero, pensó en la locura que había podido cometer Helena y arrastrarlos a los dos a la desgracia por causa de ese chiquillo, y le resultó imposible controlar su enojo. Lo traspasó con una mirada brillante y solo ladeó la cabeza a modo de saludo.

Thomas intuía que había visto en algún lugar al caballero que lo estaba asesinando con la mirada. De pronto, entornó los ojos y recordó al hombre de la mascarada; estaba seguro que se trataba de él y terminaría de comprobarlo, escuchando su voz.

—Así que, lord Huntly —dijo Thomas, arrastrando las palabras—. ¿Qué lo trae por aquí, milord?

—El marqués es el padrino del novio... —intervino John, respondiendo por Huntly—. Y pensar que el novio habrías podido ser tú. —Lo molestó.

Alex frunció el ceño, mirando interrogante a John.

—No vuelvas a bromear con eso, o Henry terminará matándome —replicó el pelirrojo con seriedad.

—No podemos tapar el sol con un dedo y hacer de cuenta que no pasó. Tú y Susan estaban a punto de comprometerse, ¿ya lo olvidaste? —dijo John, palmeando la espalda del pelirrojo.

—Lo recuerdo, pero fue un juego de niños. Tu hermana, de repente cambió de opinión, y me sigo preguntando el motivo... —refutó Thomas.

—El amor, amigo. Esa es la respuesta —contestó John, guiñándole un ojo—. Y, ya, mejor regresemos o nuestras madres armarán un lío si no nos presentamos a tiempo en la cena. —John caminó hacia la salida.

—¡Adelántate! Yo escoltaré al marqués —expresó Thomas, esperando impaciente a que, el hombre que lo estaba fulminando con los ojos, hablara—. Nos volvemos a ver —manifestó el pelirrojo, cambiando el matiz de su voz y cruzando sus brazos sobre su pecho—. ¿O me va a negar que fue usted quien interrumpió mi cita en la mascarada?

—No sé a qué te refieres, niño... —masculló Alex, terminando con su caballo. Salió de la cuadra y lo miró a los ojos—. No hagamos esperar a las damas —farfulló, caminando hacia la salida.

—¿Era Helena quien estaba con usted? —increpó de pronto el pelirrojo. Alex se detuvo, pero no se volvió a mirarlo. Thomas lo alcanzó y lo rodeó hasta quedar frente a él—. Responda, por favor —insistió.

—Vaya que tienes agallas... —Alex hablaba con los dientes apretados y con una voz afilada como un cuchillo. Dejó que su mirada barriera el rostro del joven, esperando a que prosiguiera.

—Helena es una niña que no está acostumbrada a hombres como usted... —declaró Thomas—. ¿Cómo hizo para arrastrarla a esa fiesta?

Alexander, exasperado, lo tomó de la solapa de su frac y acercó su rostro al suyo.

—Tienes suerte de ser amigo de la familia, o ya te habría echado un par de dientes, niño... —volvió a mascullar aquella última palabra—. Da las gracias de que lady Helena se topó con un hombre como yo, o hubiera cometido una locura solo por seguirte a ti para confesar sus sentimientos... —Lo soltó—. El único culpable de que la jovencita acudiera a esa fiesta, fuiste tú. Yo solo la rescaté de hacer el ridículo delante de tu acompañante y de medio Londres.

Thomas frunció el ceño y se mantuvo en silencio, mientras el marqués se alejaba furioso. Lentamente una sonrisa se formó en sus labios, emitió un suspiro como si se hubiera quitado un peso de encima y lo siguió.



En su dormitorio, Alexander seguía tenso, mientras se aseaba y se cambiaba de ropa para bajar al comedor. En un principio, había pensado en dar alguna excusa, pero quería ver a aquella jovencita y, ni siquiera él mismo comprendía por qué.

Se vistió de un modo impecable, con una elegancia que le hizo recordar a su difunta madre; una inglesa rica y de cuna, que se casó con su padre. Decidió no llevar fular y, con la camisa de seda blanca sin abotonar el cuello, bajo una levita azul noche que realzaba su poderoso cuerpo, se miró al espejo conforme. Sin embargo, antes de salir se sintió ridículo; no tenía por qué importarle su apariencia, ni lo que pensara de él cierta jovencita insensata. Así que, emitiendo un hondo suspiro, trató de relajarse y salió de su dormitorio para dirigirse al comedor.

Helena charlaba con las demás damas, todo lo amenamente posible que podía, puesto que se encontraba inusualmente incómoda y no sabía si era por la presencia de Thomas y su insistencia en conversar con ella unos minutos, o porque se había enterado que cierto marqués estaba en su casa. Sin embargo, toda duda desapareció cuando lo vio bajando las escaleras; esa tensión en sus músculos aumentó y su corazón palpitó frenéticamente como nunca lo había hecho. El marqués de Huntly vestía de azul noche, un color que le daba a su pelo claro el resplandor de un rubio brillante y realzaba el azul de sus ojos. El corte severo de su chaqueta, la camisa de seda sin terminar de abotonar y los pantalones ajustados, exponían con magnificencia su altura, la anchura de sus hombros y sus piernas largas y fuertes. No pudo evitar observar

detenidamente, al igual que lo hicieron su madre y su tía Anabelle, ¿y cómo no hacerlo? entonces, le fue inevitable evocar el beso que se dieron.

Si en la noche de la mascarada le pareció un hombre atractivo y elegante, con su aspecto indolente y despreocupado de ese momento, Alexander Gordon parecía un demonio con apariencia de ángel, capaz de corromper a cualquier dama.

Tragó grueso y frunció el ceño por lo absurdo de sus pensamientos. Además, se sintió pequeña, frágil y muy vulnerable cuando la mirada del caballero se centró en su persona. La tensión en sus músculos de intensificó aún más, y sus rodillas flaquearon cuando notó que se dirigía directamente a ella.

—Buenas noches, bellas damas. —Alex se inclinó ante Claire y Anabelle que lo observaron con curiosidad y expectación—. Excelencia, agradezco su hospitalidad ante mi imprevista llegada. Comprenderá las circunstancias.

—No hay nada que agradecer. Los amigos de mis hijos, siempre serán bienvenidos, lord Huntly —respondió Claire con amabilidad.

—Gracias, excelencia —contestó galante, dirigiendo su mirada a Helena.

No supo por qué, pero sin más, alargó la mano en dirección a ella que pareció titubear antes de extender la suya. La tomó y la retuvo entre sus dedos, sin saber muy bien qué haría a continuación. Luego aspiró hondo y le besó el dorso, por encima del guante.

—Buenas noches, milady. Nos volvemos a ver...

Sorprendida por sus palabras, Helena entornó la vista.

—¿Ustedes se conocen? —increpó con suspicacia la condesa de Essex que nunca podía evitar entrometerse en aquel tipo de asuntos.

—El marqués de Bristol tuvo la amabilidad de presentarnos... —respondió nerviosa Helena.

—Ya veo...

—No sabía que vendría, su señoría. —Helena le habló al marqués, mascullando entre dientes por la manera en que retenía su mano y por cómo la miraba.

—Yo tampoco —contestó Alex, con sorna—. Pero, me he llevado varias sorpresas desde mi llegada. Así que, ha valido la pena —arqueó una ceja, sonrojando a Helena.

—Bueno, ya que se han hecho buenos amigos, ¿no deberías invitarlo a tu presentación, Lena? —dijo Anabelle, con una sonrisa diabólica—. Será en unos cuantos meses, pero ya podría ir apartando la fecha para no asumir otro compromiso, lord Huntly.

Helena tiró su mano y rio nerviosa.

—Estoy segura de que lord Huntly tiene mejores planes que asistir al baile de presentación de

una jovencita, tía. No lo comprometa en contra de su voluntad. —Lanzó mordaz, recordando todas las reprimendas que el marqués le había propinado.

—Pues, yo estaré encantado y ansioso, aguardando por esa invitación —replicó el marqués, sin siquiera sopesar que se estaba lanzando a los lobos él mismo.

—¡Perfecto! —dijo triunfal la condesa—. Yo misma apuntaré su nombre en la lista de invitados, y le aseguro que será el primero en recibir una invitación.

—Muchas gracias, milady. Si me disculpan, le presentaré mis respetos a vuestros esposos —realizó una perfecta y elegante reverencia, sin dejar de taladrar a Helena con la mirada. Dio media vuelta y fue a reunirse con los caballeros.

—Bueno, un pretendiente más a la larga lista de tus futuros aspirantes a esposo, te ayudará a aumentar tu séquito de admiradores y atraerá a los caballeros indicados para que puedas escoger al más apropiado —aclaró Anabelle ante la inquisitiva mirada de Helena, que se sentía confundida y abrumada con el repentino cambio de actitud de lord Huntly, quien en la mascarada no se había cansado de echarle en cara su comportamiento inapropiado.

¿Qué estaría tramando?

—Puede descartarlo, tía, porque el marqués no es el candidato más apropiado para marido... —musitó, observándolo con la intención de descifrar sus intenciones con su exagerada amabilidad.

—Pues a mí me parece de lo más encantador, y me recuerda mucho a tu tío...

—No puede comparar al tío Thomas, la personificación misma de la perfección, con ese hombre, tía Anabelle —refutó Helena y Anabelle rodó sus ojos.

—Nadie es perfecto, querida, y me atrevo a asegurar que lord Huntly es un hombre leal y de palabra, aunque su aspecto sea la del típico canalla libertino —elevó insinuante sus cejas—. Además, he oído que, con la muerte de su tío, ha heredado varias propiedades muy valiosas, lo que lo convierte en un candidato muy conveniente... —dijo en confidencia la condesa y Helena arrugó el ceño, mirando a su madre.

—Tu padre me reveló que el marqués heredó el título en ruinas —le aclaró su madre—, y que ha estado trabajando muy duro, desde la muerte de su padre, para cumplir con todas las deudas que le dejó y salvar algunas propiedades. Así que, recibir una herencia en estos momentos, puede ser como un bálsamo para lord Huntly.

—No sabía que era un marqués pobre... —susurró Helena, sintiendo cierta pena por él—. Bueno, me alegra que pueda solucionar sus inconvenientes económicos, solo para encontrar una esposa que lo acepte por su dinero —agregó mordaz, recordando que Alexander fue un insensible que le robó su primer beso.

—No creo que el marqués esté desesperado por encontrar esposa; más bien, estoy segura de que, si llega a casarse, será solo por amor —replicó Anabelle, con ánimos de seguir provocando

a su sobrina consentida para que abriera los ojos.

—¿Insinúa que el marqués tiene corazón? —retrucó ella con sorna, mirando de soslayo a Alexander que escuchaba atentamente a su tío Thomas, con las manos unidas en la espalda.

Así, calladito, hasta se veía interesante...

¡No, no y no! No debía dejarse envolver por las palabras de su tía; estaba claro que solo deseaba enredarla para que se fijara en ese hombre, pero con ella no resultaría. Era la hija de su padre, y una experta en el arte de la persuasión. No podía caer en un juego que manejaba a la perfección, por lo que decidió cambiar de tema para que su tía olvidara el asunto y no volviera a mencionar al marqués.



La cena fue servida y Thomas tuvo el descaro de sentarse a su lado. Frente a ella estaba su hermana con Henry a un lado, y lord Huntly al otro.

—Podemos salir a cabalgar mañana, para mostrarle a lord Huntly la propiedad —sugirió John de la nada.

—Es una buena idea, mientras no bajen la guardia —secundó Arthur, al tanto de los planes de su hijo para atrapar a Rivers.

—Yo puedo ir en calesa para que Helena se una al paseo —intervino Thomas, crispando a la jovencita.

—Lo lamento, Thomas, pero ya le prometí a lord Huntly un paseo y sería muy desconsiderado de mi parte no cumplir con mi palabra.

Alexander, que estaba bebiendo un sorbo de madeira, casi se atragantó con la bebida cuando escuchó a esa chiquilla comprometerlo de aquella manera.

—¿Estás bien, Alex? —le preguntó Henry, golpeando su espalda.

—Lo... estoy —logró decir en medio de carraspeos, fulminando a Helena con la mirada.

—Parece que al marqués lo has tomado por sorpresa, querida... —habló el duque de Lancaster, arqueando una ceja mientras escrutaba a su hija menor.

Helena le dirigió una mirada suplicante al marqués.

—Es que, milady aún no me había dado una respuesta, excelencia —intervino Alex, para salvar la situación—. Gracias por aceptar, milady; le aseguro que será un paseo inolvidable... —masculló entre dientes, mirándola a los ojos y apretó la mandíbula para reprimir el impulso de levantarse, tomarla del brazo y reclamarle que lo comprometiera a semejante cosa delante de

toda su familia.

Sin embargo, suspiró hondo y siguió comiendo para reprimir el aguijón en su lengua.

Helena no supo por qué involucró a lord Huntly en su excusa, pero el nombre de ese hombre fue lo primero que le vino a la cabeza. Ahora tenía que cumplir con su propio invento, y sabía que aquella mentira piadosa tendría sus consecuencias; lo supo cuando el marqués la fulminó con la mirada, advirtiéndole de antemano que le saldría muy caro haber recurrido a su nombre para evitar a Thomas.

Más tarde, los caballeros decidieron retirarse al despacho del duque y Alex, que se había servido brandy, salió a la terraza de tan majestuosa residencia. Era un espectáculo las vistas con las que se deleitaba desde allí. La luna llena y el cielo estrellado, iluminaban el lago artificial que antecedió a la vivienda habitada por aquella familia que se veía realmente feliz.

Suspiró, bebiendo un sorbo del licor y comprendió por qué Henry no le temía a ser parte de los Wellesley. Después de la treta en la que lo involucró la pequeña manipuladora, el ambiente se relajó y la conversación en la que Lancaster involucró a todos los miembros de su familia, incluidos él y los Cromwell, sintió una verdadera envidia de los hijos del diablo.

Tanto él como su amigo habían crecido en hogares que para nada se asemejaban a la realidad de sus anfitriones; fue el único hijo del matrimonio forzado entre la hija de un conde inglés y del reciente marqués de Huntly, que había contraído nupcias con su madre solo por su cuantiosa dote. Sin embargo, su abuelo no estuvo de acuerdo con la unión y no respondió como su padre esperaba. Lo demás, era algo que deseaba olvidar, arrancar de su memoria: su madre suplicando el amor de su padre, mientras ambos se desentendían completamente del niño indefenso que habían concebido.

El difunto lord Huntly fue un hombre al que no le importó en lo más mínimo su familia; desde su nacimiento lo consideró un estorbo. Por eso, desde niño se refugió en el duque de Atholl, quien fue como un verdadero padre para él. Allí conoció a Henry y por supuesto, al duque de Lancaster.

—¿Sigues atormentándote por el pasado? —La voz de Henry interrumpió sus cavilaciones. Tenía la botella de brandy en su mano y rellenó la copa de Alex—. ¿Estás bien?

Alex asintió con la cabeza y bebió un sorbo largo del licor. Emitió un hondo suspiro, bajo la mirada paciente de su amigo y después habló.

—Es solo que ahora comprendo por qué no le temes a ser parte de esta familia —tragó grueso y lo miró a los ojos—. Es todo lo que nunca tuvimos nosotros...

Henry sonrió, afirmando con la cabeza.

—Me sorprendí cuando llegué aquí, y debo confesar que «también» tuve miedo... —lo miró de reojo.

—¿También? —increpó Alex, consciente de que lo decía por él.

—¿Por qué lo hiciste, Alex? —Henry recostó de lado su cuerpo a la baranda, mientras su codo reposaba sobre la balastrada de la terraza—. ¿Qué te traes con Helena?

—Entonces, ya le fue con el chisme a tu futura esposa...

—¿Qué chisme? —Lo interrumpió, frunciendo el ceño.

—¿No te referías a lo que sucedió en la mascarada? —indagó, confundido.

—¿Qué ocurrió en la mascarada? —volvió a preguntar Henry.

—Nada relevante, ¡olvidalo! —Alex suspiró, rodando los ojos—. Explícame: qué fue lo que hice...

—Demostraste interés en ella en cuanto la viste; lady Essex se percató y estoy seguro de que ya te ha puesto el ojo para Helena —explicó su amigo, que era consciente de los planes que su futura familia política tenía para su amigo.

Alex sabía que tenía razón, pero no lo pensaba admitir tan pronto, y siendo francos, ni él mismo comprendía a cabalidad por qué lo hizo.

—No sé a qué te refieres, solo la saludé y fui amable.

—¿Eso te pareció amabilidad? —refutó con sorna—. Porque a mí me pareció más un coqueteo que otra cosa y sabes que tengo razón. ¿Por qué lo hiciste? ¿Acaso te gusta?

—No digas tonterías... —replicó nervioso.

—Alex...

—Es muy hermosa, lo acepto —asumió Alexander—, pero todavía es una niña, Henry, que además solo se mete en problemas. ¿Te imaginas a alguien como ella, con un lío con patas como yo? —preguntó, negando—. Seríamos un desastre. Además, ella y yo no somos iguales. Su mundo es muy distinto al mío.

—Entonces, ¿te gusta? —asumió Henry.

Alex bufó y tragó grueso.

—Admito que me sentí muy extraño en su compañía, y acepto que no he dejado de pensar en ella —confesó una verdad a medias—. Además, me preocupa. ¿Puedes creer que fue a esa mascarada para declararse a ese mocoso de Cromwell? —arrugó el ceño.

Henry sonrió, afirmando con la cabeza.

—Ese fue su propósito desde que nos manipuló a su padre y a mí para asistir al baile —asumió Henry.

—¿Ustedes lo sabían? ¿Acaso están locos para permitirle hacer semejante tontería? —siguió

reprochando—. Su reputación estuvo a punto de arruinarse. Si no hubiera sido por mí... — sacudió con vehemencia la cabeza—. Están completamente locos.

—Bueno, el duque estaba seguro de que no sucedería nada porque yo debía cuidarla, y yo me sentí tranquilo cuando te delegué esa responsabilidad a ti. Así que, sabíamos que no sucedería nada que lamentar, ¿tranquilo, hombre!

—No entiendo cómo su familia puede estar tranquila, mientras ella y ese muchacho comparten el mismo techo.

—Porque Thomas sería incapaz de faltarle el respeto; la ama como si fuera su hermana pequeña, todos lo saben incluida Helena, pero según ella, debía darle cierre a esa historia para olvidar el asunto de su enamoramiento de infancia.

—Y todos le siguieron el juego.

—Crecieron juntos, Alex, y Thomas es un caballero. No iba a suceder nada entre ellos y a Helena se le pasará en cuanto sea presentada y le lluevan los pretendientes.

—Pues, parece que Helena no está tan convencida de que se le pasará, porque lo está evitando, utilizándome a mí como balsa de rescate... —Se presionó el puente de la nariz—. Tu cuñada huele a problemas, y no me apetece tropezarme con la misma piedra que tú.

—Bueno, si te sirve de consuelo, la próxima semana Thomas se marcha y siendo sincero, estoy seguro que Helena no siente nada por él; creo más bien que se trata de un capricho infantil, ya que no ha tenido la oportunidad de conocer a otros muchachos más que a él.

—Ser el clavo que saca a otro clavo no puede ser motivo de consuelo... —murmuró sin pensar.

—No pensé que te gustara tanto —dijo Henry, aunque para nada asombrado. Helena era capaz de hechizar a cualquier hombre con su belleza y encanto, pero sobre todo, con su ingenio.

—Ya he dicho que no se trata de eso... —insistió Alex, contradiciendo sus propias palabras y siendo muy consciente de ello, por lo que sacudió su cabello, terminó su brandy y volvió a pedirle a Henry que rellenara su copa extendiendo la mano—. Mejor dime: ¿cómo es eso, que ese mismo mocoso iba a casarse con tu prometida? —inquirió realmente curioso.

Henry sonrió y sirvió más licor en el vaso de su amigo.

—Al parecer, nacieron casi al mismo tiempo y lo hacían todo juntos; según John, Susan no toleraba la idea del matrimonio desde siempre y que, casarse con su mejor amigo le resultó la solución perfecta a su negativa de someterse al yugo de un marido que la gobernara. Era perfecto: se desposaría con su mejor amigo y viviría a sus anchas, pero entonces, mi bella futura esposa cambió de opinión —explicó con soltura y una sonrisa en los labios.

—¿Y lo dices tan tranquilo? ¿No crees que ese muchacho sea un peligro para tu futuro matrimonio? —inquirió Alex, confundido.

—Thomas solo la quiere como a una hermana, y si accedió a la idea de Susan fue porque quería ayudarla, no porque pensara en ella como mujer.

—Eso quiere decir que ¿tu mujer también es una experta en el arte de la manipulación? —inquirió con sarcasmo—. Claramente son hijas del diablo y la menor de ellas está jugando conmigo... —resopló, terminando su brandy.

—Entonces, ¿accederás al paseo con Helena? —indagó con una sonrisa Henry.

—¿Acaso tengo otra alternativa? —sonrió mostrando los dientes con ironía.

—No.

—Bueno, ya tienes la respuesta... —replicó y trató de desviar la conversación—. ¿Qué planes tiene el pequeño demonio conmigo?

En ese instante, vio a Helena caminar despacio hacía el lago al lado de su hermana, mientras reían y eran escoltadas por lady Essex y la duquesa.

Henry comenzó a relatarle las intenciones de John, pero a Alex le costó muchísimo seguirle el hilo de la conversación. Sin embargo, lo más difícil fue desviar la vista de Helena: le resultaba imposible quitarle los ojos de encima y se sentía ridículo; a fin de cuentas, era una niña problemas, la hija del diablo y él... él no podía dejar de pensar en lo increíblemente fascinante que era esa chiquilla que había manipulado a los dos hombres más determinados que había conocido. No obstante, se dijo para sus adentros que el secreto de semejante fascinación se debía a que le resultaba una jovencita prácticamente inalcanzable.

—Dime que los tienes contigo, Alex... —insistió Henry, ante el silencio de su amigo que observaba fijamente hacia el lago. Cuando el marqués siguió la dirección de la mirada de Huntly, suspiró—. ¡Alex!

—¡¿Qué?! ¿Por qué siempre tienes que gritar? —frunció el ceño para voltear a ver a Henry.

—Te estaba preguntando si has traído los bonos contigo, ¿en dónde tienes la cabeza? —preguntó a sabiendas de que estaba puesta en su futura cuñada.

—Por supuesto que los tengo conmigo. Después de que me pediste que los volviera a retirar del banco y los trajera conmigo, fui directamente a tu casa para venir aquí. ¿Qué con ello?

Henry bufó.

—Es mejor que vayamos a descansar, ya que tu cerebro parece no funcionar bien en las noches —palmeó su espalda y lo volvió a dejar solo en la terraza.

CAPÍTULO 5



A la mañana siguiente, todos los jóvenes se alistaron para un picnic y cumplir con el paseo que propuso John y al que, accidentalmente, Helena se unió.

—Esto me trae algunos recuerdos... —musitó Henry, acomodando las cestas con comida en la calesa en la que irían Helena, Susan y él—. Aunque me habría gustado que pudiéramos ir cabalgando y, casualmente, perdernos en el bosque por algunos minutos. —Se volteó y afianzó sus manos a la cintura de Susan, apretándola contra su cuerpo.

—Basta, Henry. Nos pueden ver... —Susan miró a los lados, constatando que tanto sus hermanos como sus amigos hacían como que no veían nada. Sonrió con picardía—. No es mala idea, si tuviéramos a alguien que pudiera conducir la calesa... —Le guiñó un ojo a su prometido que frunció el ceño.

—¿Qué tienes en mente, cielo? Y no me digas que no es un plan, porque esos ojitos te delatan. —Henryladeó el rostro y le prestó toda su atención a su preciosa mujer.

—Solo creo que, si fue lord Huntly quien ha invitado a Helena a dar un paseo, lo más justo es que sea él quien conduzca el coche. ¿No lo crees, cariño? —rodeó su cuello con sus manos y sus dedos jugaron con el mechón de pelo que caía en la nuca de Henry.

—Sabes bien que Alex no tuvo nada que ver con este paseo.

—Pero tampoco se negó, y eso solo puede significar que está más que encantado con ser el acompañante de mi preciosa hermana —insistió la joven con un brillo de picardía en los ojos.

—Mi amor, Alex no quiere un compromiso en estos momentos, tiene muchos problemas que resolver y no creo que sea buena la idea que está rondando en tu preciosa cabecita.

—Yo tampoco pretendo que Helena se comprometa tan joven, sin antes conocer a otros caballeros ni experimentar lo que he vivido yo antes de casarme. —Le volvió a guiñar un ojo a Henry, que se tensó en ese momento—. Solo quiero que le dé ánimos y le haga ver que existen más prospectos que Thomas. ¿Me comprendes? —parpadeó varias veces con coquetería.

—No te darás por vencida, ¿cierto? —Le increpó Henry, acomodando un mechón de pelo tras su oreja y Susan negó con la cabeza—. Concertaré las cosas para que esos dos vayan juntos, solo si me dices qué experimentaste antes de conocerme —condicionó, preso de los celos.

Susan rio con ganas.

—Solo el cortejo de otros caballeros, cielo. Ya has probado el pastel antes de la boda. ¿Qué más sería? —dijo con inocencia, propinándole un rápido beso a su prometido y luego acercó sus

labios a su oído—. ¿No me extrañaste? Anoche te esperé, pero no fuiste a mi alcoba.

Henry se tensó y un deseo abrumador se apoderó de todos sus sentidos. Esa diablilla lo estaba provocando para salirse con la suya y él no quería resistirse a caer en su trampa, pues la deseaba con locura.

—Tu hermano, al parecer, ha decidido hacer guardia en tu puerta... —La soltó despacio y tomó su rostro con ambas manos. Mirándola a los ojos, agregó—: ¿Crees que no lo intenté? Ya estoy ansioso porque estemos casados y poder tenerte en mi cama todos los días y noches, despertar contigo a mi lado por el resto de mi existencia, Susan —confesó con anhelo y ella sonrió.

—Yo también, cariño. Y...

En ese instante, John carraspeó y los interrumpió. Estaba conversando con Alex, que sonrió detrás del heredero del duque, mientras arqueaba una ceja y miraba con sorna a Henry.

—Creo que ustedes dos son una muy mala influencia para la pequeña Helena —dijo con aspereza, frunciendo el ceño—. ¿No lo cree, lord Huntly?

—Bueno, no los podemos culpar. Es razonable después de estar separados —defendió Alex a su amigo.

—Solo ha pasado una semana, lord Huntly, pero tiene razón. Por lo tanto, usted conducirá la calesa de Helena para evitar que los futuros esposos demuestren su afecto excesivo delante de mi pequeña e inocente hermana. —John suspiró con teatralidad y se volvió a Alex—. Después de todo, fue usted quien la comprometió a este paseo, señorita —agregó con suspicacia y se retiró, dejando a Alexander con la pareja.

—Henry... —miró suplicante a su amigo—. No quiero tropezar con la piedra que te he mencionado.

—¿Insinúa que mi hermana es una carga, marqués? —confrontó Susan con una fingida fiereza.

—Para nada... —Alex rodó los ojos y suspiró resignado.

—Eso pensé.

—Bueno, no entiendo por qué debemos ir en el birlocho cuando aquí, lo que sobran son caballos y la verdad preferiría montar —refutó.

—Lady Helena prefiere ir en calesa —respondió Thomas, llegando junto a ellos—. Si a lord Huntly le molesta ser su acompañante, no tengo ningún inconveniente en reemplazarlo.

Cuando Alex vio al muchacho pelirrojo y lo escuchó, todo su cuerpo se puso rígido y, aunque aparentaba desinterés y fastidio, todos sus músculos se habían tensado. Sin embargo, se relajó un poco cuando sintió una mano enrollarse a su brazo y escuchó aquella voz que le resultaba

melodiosa y a la vez irritante por todo lo que le producía.

—Lord Huntly solo tiene curiosidad, Thomas —intervino Helena con una sonrisa encantadora en sus labios,ladeó el rostro y miró a Alex—. Durante el trayecto, prometo comentarle mis motivos para ir en calesa, milord. ¿Nos vamos? —preguntó.

Alex no supo por qué, pero volvió a respirar con tranquilidad con aquella intromisión. La ayudó a montarse al coche y cuando la calesa comenzó a avanzar, no dejó de mirar a Helena mientras ponderaba lo imponderable. Tragó con esfuerzo cuando se dio cuenta de que, si ella hubiera aceptado la propuesta del maldito pelirrojo, habría perdido el control irremediablemente, y el hecho de que lo hubiese comprometido a aquel paseo para evitar a ese chiquillo, le resultaba casi tan absurdo como el bálsamo que sintió al saber que había seguido con el plan de ir en su compañía.

Alexander nunca se había sentido de aquella forma, pero, a medida que pasaban los minutos, más se daba cuenta de que el sentimiento de protección y posesión que le despertaba Helena, no era normal.

—¿Hasta cuándo piensa utilizarme para espantar a su caballero perfecto, milady? —rompió el silencio tenso que se había formado entre los dos, mientras seguían a John y Thomas. Detrás de la calesa iban Susan y Henry.

—Hasta que considere que ha pagado el precio de haberme robado mi primer beso —contestó ella con descaro—. Lamento no ser una compañía agradable para usted, milord. Lo cierto es que no se me ocurrió qué decir para evitar a Thomas —confesó con sinceridad.

Alexander se apiadó de ella y suprimió la reprimenda que tenía en la punta de la lengua.

—No me malinterprete, pero no se siente muy agradable ser manipulado —dijo con un resoplido que pareció más de resignación que de fastidio.

Helena viró la cabeza y lo miró sorprendida, encontrándose nuevamente con aquellos ojos azules que le resultaron los más preciosos del mundo.

Alexander, abrumado por aquel rostro angelical, decidió cambiar de tema y regresar la vista al frente.

—Mejor cuénteme, ¿por qué no le gusta montar?

—Bueno, Susan y John han crecido prácticamente en las cuadras, entre las piernas de padre y las patas de los caballos, y aprendieron a montar antes que caminar —inició—. Yo soy más parecida a mi madre... —Sonrió.

—Eso no explica por qué, la hija del hombre más influyente en materia de equinos, le tenga miedo a los caballos —insistió Alex.

—Es culpa de Susan y John; cuando era pequeña, me subieron a un poni que me tumbó. —Helena se cruzó de brazos y arrugó el ceño, mientras Alex sonreía imaginando la escena—. No

es gracioso, milord. Me han traumatado para siempre.

—No hay trauma que no se supere; solo es cuestión de tomarse el tiempo y enfrentar el miedo.

—¿Lo dice por propia experiencia? —preguntó Helena con sorna.

—Podría decirse que sí —contestó Alex con un deje de tristeza.

Helena se percató de la melancolía en sus palabras y decidió no seguir molestándolo, por lo que cambió de tema.

—¿Por qué no me cuenta de usted, milord? ¿Tiene familia? —indagó para conocerlo un poco más.

—Solo a mi madre, con quien llevo años sin hablar; ochos para ser exactos —confesó Alex, sin saber por qué le estaba contando algo tan íntimo a una desconocida.

—No lo comprendo. —Helena contrajo el ceño y lo miró con atención.

—Mi madre y mi padre nunca me han querido —arrugó el entrecejo y suspiró—. Sí, esas son las palabras correctas —miró a Helena que lo vio con horror—. No se espante, milady; no todos tiene la suerte de usted y sus hermanos.

—Lo lamento, pero no concibo la idea de que unos padres no quieran a sus hijos... —susurró con pena la joven—. ¿Podría decirme por qué, milord?

—Bueno, mi madre se casó con mi padre por amor, pero él lo hizo por su dote. Así que, cuando mi abuelo, que no estaba de acuerdo con la boda porque consideraba a mi padre un cazafortunas, dejó sin nada a mi madre, a mi padre le dejó de importar ella —relató como si nada—. Cuando yo nací, madre pensó que él cambiaría, pero no fue el caso y ambos se desentendieron de mí. Fue cuando el duque de Atholl, amigo de mi padre, se compadeció de mí y prácticamente me crió.

—He oído hablar de ese caballero. Es el tío de Henry, ¿cierto? —indagó Helena.

—Sí, fue de ese modo que conocí a Henry y nos hicimos muy buenos amigos. También, en casa de Atholl conocí a su padre. —Alex sacudió la cabeza, recordando cuánto le temía al duque de Lancaster en aquellos tiempos.

—Entonces, conoce a mi padre desde hace más tiempo que yo... —musitó con una sonrisa amorosa.

—Pues sí.

—Debió ser muy apuesto y encantador en su juventud, aún lo sigue siendo, por supuesto, y mi madre dice que era un tanto salvaje, pero con un gran corazón —suspiró con teatralidad.

—Si la duquesa lo dice... —Alex se encogió de hombros—. Creo que hemos llegado... —señaló cuando John y Thomas detuvieron sus monturas y bajaron de sus caballos.

—Sí... —suspiró con resignación Helena—. Milord, por favor, no se aleje de mí. No deseo conversar con Thomas —prácticamente se lo suplicó.

—¿No le parece que lo mejor es enfrentar la situación, que estar huyendo de la realidad? Además, ya le he dicho que no me gusta ser utilizado —dijo inusualmente molesto y cambiando su actitud suave a una muy hostil, lo que hizo enfadar a Helena.

—Pues lo hubiera pensado antes de entrometerse en este asunto y besarme sin mi consentimiento —reprochó ella, desafiándolo con la mirada.

Ambos aún seguían sentados en la calesa y el comentario logró enmudecer e irritar a Alex que, de un salto bajó del coche. Miró a los lados dándose cuenta de que, como por arte de magia, su amigo y su prometida habían desaparecido y John y el pelirrojo estaban muy lejos conversando. Entonces, tomó a Helena por la cintura y la bajó con violencia, arrastrándola hacia el tronco de un gran árbol, mientras ella protestaba.

—¡¿Qué hace?! ¡Me está lastimando! —bramó ella, prácticamente corriendo tras Huntly.

—Resolver el asunto de mi deuda con usted, de una vez por todas. —La soltó de golpe.

Helena miró a su alrededor y constató que no había nadie cerca para ayudarla, por lo que reunió todo el valor que tenía para enfrentar al caballero.

—¿Y cómo piensa hacerlo, lord Huntly...? —Sus palabras terminaron casi en un susurro cuando vio al caballero acercarse, mientras ella retrocedía por instinto hasta que su espalda chocó con el tronco.

En un abrir y cerrar de ojos, su torturador colocó una mano en su barbilla y levantó su cara.

—¿Qué hace? —protestó de nuevo Helena, boquiabierta y jadeante cuando notó que el marqués acercaba, más y más, su rostro al suyo.

Quiso apartarse, pero él no le dejó.

—Devolverle lo que es suyo, naturalmente... —contestó, mirándola a los ojos con los suyos que, en aquella claridad, parecían aún más azules.

El murmullo profundo de su ronca voz era realmente penetrante y Helena lo sintió hasta en los huesos. Además de su mentón, el marqués de Huntly no le tocaba nada más, y sin embargo, sentía que su poderosa aura la estaba envolviendo en un fuego ardiente que le calaba las entrañas. El corazón empezó a latirle aceleradamente y no pudo apartar sus ojos de la mirada seductora y vivaz del marqués.

Alexander bajó la cabeza despacio y ella, por instinto separó los labios, incapaz de moverse y, siendo sincera con ella misma, no habría podido apartarse de él, aunque la tierra hubiera temblado.

El primer roce de su boca la hizo tiritar, aunque no era la primera vez que la besaba. Sin

embargo, esa vez fue consciente de quién la acariciaba con sus labios. Por un momento, eso la abrumó porque se trataba de Alexander Gordon, el caballero que le había confesado sin tapujos que no deseaba casarse, que no era el mejor partido para esposo. El hombre que la había reprendido a más no poder, y la había provocado adrede cuando llegó a su casa, insinuándose delante de su tía para dejarla en ridículo. Un marqués pobre que había sufrido la desgracia de no ser querido por sus padres, que no conocía el calor de una familia y que, por ende, sería incapaz de ser un buen cabeza de familia.

Lord Huntly le resultaba incompatible en todos los sentidos con el caballero perfecto que ella buscaba, y sin embargo, cuando la abrazó y la apretó contra él, haciéndola sentir la dureza de sus músculos al tiempo que la presión de sus labios — imperiosos y exigentes— aumentaba y se movían con más avidez sobre su boca firme, le pareció el hombre más apasionado y encantador que jamás hubiera conocido.

Mientras tanto, en su arrebato, Alex acorraló a Helena para darle una lección; sin embargo, un placer acogedor y fascinante lo embargó, extendiéndose por su torrente sanguíneo como el licor más ardiente que lo dejó placenteramente embriagado.

Embelesado, se ocupó de nublar el poco juicio que le restaba a Helena, frizando su trampa hasta que la tuvo atrapada por el deseo, sin escapatoria posible.

Recorrió sus labios con la punta de su lengua en una caricia astuta, llevándola a terrenos que estaban más allá de la experiencia de una jovencita como ella, mas le fue imposible detenerse.

Era consciente de que, si lo descubrían, irremediablemente se pondría la soga al cuello. Él ponía la trampa, pero era él mismo quien estaba cayendo en su propia maquinación. Y lo más grave del asunto, era que no le importaba porque solo quería seguir besándola.

De pronto, sus labios exigieron más y el calor aumentó, dejando a merced de sus deseos a una Helena aturdida que abrió su boca de un modo inocente, cediendo a sus pretensiones sin siquiera sospechar el efecto que le causaba su inocente respuesta. Entonces, conmocionado, Alex se apartó conteniendo una blasfemia.

¿Qué demonios le estaba pasando?! ¿Por qué esa jovencita lo hacía reaccionar siempre impulsivamente? No sabía lo que era, pero sí estaba seguro de que no le gustaba para nada porque lo hacía sentir vulnerable, capaz de cometer cualquier tontería por ella, y eso no lo aceptaría. Él no pretendía caer en aquel tonto sentimiento que había sido la perdición de su madre.

Recobrando la cordura, la sostuvo hasta que ella recuperó un poco el sentido y abrió los párpados que le dejaron entrever unos ojos azules, oscuros por el deseo.

—¿Qué acaba de hacer? —preguntó ella de un modo inocente.

Alex la soltó. Como si nada, tomó su mano y la enrolló a su brazo, apremiándola a caminar hacia la calea.

—Le acabo de devolver lo que le he arrebatado equivocadamente, sin ninguna intención —

contestó con aburrimiento —. De ahora en adelante, ya no le debo nada, milady, por lo que deje de pensar en mí como su escudo humano para evitar enfrentarse a la realidad o para darle celos a otro caballero.

Helena se quedó sin habla. Él la soltó y procedió a bajar las cestas de la calesa, mientras los demás se acercaban, lo que le resultaba demasiado conveniente para dar por terminado su asunto con la hija del diablo.

CAPÍTULO 6



Incomodidad no era la palabra precisa para describir la situación que Alex vivía a diario desde hace una semana en la residencia del duque de Lancaster; era mucho peor que eso.

Detrás de su fachada de airosa distancia, se sentía decididamente desalentado. Había estado seguro de que ella acudiría nuevamente a pedir su ayuda para repeler a su caballero perfecto, pero no. Pasó toda la semana ignorándolo, mientras él se preguntaba cuánto más duraría aquella situación que estaba poniendo sobre una cuerda floja su paciencia.

Sin embargo, se repetía a diario que era lo mejor, que fue precisamente lo que quiso desde que la conoció: alejarse de Helena Wellesley como sea.

Entonces, ¿por qué se sentía tan ansioso? Y más en ese momento, que desde las cuadras la observaba caminar despacio en compañía del mocoso pelirrojo que estaba a punto de marcharse.

Tragó con esfuerzo, y con un resoplido de fastidio siguió cepillando a su caballo.

—Dentro de poco me sentiré en la obligación a asignarte una paga, Huntly... —La voz potente y estremecedora que conocía desde niño, resonó a su espalda. Era el duque de Lancaster —. He oído que cuidas más de mis caballos que cualquiera de mis lacayos.

Alex se incorporó y realizó una leve reverencia.

—En realidad, lo hago por gusto y para matar el rato, excelencia —confesó, sin poder evitar observar nuevamente en dirección al puente arqueado sobre el lago.

Arthur siguió su mirada con disimulo y comprendió que sus sospechas no eran infundadas. Desde la cena intuyó que entre su hija y el marqués sucedió algo en aquella mascarada. Solo eso explicaba que Helena lo tuviera de títere para molestar a Thomas, y que alguien como Huntly, que no se dejaba manipular por nadie, le siguiera el juego sin protestas.

—Creí que con mis hijos era imposible aburrirse —contestó con sorna—. Veo que mis pequeños están perdiendo sus cualidades para mantener entretenidos a sus invitados.

—No me malinterprete, excelencia. —Se excusó rápidamente Alex—. Sé por qué estoy aquí, y usted sabe que conmigo no hay necesidad de guardar las apariencias. Solo estoy ansioso porque llegue mi momento de contribuir como cebo para atrapar a lord Rivers... —ironizó, volviendo a cepillar a su caballo.

—Pensé que te resultaba más emocionante ser el cómplice de travesuras de mi pequeña Helena, pero veo que estaba equivocado. —Arthur se cruzó de brazos, mientras notó cómo Alex se tensaba. Por unos segundos detuvo su mano, y fue suficiente para reafirmar sus sospechas.

—Bueno, al parecer, su hija se aburre más rápido que yo... —masculló el marqués, señalando con la cabeza a la pareja que se detuvo en el centro del puente.

—Thomas no es alguien de quien preocuparse —dijo Arthur con desdén, encogiéndose de hombros—. Mi pequeña solo está un poco fastidiada por no salirse con la suya y, en cuanto conozca al caballero adecuado, se le pasará. Pero, no vine a buscarte para hablar de Helena, sino de la herencia que te dejó tu tío Roger.

Al escuchar el nombre de su difunto tío, Alex lanzó el cepillo al suelo y miró con rudeza al duque.

—¿Atholl se lo dijo? —cuestionó—. Ya le he dicho que no aceptaré nada de esa familia, y se lo repito a usted —contestó, colocándole la brida a su caballo.

—Pero es una buena oportunidad para asegurar tu futuro, Alex. Tu situación actual no es de lo más alentadora y esto puede ser la solución a todos los problemas que te dejó tu padre —insistió Arthur, tomándolo del brazo—. Al menos, piénsalo con la cabeza fría y no te dejes llevar por absurdos del pasado que nada tienen que ver contigo —miró a Helena que caminaba sola después de terminar su conversación con Thomas, y agregó—: Te lo repito: piensa en tu futuro, Alex. —Y lo soltó.

Alexander no dijo nada, pero estaba disgustado. Así que, ensilló su caballo y con agilidad se montó al lomo de su yegua gris.

—Le agradezco su preocupación, excelencia, pero con todo respeto le pido que no se meta en asuntos que no le competen.

Cuando iba a espolear su montura, Arthur tomó la brida del caballo y arrugó el ceño.

—Entonces, deja de jugar y aléjate de mi hija —pronunció lentamente cada palabra—. Y no me digas que no comprendes lo que intento decirte, porque te daré una buena paliza como cuando eras un crío. No me provoques, Alexander; si no quieres aceptar la ayuda de mi familia, lárgate y no regreses nunca más. ¿Has comprendido? —increpó, sin soltar el bozal de las riendas.

Alex guardó silencio ante aquella advertencia, no sabiendo qué responder y se sentía un tonto. Era la ocasión perfecta para librarse de aquel problema con faldas y de toda su loca familia, pero

en su interior algo le impedía rebatir que acataría aquella orden y, como si su lengua tuviera vida propia, preguntó:

—¿Y si no quiero hacerlo? ¿Se deshará de mí como de todo lo que interfiere en sus planes? —gruñó desafiante, como nunca antes lo había hecho.

Los ojos del duque brillaron con diversión cuando el chiquillo al que había visto crecer le dedicó una mirada fiera, sin temor a enfrentarse a su ira solo por su hija, y al contrario de lo que esperaba el marqués, rio a carcajadas, conforme con aquel resultado. John había acertado una vez más.

—Veo que Atholl ha hecho un buen trabajo contigo. —Soltó la brida—. Cuando se te haya pasado el malhumor, ve a mi despacho y hablemos de las propiedades que Roger te ha dejado. Estoy seguro que le encontraremos un buen uso y no tendrás que volver a recurrir a tus dotes de jugador para ganar un poco de dinero... —escrutó con atención las patas del caballo, para luego observar nuevamente a los ojos a Alexander—. Resuelve tus problemas con la cabeza fría, no seas impulsivo y piensa en tu futuro. Atholl llegará en unos días y me gustaría darle la buena noticia —concluyó, dando media vuelta y marchándose de las cuabras.

Alex resopló y un nudo en la garganta le imposibilitó refutar las instrucciones de Lancaster. Y no porque le tuviera temor como siempre bromeaba con Henry, sino porque había algo más profundo que se lo impedía.

Tragó con fuerza y, más calmado salió de las cuabras para ir a dar un paseo y serenar su cabeza tal y como el duque le sugirió.



Helena, después de conversar por fin con Thomas y poner un final a sus ilusiones sin sentido, caminó relajada de regreso a la casa. Sentía como si sus hombros estuvieran más ligeros y aquella sensación de incomodidad con la presencia del joven pelirrojo que siempre la había visto como a una hermana pequeña, desapareció. Sin embargo, ahora abrigaba otro tipo de mortificación y el causante de que se sintiera terriblemente culpable tenía rostro de ángel, aunque un carácter de los mil demonios.

Desde aquella desafortunada mañana en que tuvieron aquel paseo, por todos los medios evitó a Alexander, como si el hecho de utilizarlo para ahuyentar a Thomas fuera algo malísimo.

Pero no lo era, ¿cierto? El propio marqués se había entrometido en aquel embrollo y ella solo se estaba cobrando su ofensa. Sin embargo, por más que trataba y trataba de convencerse de que la razón era únicamente suya, su conciencia no la dejaba en paz y sabía que debía disculparse.

Esos días había pensado en la mejor manera de hacerlo, pero cada vez que lo veía, su primera reacción era huir de su cercanía.

De vez en cuando, cuando él no se percataba, lo observaba sin saber cómo enfrentar el problema y hacer lo correcto, pero la cobardía no la abandonaba del todo y prefería esquivarlo que volver a equivocarse. Y cuando él la pescaba mirándolo, percibía la tensión y todos sus movimientos desprendían una furia reprimida, haciéndola entrever que la detestaba. Entonces, el temor de enfrentarlo se acrecentaba.

A Helena, por alguna extraña razón, aquella actitud por parte del marqués le dolía implacablemente. Se sentía agobiada y ansiosa por dentro, como si viviera en medio de un mundo húmedo y gris, sin ningún sentido.

Por eso, esa mañana se levantó con la determinación de enfrentar todos sus problemas y seguir el consejo de lord Huntly.

Se había vestido meticulosamente con un precioso vestido color azul pálido, y luego se dirigió nerviosa al piso de abajo. Para su sorpresa, lord Huntly no se encontraba en el comedor y una sensación de decepción la apuñaló en el centro de su pecho. No obstante, resultó la ocasión perfecta para entablar una amena charla con todos, incluido Thomas, quien le solicitó un paseo después del desayuno. La conversación fue amistosa y Helena se sorprendió al sentirse aliviada cuando la charla terminó y pactaron seguir con su amistad como si nada hubiera ocurrido. Y siendo honesta con ella misma, la realidad era que Thomas no hizo nada para que ella se enfadara.

—Estoy seguro de que el caballero perfecto para ti, está más cerca de lo que imaginas, Lena. Solo debes abrir los ojos y no dejarte llevar por las apariencias. —Thomas pellizcó su nariz y ella sonrió—. ¿Regresamos?

—Adelántate, tengo muchas cosas en qué pensar y quiero estar a solas —respondió.

Thomas asintió y regresó solo a la residencia para comenzar a empacar.

Mientras caminaba lentamente, atravesando el puente, escuchó la risa socarrona de su padre y dirigió la mirada hacia las caballerizas. Entonces, lo vio montado en su caballo, con el pelo rubio alborotado, solo con una camisa de lino remangada y a medio abotonar. Su padre le habló y luego se marchó de las cuerdas, dejando a un lord Huntly molesto, que acarició el cuello de su caballo y lo exhortó con la brida para que iniciara un lento trote.

¿Qué pudo haber discutido con su padre para que se pusiera de aquel modo?

Preso por la curiosidad y lleno de remordimientos, temiendo ser la causante del enfrentamiento entre el duque y el marqués, corrió a las caballerizas.

—¡Ensíllame un caballo, Elton! —Le ordenó al muchacho rubio que se quedó pasmado ante aquella orden—. ¿No me has escuchado? —increpó molesta—. ¡Te he pedido que me ensilles un caballo, no que me miréis como si estuvieras viendo un fantasma!

—Pero, si usted no monta, milady... —musitó consternado.

—Pues hoy lo haré, ¡y me alistas un caballo o iré yo misma a escoger uno! —insistió,

observando que lord Huntly se iba perdiendo de su campo de visión.

—Mujeres... —murmuró Elton, en tanto Jimmy observaba la escena un tanto confundido. Sin embargo, cuando vio que Helena miraba con impaciencia hacia donde se marchó el amigo del futuro esposo de Susan, comprendió lo que ocurría.

—Ya te he dicho muchas veces que no contradigas a las señoritas, Elton. ¿Cuándo aprenderás? —reprendió a su hermano cuando éste fue a por la yegua baya que el duque había traído especialmente para Helena, pero a la que nunca montó—. Déjame a mí y ve a advertirle a Susan.

—La historia se repite... —bufó Elton, frunciendo el ceño.

—No se lo digas a John, ¿me has oído? —Le advirtió Jimmy a su hermano menor—. Si no encuentras a Susan, díselo a lord Bristol.

—¡Cómo ordenes! —Elton replicó con sorna, realizando una graciosa reverencia para ir corriendo a hacer el encargo.

Minutos después, Jimmy salió junto con la yegua lista y arqueó una ceja al constatar que Helena arrugaba el ceño.

—Es muy grande... —musitó, con los puños cerrados—. ¿No tenemos algo más pequeño? Quizás, ¿un poni? —cuestionó, recorriendo el largor de la yegua con la mirada.

—Lo siento, milady, pero usted le pidió a su padre que se deshiciera de todos los ponis. ¿No lo recuerda?

—Cierto... me traían malos recuerdos —suspiró hondo y se envaró—. Si no hay remedio, tendré que montar a este...

—Es la yegua que su padre le regaló, milady, y es la más mansa. No le hará daño; aunque, si prefiere, puedo preparar la calesa y acompañarla adonde desee ir —propuso el joven, intentando ayudar a su amiga.

—¡Ay, Jimmy! Dime Lena, como siempre, y no. —Negó con la cabeza—. Esta vez tengo prisa y necesito hacer algo por mí misma. —Se acercó temblorosa a la yegua, tomando con miedo las riendas—. Ayúdame a subir —le pidió a su amigo que la subió al caballo con cuidado. Cuando se sentó en la silla, se tambaleó y decidió cruzar las piernas y ponerse en ahorcajadas en la montura. Sonrió triunfal—. Mucho mejor. Ahora comprendo por qué Susan prefiere montar como niño.

—¿Estás segura, Lena? —insistió Jimmy, mirando hacia la casona.

—¡Por supuesto! No hay nada que yo, Helena Wellesley, no pueda hacer —replicó con una fingida sonrisa y espoleó a su caballo que de un brinco saltó hacia adelante y comenzó a trotar.

Helena reprimió un grito por el susto y enrolló a su mano la melena de la yegua que comenzó

a galopar manteniendo el ritmo. Respiró hondo, mientras el viento que chocaba con su cara le hacía experimentar una sensación de plenitud y libertad. Sonrió, diciéndose que no era tan malo montar y que podría acostumbrarse a ello. Sin embargo, inesperadamente su caballo se encabritó, levantó las patas delanteras y se sumió en una veloz carrera mientras ella gritaba a todo pulmón.

CAPÍTULO 7



—¡¿Que Helena ha hecho qué cosa?! —bramó Susan, poniéndose de pie como una ballesta, cuando Elton le informó lo que ocurría en las cuadras.

Se encontraba en la sala de visitas de su madre, conversando con su prometido sobre los pormenores de la boda y la incómoda situación que tendrían que abordar en el momento en que la duquesa de Atholl y su tía Anabelle tengan que verse las caras, cuando el mozo tocó la puerta y le comunicó las novedades.

—Cómo ha oído, milady —constató Elton.

—Ha debido ocurrir algo terrible para que estuviera tan desesperada —musitó, yendo hacia la puerta—. ¿Has visto o escuchado algo que pudiera influir en el comportamiento de mi hermana? —indagó, andando hacia el vestíbulo seguida por Henry y el lacayo.

—Bueno, lord Huntly y su excelencia estaban discutiendo en las caballerizas, pero luego se marcharon cada uno por su lado...

Susan se detuvo de repente y se volvió a mirar a Henry con una ceja enarcada.

—Y, Helena... ¿fue en dirección al camino que hizo padre o el del marqués? —increpó suspicaz, cruzándose de brazos.

—El duque regresó aquí, milady. En cuanto a si lady Helena siguió al marqués, no sabría decirle pues Jimmy me envió a avisarles, en tanto él alistaba el caballo que ordenó su hermana.

—¿Monta tan mal? —preguntó Henry, eludiendo la evidente insinuación de su prometida, ante la preocupación del mozo de cuadra y la reacción de Susan.

—Milady no monta, señoría —respondió Elton—. Si no se apresuran, temo que sufra un accidente y el duque nos matará por haberle preparado el caballo.

—Prepara mi montura; iré a buscarla —accedió Susan, yendo con Elton a las caballerizas.

Henry suspiró, y como todo un perro faldero, siguió de inmediato a su mujer.



—¡Socorro! —gritó Helena, en tanto su caballo parecía haberse vuelto loco—. ¡Auxilio! —Ya casi no tenía fuerzas para seguir sosteniéndose de la melena del animal ni de la silla. Estaba decidida a rendirse, cerró sus ojos e iba a lanzarse del lomo de ese endemoniado equino que la iba a llevar a la muerte.

Suspiró hondo y soltó las riendas, cuando alguien la abrazó con fuerza y de un impulso la arrebató de su montura.

Por instinto, Helena hundió su rostro en el pecho de su salvador y cerró los ojos cuando constató que el hombre que la acababa de rescatar, llevaba su torso desnudo, presionado contra su rostro. Se removió inquieta, pero el pavor pudo más y aferró sus brazos a su cintura.

La suave risa del jinete, hizo que Helena levantara la mirada y, por primera vez en su vida, pensó que iba a desmayarse.

Alex notó la rigidez de la joven, justo en el instante en que sus ojos se encontraron con los suyos, por lo que, adrede la envolvió con su brazo musculoso y la atrajo más hacia sí.

—No te muevas... —le dijo con suavidad y ella apartó la mirada, aunque no lo soltó.

Huntly volvió a sonreír, y guio su montura hacia la orilla de un arroyo, muy cerca del bosque.

—¿Por qué está sin ropa? —preguntó Helena para romper el silencio.

—Estaba por refrescarme cuando una chiquilla insensata, que no sabe montar, comenzó a pedir ayuda... —murmuró sin atisbo de reproche y ella resopló.

Se sentía inquieta por el penetrante calor que emanaba del pecho, los brazos y los muslos del marqués. En cualquier parte que la rozase su carne, su piel le cosquilleaba y sintió sus mejillas arder.

—¿Y bien? —insistió Alex—. ¿Por qué lo hizo? Sabe que pudo haberse roto el cuello, ¿cierto? —preguntó paciente, mientras la sentía más relajada.

—Solo seguí su consejo... —susurró Helena, sintiéndose ridícula.

—¿Mi consejo?

—Usted me sugirió enfrentar mis miedos... —Le recordó.

Huntly entornó los ojos.

—Ah, eso...

—Sí, eso... —repitió ella sin saber qué decir.

—Bueno, habría sido menos arriesgado si lo hacía con la supervisión de alguien más. Pudo pedir ayuda a sus hermanos, a su padre o a... su caballero perfecto —dijo secamente, tragando grueso.

Helena levantó la vista y notó el semblante molesto de su salvador. No sabía cómo disculparse, pero sentía que lo más sensato era sincerarse con el caballero que la había ayudado en varias oportunidades.

—En relación a Thomas, también seguí su consejo y debo admitir que tuvo razón... —Su corazón a latir de prisa inesperadamente—. Resolví mi situación con él, y ya se acabaron los malos entendidos entre nosotros.

Alex hizo otra profunda inspiración. En su pecho martilleaba frenéticamente aquel músculo insensato que no lo dejaba en paz, ante la confesión que le estaba quitando la venda de los ojos. La impaciencia y la inquietud lo perseguían desde hacía días, y en ese momento se materializaba por fin, aclarando su juicio.

No le agradó ni un poquito la idea de que se sintiera irritado porque una jovencita a la que apenas conocía, le dedicara sus atenciones a otro hombre. Sin embargo, ya resultaba imposible negar sus celos y las ansias que sentía de estar con ella.

—Me alegro por usted —fue lo único que pudo decir cuando detuvo su montura. Sin previo aviso, desmontó del caballo tomándola en brazos y Helena no tuvo tiempo ni de protestar.

Cuando recobró el aliento, advirtió que sus pies aún no tocaban el suelo, porque el marqués la sostenía con fuerza contra su poderoso y desnudo pecho.

—¿Por qué me siguió? —indagó Alex, decidido a tomar al toro por las astas. Ya no quería ser el títere de la hija menor de Lancaster.

—No cree que, para conversar más... tranquilamente, ¿debería ponerse la camisa? —sugirió ella con nerviosismo, en tanto cerraba los ojos para no mirar.

A Helena, de por sí no le resultaba fácil lo que estaba a punto de hacer, pero sabía que si el marqués no se cubría el torso, abandonaría su empresa a medio camino. Ya había sido arrastrada por aquel animal salvaje, y sería demasiado ridículo no completar su cometido por estar distraída con el musculoso pecho de lord Huntly.

—Ya puede abrir los ojos... —susurró Alex muy cerca del rostro de la dama, acariciando con su cálido aliento la tez de la joven.

Arqueó despacio una ceja, mientras Helena abría los párpados. Sus ojos azules no pudieron dejar de admirarla; llevaba el pelo rubio y brillante exquisitamente suelto, luciendo sensualmente atrevida y con las mejillas algo sonrosadas. Su cara era preciosa, de nariz recta y pequeña, cejas

arqueadas y labios carnosos y rosados. Los ojos, vivaces, eran grandes y expresivos, con largas pestañas y de una tonalidad muy parecida a la suya.

El viento alborotó su cabellera y él, sin pensarlo demasiado, le apartó los mechones de la cara.

—Supongo que no me siguió solo para admirarme, ¿o me equivoco? —volvió a decir Alex, mientras Helena se mordía los labios.

Ambos estaban de pie, bajo los rayos del sol, frente a frente y midiéndose con la mirada. El sonido del agua del arroyo contrastaba con el retumbe de sus corazones en sus pechos. Helena pensaba que aquellas palpitaciones aceleradas eran producto de sus nervios, pero Alex era consciente de que se trataba de algo más grande que solo nervios o... celos.

Helena respiró hondo y se aclaró la garganta. No había más salida que pedirle disculpas; era lo correcto y ella no se perdonaría desaprovechar la oportunidad para limar sus asperezas con el mejor amigo de su cuñado. Después de todo, siendo casi un hermano para Henry, lo más lógico era que se vieran bastante seguido y no deseaba ser motivo de la incomodidad de nadie.

—Lo seguí para pedirle perdón, milord —confesó a duras penas, pero sin apartar sus ojos de los del caballero.

—¿Y eso por qué? —Alex ladeó el rostro, escrutando con curiosidad a la joven.

—Por haber malinterpretado sus intenciones conmigo. Sé que en la mascarada solo quiso protegerme para cumplir con la promesa que le hizo a lord Bristol. Además, estuvo mal comprometerlo a ese paseo, solo con la intención de utilizarlo... —Helena soltó el aire que había contenido en sus pulmones para pronunciar rápidamente aquellas palabras.

El marqués, más que sentirse complacido en ese momento, se sintió decepcionado. Se sentía fatal con que ella le confirmara sin tapujos que solo había sido un peón en su juego con el mocosito pelirrojo, y que por ende, los besos que le había dado, no significaron nada para ella.

—Bueno, si cree que sus palabras son disculpas suficientes, puede regresar tranquila por donde ha venido... —Alex se volvió hacia su caballo y procedió a desensillarlo.

—¿Qué? —preguntó desconcertada—. Me estoy disculpando, le estoy dando la razón a todo lo que me ha dicho, ¿y reacciona así? —Alex la ignoró y exasperada, preguntó—: ¿Qué más quiere, milord? ¡No lo comprendo! —exclamó turbada, siguiéndolo de cerca.

Alex solo resopló y bajó la silla en el césped. Sin prestarle atención a Helena, se dispuso nuevamente a quitarse la camisa.

—Pero, ¿qué hace?! —le cuestionó sin recibir respuesta alguna—. ¿Por qué no me responde? ¿Piensa ignorarme como si no estuviera aquí? ¿O qué más espera para perdonarme? —insistió furiosa, tomándolo del brazo por hacer de cuenta que su presencia resultaba insignificante.

Ante aquel contacto, Alex, por instinto respondió abrazándola

con fuerza por la cintura.

La ciñó contra él con firmeza y ella,

aunque intentó soltarse, no logró su cometido porque él no cedió ni

un poquito.

—Bésame, Helena... —susurró prácticamente sobre sus labios, suplicante como nunca antes.

Un calor agresivo envolvió a Helena de pies a cabeza y advirtió que estaba en peligro. Lord Huntly había cambiado su expresión hostil y arrogante, a un gesto embriagador como si su petición mereciera más que un parpadeo por la sorpresa que le provocaron sus palabras. Recorrió con la mirada sus labios largos, delgados y fascinantes, para terminar presa del brillo de sus ojos que emitían una chispa de desafío nada sutil.

—¿Por qué...? —cuestionó desconcertada, porque no comprendía la actitud cambiante de Alexander.

—Porque soy yo... —respondió él con suavidad—. Todos nuestros malentendidos fueron por un beso; te he besado para salvaguardar tu honor, y también, para devolverte lo que he tomado sin tu consentimiento. ¿Es mucho pedirte un beso más para complacerme a mí? Un beso que no sea un escudo ni una reprimenda; sería la disculpa perfecta... —musitó extasiado, consciente de que la estaba volviendo a arrastrar a un camino peligroso, aunque juraba en su fuero interno que no iría a por más, que todo se resumiría a una caricia inocente.

Helena, en su inocencia, aspiró profundamente cautivada con aquellas palabras suplicantes. Contuvo la respiración, alargó el cuello hacia arriba y cerró los ojos.

—¿Qué haces, pequeña? —preguntó divertido Huntly.

—Esperando a que me bese para terminar de disculparme... —replicó sin abrir los párpados.

—La idea es que tú me beses a mí y no a la inversa, pues yo ya te he besado un par de veces... —farfulló sobre su boca, divertido—. Vamos, abre tus ojos y mírame —ordenó con suavidad, logrando que Helena le obedeciera—. Ahora, separa tus labios y acércalos a los míos despacio.

Aturdida, Helena obedeció a cada una de las demandas del demonio con cara de ángel, y cubrió su boca con la suya, moviendo despacio sus labios como si degustase su sabor. En un principio, no encontró nada amenazador en aquel roce inocente; por el contrario, le resultó agradable la caricia de sus bocas, que parecían llenar un vacío que, hasta ese momento, no había percibido en su pecho. Sin embargo, cuando las manos del marqués liberaron su cintura para apresar su rostro e intensificar el beso, el calor aumentó en todo su cuerpo y su boca tembló sosegada ante la caricia de aquella lengua que parecía aliviar una etérea llaga en sus labios.

Por su parte, Alex era consciente de que no podía sobrepasar los límites y, mientras se acrecentaba aquel momento mágico alrededor de ellos dos, decidió romper el contacto de sus bocas. Miró a la joven a los ojos y la atrajo hacia sí, abrazándola con determinación.

Helena, casi desfallecida, contuvo el aliento con sus labios separados y extrañamente secos. Su

boca latía, al tiempo que su corazón deseaba con locura que lord Huntly la siguiera besando.

—Respira, pequeña... —aconsejó el marqués, acariciando la espalda de la damita cuyo cuerpo languideció entre sus brazos—. Pronto te sentirás... normal —murmuró con pesar, mientras en su garganta se formaba un enorme nudo de insatisfacción, a pesar de que había logrado su propósito de que ella lo besara.

Buscó en lo profundo de su ser algún atisbo de respuesta, alguna señal de cómo fue a sucederle lo que le estaba ocurriendo, y solo evocó el momento en que, en el baile, Helena se había quitado la máscara para observarlo desafiante.

En aquel entonces, tuvo la seguridad de que nunca conoció a una mujer más hermosa, y en ese momento, que la tenía entre sus brazos, comprendió que deseaba más que nada ni a nadie a Helena, que la había deseado desde el primer instante en que la vio. Sin embargo, aquella atracción que pensó era meramente física, le resultaba minúscula en comparación a ese algo que lo perturbaba y obsesionaba, al punto de hacerlo perder su autocontrol.

Con el ceño fruncido, examinó la posibilidad de que fuese amor y resignado comprendió que su conjetura era acertada. Apretó los labios y la siguió abrazando, pensando en que no volvería a tener paz en su vida, hasta que Helena Wellesley fuera suya.

CAPÍTULO 8



—¡Cómo se atreve! —vociferó Susan, viendo a lo lejos cómo el marqués de Huntly besaba de un modo muy poco apropiado a su hermana pequeña. Tomó su pistola de debajo de la silla de montar y apuntó con furia hacia el mejor amigo de su prometido.

Henry resopló y se colocó frente a ella con su caballo, estorbando su campo de visión.

—Ya, cielo. No exageres... —intentó apaciguarla, pero ella no cedió.

—Apártate, porque no me temblará el pulso para apretar el gatillo y lo sabes —advirtió furiosa—. ¡¿Cómo osa besar de esa manera a Lena?! —repitió conmovida al presenciar la escena.

—¡Susan! —Clamó el marqués de Bristol, sobresaltando a su futura esposa—. ¿Te has vuelto loca? ¿Acaso no recuerdas todo lo que tú y yo hemos hecho? —frunció el ceño, acercando despacio su montura a la de ella.

—Eso es diferente... —masculló furiosa, negando con la cabeza

—Y ¿cómo por qué sería diferente?

—¡Porque soy mayor, Henry, y Lena ni siquiera ha sido presentada! —explicó con determinación—. Tiene apenas dieciséis años....

Pacientemente, el marqués tomó de su mano el arma y la escondió a su espalda.

—En unos meses cumple diecisiete y será su baile de presentación, cariño. —Le recordó—. Además, ¿no fuiste tú quien mencionó que Alex era el caballero ideal, para hacerle ver a Helena que Thomas no era el único muchacho disponible?

—Sí, pero... —La voz de Susan tembló—. No pensé que tu amigo fuese un atrevido. ¿Cuántos años tiene? —cuestionó de repente, observando cómo su hermana era arrojada por lord Huntly, que parecía estar cuidando de su tesoro más preciado.

—Tenemos la misma edad —contestó el marqués de Bristol, ásperamente.

—¡Le lleva doce años, Henry! —bramó escandalizada—. Helena ni siquiera ha podido deducir el motivo de nuestra apresurada boda, a pesar de que todo el mundo lo menciona como si estuvieran hablando del clima. ¿Crees que un hombre tan experimentado no se aprovechará de mi hermana? —consultó preocupada.

—Si Helena es tan temeraria como tú, será ella quien se aproveche del pobre Alex... —Con una sonrisa lobuna, Henry miró los labios de Susan y se humedeció los suyos.

—Me iba casar contigo de todas formas, estábamos prometidos desde hace años —refutó ella—. Y esto es diferente, Henry, hablo en serio. No quiero a mi hermana sufriendo por el marqués. No pienso permitirlo y ve advirtiéndole a ese hombre, que no solo se las verá conmigo si Helena sale lastimada en todo este enredo.

Henry resopló con fastidio y, aunque le prometió a John y al duque no mencionar nada, no podía soportar que Susan se enfadara con él o que pensara lo peor de su mejor amigo.

—Tu padre quiere apoyar a Alex para recuperar todos sus bienes y establecerse como marqués de Huntly de una vez por todas —reveló de improviso, ante la expresión incrédula de su prometida—. Quiere darle participación en nuestros negocios, y alentarle a ocupar su sitio en el parlamento.

—Quieres decir que, ¿mi padre piensa casar a Helena con Huntly? —preguntó espantada, pero no porque no aprobara al marqués, sino porque no deseaba que le impusieran un marido a su hermana.

—Alex es un buen hombre, Susan —gruñó Henry, sin comprender el rechazo de la dama hacia Alex—. No comprendo tu repentino cambio de parecer en relación a él y Helena. Acaso, ¿ha ocurrido algo grave? —increpó exasperado.

Susan, consciente de que había despertado ideas equivocadas en su futuro esposo, relajó su semblante y aspiró profundo.

—No es lo que crees, Henry. —Negó con la cabeza—. Solo pienso que mi hermana es

demasiado joven y no quiero que se despose con ningún hombre solo por una imposición — confesó con pesar, mirando a los ojos a su prometido—. Ella no es como yo, y acatará las órdenes de padre sin protestar, aunque hacerlo implique que no sea feliz.

El marqués de Bristol comprendió el punto de Susan. Desmontó con agilidad y se acercó a Star para ayudarla a hacer lo mismo. Tomó sus manos, y la miró fijamente a los ojos, diciendo:

—Alexander es como mi hermano, y aunque a veces parezca despreocupado e irresponsable, te aseguro que es el hombre más perseverante y honesto que he conocido en mi vida. Estoy seguro de que, si está tratando de conquistar a Helena, es porque sus intenciones son honorables, pero te prometo que hablaré con él y te informaré todo lo que sea relevante. ¿Te parece bien, cielo? —La abrazó por los hombros y besó su coronilla.

—Quiero saberlo todo, Henry.

—Por supuesto, mi amor. —Se colocó al lado de su prometida sin dejar de abrazarla y observaron con sorpresa que lord Huntly seguía sosteniendo a Helena entre sus brazos, sin intentar nada más —. Se miran bien juntos, ¿no lo crees, cielo?

—Siendo sincera, sí —contestó Susan, más relajada. Entonces, Alexander Gordon se separó de su hermana, la tomó de la mano y la tiró hasta la yegua baya que se había acercado a la montura del marqués. Tomó la brida y, de repente, sentó a Helena a su lomo—. ¿Qué hace? — cuestionó con cierto temor, pues su hermana de verdad le temía a los caballos.

—Creo que su propósito es que ella supere su miedo a montar... —conjeturó Henry, contemplando sorprendido cómo su cuñada reía feliz, mientras su amigo, que no deseaba tropezar con esa piedra, hacía andar a la yegua a su lado sin soltar la brida.

—Bueno, parece que lo está logrando. Nunca vi a Helena sonreír de esa manera, y menos estando cerca de un caballo... — reveló con sorna.

—Entonces, no hay nada de qué preocuparse.

—Tal vez, tengas razón. —Susan suspiró.

—¿Por qué mejor no aprovechamos este imprevisto paseo para ponernos al día con nuestros propios asuntos? —propuso Henry al oído de Susan, que solo se mordió el labio inferior y corrió tras él cuando la tomó de la mano, incitándola a seguirlo.



—¡No pensé que fuera tan sencillo! —exclamó Helena, mientras lord Huntly sonreía y ambos regresaban despacio a las cuadras en sus respectivas monturas.

—La próxima vez, deberás hacerlo sola —advirtió el marqués, tomando con firmeza la brida

de la yegua baya a quien guiaba para tranquilidad de su acompañante.

—¿No cree que sea demasiado pronto? —indagó temerosa, frunciendo sus ojos.

—Bueno, la constancia es el secreto —contestó él, como todo un experto.

—Y... ¿estará aquí para ayudarme en el proceso? —preguntó en un suave murmullo, logrando que el marqués detuviera los caballos para observarla con detenimiento.

—Siempre que tú lo desees, estaré para lo que necesites —replicó en un tono profundo y sinuoso que claramente contenía una promesa.

Helena lo miró con recelo e intentó no dejarse en evidencia cuando sintió el calor apoderarse de su rostro. Estaba confundida respecto a todo lo que ocurrió entre ellos, pero tampoco se atrevía a hablar del asunto. Le resultaba inapropiado preguntar por qué le había pedido que lo bese, además de la excusa que le había dado. Por otro lado, necesitaba comprender el motivo de su tan inestable estado físico y emocional cuando lo veía o pensaba en él.

En un principio, estuvo segura de que se trataba de culpa y que, cuando se disculpara, aquellas sensaciones que la habían embargado durante toda la semana, desaparecerían. Sin embargo, las palpitaciones frenéticas en su pecho, el cosquilleo persistente en su estómago y ese nudo que le obstruía la garganta, no la abandonaban. También, sentía mucha curiosidad e interés por conocerlo mejor, por saber todo sobre el marqués. Desde un principio, a pesar de que se conocieron en circunstancias para nada habituales, a ella le resultó ingenioso y chispeante, con un humor muy parecido al suyo, aunque a veces, un tanto irritante y provocativo. No obstante, en su compañía se sentía segura, respaldada para sus travesuras, como comprometerlo a aquel paseo que, no sabía con exactitud si había terminado bien o mal.

—Helena, ¿te encuentras bien?

La voz del marqués la arrancó de sus cavilaciones y afirmó con la cabeza.

—Sí, milord.

—Dime Alex, por favor —pidió el caballero con dulzura.

—¿No sería muy inapropiado?

Una sonrisa enigmática se materializó fugazmente en los labios de Alexander, que buscó las palabras adecuadas para no amedrentarla.

—Bueno, ¿no crees que hemos compartido situaciones muy familiares como para seguir tratándonos con exagerada formalidad? —justificó para que la inocente muchacha entrara en razón y comprendiera lo que habían compartido.

—Tiene razón... —susurró, esquivando la mirada.

—Tienes —corrigió Alex.

—¿Qué cosa? —preguntó una despistada Helena.

—Tutéame, Helena. Somos amigos, ¿cierto? —Aunque a Alex no le agradaba del todo aquel rótulo tan simple, sabía que no debía presionarla. Helena era muy joven, demasiado inocente e inexperta como para revelarles lo que tenía en su cabeza.

Con una confianza ciega, la joven asintió y le regaló una de sus sonrisas más encantadoras, logrando, sin ser consciente, que a Alex le diera vueltas la cabeza y le latiera muy deprisa el corazón. La necesidad de abrazarla y volver a besarla, le resultaba casi insoportable, pero él luchaba para ahuyentar esas ganas de corromperla con la firme convicción de que tarde o temprano, sería suya.



Después de escoltar a Helena hasta la majestuosa casa, Alex se dirigió al despacho del duque. Al parecer, los Cromwell se habían marchado para despedir a Thomas que partía rumbo a Boston, y el estudio se encontraba tranquilo.

Tocó un par de veces hasta que oyó la voz gruesa de Lancaster, ordenando que pasara.

—Excelencia. —Se inclinó levemente, aunque su anfitrión ni siquiera se había molestado en levantar la vista.

—¿Has cambiado tan rápido de opinión? —preguntó con sorna y le señaló el asiento frente a su escritorio.

Alex siguió con determinación, dispuesto a enfrentar su escrutinio y someterse al interrogatorio que, seguramente, ya tenía preparado ese imperante hombre.

—Bueno, usted me aconsejó pensar en mi futuro, y he tomado una decisión irrefutable al respecto porque puede que tenga razón —justificó el marqués con audacia.

Arthur levantó la cara y arqueó una de sus pobladas cejas.

—Supongo que esa decisión tiene un propósito —entrelazó sus dedos sobre el escritorio y ladeó la cabeza—. ¿Qué pretendes?

Convencido de que preguntaba por sus planes de negocio e ideas de inversión para las tierras que heredó, Alex contestó:

—Estoy al tanto de que las tierras que me ha dejado Roger, antaño fueron fructíferas plantaciones de cereales y hortalizas, y estaba pensando...

—No me refiero a eso, niño... —lo interrumpió Arthur, moviendo la cabeza de un lado a otro—. ¿Qué ambicionas con mi hija? —fue directo al grano.

El marqués le sostuvo la mirada fiera al duque e inspiró profundo antes de contestar.

—Ella me agrada —confesó con valía, sin que la voz le temblara como en principio había pensado que lo haría.

—¿Y a quién no? —contestó el duque, como si aquello fuese lo más evidente—. Mi hija no es pasatiempo de nadie, Huntly...

—Estoy muy de acuerdo con usted.

—Entonces, ¿qué pretendes con Helena? —insistió Arthur.

—En estos momentos, con mi situación económica, no puedo pretender más que su amistad. Sin embargo, estoy dispuesto a seguir sus consejos para mejorar mi posición.

—¿Con qué propósito? —Arthur pensaba presionar a Alex hasta que confesara sus verdaderas intenciones.

—Con el único propósito de ser digno de su hija, excelencia — contestó con convicción—. Prometo hacer lo imposible para lograr mi cometido, le aseguro que seguiré sus consejos y tomaré sus propuestas seriamente; sin embargo, me siento en la inevitable necesidad que hacerle una petición un tanto egoísta, pero necesaria...

—Una petición... —Arthur arrastró aquellas palabras y suspiró —. Y, ¿qué desea el marqués?

—Necesito que me prometa, que no le concederá la mano de Helena a nadie más que no sea yo, que esperará por mi oferta cuando me establezca y pueda ofrecerle todo lo que merece.

Arthur lo escrutó con el ceño fruncido por unos segundos y luego sonrió.

—Lo que me pides, es algo que no puedo prometerte.

—¿Por qué? —cuestionó de inmediato—. Helena es su hija, y sin su consentimiento, ella no puede comprometerse con nadie.

Arthur se masajeó las sienes y resopló.

—Le prometí a mi esposa que no obligaría a ninguno de mis hijos a desposarse si no lo deseaban, y no puedo faltar a mi promesa. Si aparece alguien del interés de Helena, no puedo oponerme.

—Pero con Henry lo hizo, ¿acaso no me considera digno de su familia? —masculló, poniéndose de pie en señal de desafío.

—¡No digas tonterías y siéntate! —le ordenó el duque y Alex obedeció—. Sabes perfectamente que la antigua situación de Henry no se compara con la tuya; no tenía nada cuando lo tomé bajo mis alas, y estaba envuelto en un escándalo desde su nacimiento. El dinero y la reputación no tienen nada que ver en este asunto.

—Entonces, ¿por qué la diferencia? —insistió con impotencia, mientras un nudo le obstruía la garganta.

—No te estoy mintiendo, Alex, y lo de Henry fue una cuestión de suerte, una casualidad. Acepté la propuesta de Atholl por la desesperación de Amalia, pero nunca pensé en obligar a mi hija a casarse si no le agradaba ese mocoso —sonrió con ironía—. Es más, rompí nuestro acuerdo y lo eché de mi casa cuando sufrió aquel atentado, pero ¿quién iba a pensar que sus destinos se habían unido hace tiempo y que Susan abogaría por él?

—Pero... —Alexander tragó con esfuerzo, pensando en la posibilidad de ver a Helena comprometida con otro caballero. Y estaba seguro de que, una vez presentada en sociedad, le lloverían las propuestas y eso ocurriría—. Tiene que haber una forma... —susurró para sí, mirando a la nada.

—Lo mejor es ocuparse de lo más urgente en este momento, y resolver las cuestiones legales de tu herencia —aconsejó el duque.

—Le aseguro que, la razón para hacer a un lado mi orgullo y aceptar esas tierras, no son lo más urgente en este momento —replicó con ironía—. Si no tengo la certeza de que será mi prometida, no tiene ningún sentido...

Con el ceño fruncido, Arthur se puso de pie y paseó por delante de la chimenea, donde una pequeña fogata danzaba alegremente.

Alexander lo observó con atención, expectante al próximo movimiento de su excelencia. No sabía con qué cuento le saldría, pero estaba seguro de que algo tramaba. Lo conocía por demasiado tiempo como para atreverse a apostar su vida a que era de esa forma.

—¿Recuerdas el problema con Garrad? —preguntó de pronto, sorprendiendo a Alex por tocar un tema que nada tenía que ver con los asuntos que estaban discutiendo.

—Sí. ¿Qué con ello? —indagó impaciente.

—Y ¿recuerdas cómo lo resolví?

Alex se estremeció al evocar la muerte del hermano de Henry y asintió con la cabeza. Sin embargo, seguía sin comprender qué tenía que ver ese asunto del pasado con sus problemas.

—Te olvidas de Rivers, Alex... —Le recordó Arthur.

—Tengo entendido que su hijo lo tiene todo resuelto —contestó con sorna—. Aunque, sin recursos, dudo mucho que vuelva a aparecer. Sin embargo, no comprendo qué tiene que ver ese asunto con lo que estamos tratando.

—Tiene que ver absolutamente todo, porque, antes que nada, está la seguridad de mis hijos —advirtió con rudeza—. Sin el cuerpo de Rivers delante de mis ojos, Helena corre peligro a tu lado y no pienso consentir esa posibilidad. Así que, te aconsejo que resuelvas el problema de tu herencia y colabores con John para atrapar a ese malnacido. Cuando termines con esas dos

tareas, prometo concertar tu compromiso con mi hija.

Alexander volvió a levantarse de su asiento, furioso con el duque.

—Sabe que no me gusta ser manipulado por nadie, excelencia —masculló, presionando sus manos en puño.

Arthur sonrió y se encogió de hombros.

—Pues, deberías comenzar a acostumbrarte. ¿No lo crees? —advirtió con bellaquería, irritando aún más al marqués—. Y agradece que te he puesto las cosas mucho más fáciles de lo que podría.

Alex resopló y negó con la cabeza.

—Lo que está haciendo es acorralarme, no ponerme fáciles las cosas.

—No te estoy presionando, Alex. Eres libre de hacer lo que te apetezca. —Le enseñó la puerta con la mano.

—Le acabo de confesar mi interés por su hija y está poniendo condiciones. O le sigo el juego y tengo su aprobación, o me marchó y pierdo las esperanzas con Helena. ¿Eso no le parece acorralarme?

—Todo tiene un precio, Huntly, y el costo que debe pagar aquel que desee ser parte de mi familia, es darme la seguridad de que será capaz de mantener a salvo a los míos —reconoció y regresó a su sillón—. Te ofrecí una alternativa que nos conviene a todos, pero puedes rechazar mi oferta y largarte ahora mismo de mi casa. —Volvió a señalar la puerta.

Puesto entre la espada y la pared, con los labios presionados asintió con la cabeza.

—Prométame que cumplirá con su palabra —exigió con la voz áspera.

—Lo prometo —contestó Arthur.

CAPÍTULO 9



Los paseos a diario que hacían Helena y Alexander, comenzaron a ser supervisados por la mayor de los hijos del duque y su prometido. A Susan le asustaba que Helena cometiera una

imprudencia siendo tan joven y no tuviera más opciones que casarse para asumir las consecuencias de sus actos.

Faltaban tres días para la boda del marqués de Bristol y Susan, cuando decidieron almorzar los cuatro en el mismo sitio de siempre. En esa ocasión, la prometida de Henry decidió que todos fueran en carruaje para no perder de vista a lord Huntly, como venía haciendo desde que lo vio besando apasionadamente a su hermana pequeña.

Mientras las damas colocaban una manta en el césped y acomodaban sobre el retazo el almuerzo que llevaron en los canastos, Alex se alejó frustrado para no demostrar su irritación. Era evidente que lo querían mantener a raya y alejado de Helena, que parecía no comprender lo que intentaba su familia.

Llevaba días si poder conversar a solas con ella, sin siquiera poder arrimársele y mucho menos, besarla nuevamente.

—¿Puedes cambiar esa cara? —dijo Henry, llegando junto él, que se había sentado al borde del arroyo y lanzaba piedras al agua—. ¿Qué te ocurre? Hace días estas de muy mal humor y con mucha prisa por resolver el asunto de Rivers. ¿Tan impaciente estás por largarte de aquí?

Alex miró de reojo hacia donde estaban las damas y se tragó un impropio.

Henry entornó los ojos, comprendiendo entonces lo que pasaba: su amigo estaba con ese humor de perro rabioso porque no podía pasar tiempo a solas con su futura cuñada.

—Ten paciencia, es muy joven y despistada... —susurró para consolarlo, mientras tomaba unas rocas e imitaba los movimientos de Alex.

—No sé si estoy haciendo lo correcto, pero he pasado varios días en vela pensando e intentando separar una cosa de otra. Repitiéndome que no tengo ninguna intención de cambiar mi pacífica y despreocupada vida, que soy feliz tal y como estoy, pero... —calló, incapaz de pronunciar lo que intentó negarle a su propia razón, pero sobre todo, a su corazón.

—¿Te enamoraste? —Con incredulidad, Henry formuló aquella pregunta, a sabiendas de lo que su amigo pensaba del amor y era muy consciente de que, seguramente, una tormenta difícil de controlar se desataba en su interior.

—Ninguna mujer me había hecho sufrir tanto por su compañía, ni sembrado en mí tal incertidumbre. Me siento vulnerable en su presencia, y obsesionado de una forma insensata e imposible de desmentir cuando no estoy con ella... —Tomó aire profundamente, y luego lo exhaló despacio—. Al punto de pedirle a su excelencia que reservara su mano para mí. —Viró la cabeza para ver precisamente lo que esperaba: un rostro lleno de sorpresa por la incredulidad de sus palabras.

—Alex, el matrimonio no es un juego y Helena es...

—¡Ya lo sé! —bramó. Miró hacia las damas que al parecer no lo escucharon y bufó—. Lancaster me dio la oportunidad perfecta para largarme de aquí, alejarme de su hija insensata y

de su loca familia, pero como un tonto, de mi propia cuenta me lancé a los lobos... —sonrió con ironía—. Y lo más absurdo de todo es que, en toda nuestra conversación, solo sentí una decepción profunda cuando el duque se negó a mi petición. Nunca me sentí tan verdaderamente herido como en ese momento... —confesó consternado.

—Lo lamento, pero su excelencia debe tener sus razones o, en el mejor de los casos, sus condiciones.

—Le puso un precio a la mano de su hija, y lo peor del caso es que ni siquiera me detuve a pensar para aceptar sus términos. ¿En qué lío me he metido, Henry? —Le consultó angustiado a su amigo—. Hice a un lado mi orgullo y rompí un juramento por una minúscula posibilidad de hacerla mía, porque ni siquiera tengo la certeza de que siente algo por mí. ¡Me siento ridículo!

—El amor es complicado, Alex. Tómame un tiempo para comprenderlo... —aconsejó y permanecieron durante un largo rato en silencio, con la mirada perdida, hasta que Henry dijo—: Entonces, ¿aceptarás la herencia que te dejó tu tío? ¿Esa fue la condición del duque?

—Una de ellas —suspiró—. También, debo deshacerme de Rivers —volvió a resoplar y lanzó una roca al agua—. Demasiadas molestias para meterla a mi cama, ¿no lo crees?

—Pues, deberías haber sido consciente de la responsabilidad que implica seducir a alguien tan inocente como Helena. —Le reprochó sutilmente—. Además, sabías perfectamente que esto podría suceder.

—Mis deseos de casarme con ella, no tienen nada de inocente, amigo, y ahora tu prometida no la deja ni respirar cerca de mí.

—Bueno, será cuestión de días, mi boda está a la vuelta de la esquina —le guiñó un ojo.

—¿Atholl llega hoy? —indagó, centrándose en la felicidad de su mejor amigo y decidido a no manchar sus días felices con sus problemas.

—Sí...

—Lo dices como si no te agradara del todo la idea de su llegada.

—No es eso, el problema surgirá cuando los Cromwell regresen y tengan que compartir techo con mis tíos.

—Y eso ¿por qué?

—Viejos rencores entre las damas, mi amigo; al parecer, mi tía estuvo enamorada de lord Essex y su esposa no lo olvida...

—Vaya... el mundo es bastante pequeño, ¿no lo crees?

—Más bien, pienso que el destino es quien hace de este modo las cosas y ya tiene sus planes escritos desde nuestro nacimiento.



—Lena, ¿a ti te gusta el marqués de Huntly? —preguntó Susan, mientras sacaban de las cestas los bocadillos para el almuerzo.

Helena se sonrojó y se quedó muda.

—Te volvió a besar, los vi —reveló la mayor de las hermanas y Helena suspiró—. Solo me gustaría saber lo que tú sientes. ¿Te gusta Alexander?

—No sabría decirlo; ese beso solo fue una disculpa por haberlo utilizado... —arrugó el ceño—. Eso me lo aclaró él mismo —confesó inocentemente.

—Así que, lord Huntly te convenció de que, la única forma de perdonarte era dándole un beso... —concluyó.

Helena afirmó con la cabeza y su hermana sonrió con sorna.

—¿Y tú le creíste?

—No tiene por qué mentir... —respondió con un deje de resignación.

Susan no era ninguna tonta, pero Helena seguía siendo demasiado ingenua en asuntos del corazón. Durante años supo que Thomas la veía solo como a una hermana, pero siguió fomentando sus ilusiones con ideas equivocadas, convencida de que podía hacerlo cambiar de opinión. Cuando por fin resuelve aquel inconveniente, no se le ocurre mejor cosa que besar a un hombre de la talla de lord Huntly, supuestamente como agradecimiento.

La mayor de las Wellesley reprimió el impulso de rodar los ojos e insistió con paciencia sobre el asunto.

—En el hipotético caso de que lord Huntly te lo haya pedido porque le gustas, ¿qué pensarías?

—De hecho, el marqués es bien parecido, pero desde el principio ha dejado en claro que no está hecho para el matrimonio, y sabes que yo nací para casarme, Susan. Quiero un esposo amoroso y complaciente, y unos niños encantadores que corroteen por una enorme casa igual que la nuestra —sonrió—. Lord Huntly tiene toda la apariencia de un calavera, ha sufrido mucho y desconoce el calor de una familia, y para rematar, es pobre... —bufó con teatralidad—. Sería el candidato menos apropiado para mí, y no vuelvas a mencionar el beso; me ha dejado en claro que me considera solo como una amiga.

Helena viró la cabeza y vio al marqués lanzando unas piedritas al agua. Después de haber pasado toda su vida ilusionada con alguien que no le correspondía, no pensaba volver a caer en la misma trampa por segunda vez. No era tonta; lo menos que le importaba de Alexander era su dinero porque con su dote podrían resolver todos sus problemas, sin embargo, era consciente de

que el marqués, lo menos que quería era casarse. También, sabía perfectamente que ella le gustaba, pero de la atracción al amor había un tramo demasiado largo, por lo que prefería hacer oídos sordos y la vista gorda si pensar en ello implicaba caer nuevamente en una fantasiosa ilusión que quizás, jamás tomaría forma.

No tomó aquella decisión a tientas; lo hizo a sabiendas de que Alexander era el epitome del caballero que ella buscaba: apasionado y protector, un compañero que siempre estaría dispuesto a prestar su brazo para mantenerla a salvo. Un hombre que valoraría sus opiniones y la aceptaría como igual.

Sin embargo, un hombre como Alexander, por más que tuviera todas aquellas cualidades, estaba roto por dentro. Lo supo en cuanto le habló de su infancia, de la falta de atención de sus padres. Su mirada vacía, su indiferencia aparente ante su fatídico pasado familiar, le hicieron ver que ese hombre nunca amó, y que tampoco conocía el significado de ser amado. Si ella se atrevía a navegar en aquellas turbulentas aguas, el resultado sería nefasto, y no estaba segura de si quería arriesgarse a intentarlo.

Por lo tanto, había decidido no volver a tentar a su suerte y mantener sus sentimientos a raya. Era muy poco tiempo para decir que sentía amor, pero sí una exagerada admiración que conocía demasiado bien. Esa admiración podía llevarla a idolatrarlo en demasía tal y como lo hizo con Thomas, y prefería darle tiempo al tiempo que lanzarse a aquellas aguas peligrosas sin tener la certeza de que podría nadar hasta la orilla y salir ilesa, en caso de que se desatara una tormenta.

—Puede que cambie de opinión... —Su hermana habló—. ¿Qué harás si se te declara?

Helena tragó saliva disimuladamente y sonrió como si aquello no significara nada.

—Estoy segura de que el marqués conoce sus limitaciones; le tiene pavor a padre y jamás se atrevería. Además, lo pensé detenidamente y voy a seguir tu consejo —contestó con aparente desdén, en tanto Susan fruncía el ceño—. No tendré prisa, conoceré a otros caballeros, disfrutaré de las temporadas, me divertiré y luego escogeré al marido más apropiado. Sí, así lo haré —decretó, sorprendiendo a su hermana.

Más tarde, regresaron los cuatro y en la distancia observaron varios carruajes frente a la casa. Aparentemente, los Murray habían llegado.

Sonrisas genuinas se formaron en los rostros de los caballeros, aunque en la cara de Susan solo se vio una mueca de preocupación.

—Esperemos que nuestra boda no resulte un campo de batalla... —Le dijo a Henry, en tanto Alexander y Helena fruncían el ceño.

—Mi tía es muy sensata y estoy seguro que controlará su genio. Todo saldrá bien, cariño —contestó Henry, presionando levemente su mano.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Helena.

—La tía Anabelle y la duquesa de Atholl tienen una historia —respondió Susan—. El tío

Thomas fue la manzana de la discordia entre ellas, y según tengo entendido, no se han visto desde entonces.

—¡Vaya! —Helena abrió los ojos como platos—. Jamás pensé que alguien como la tía Anabelle peleara por un hombre... —susurró desconcertada.

—Con el carácter de lady Essex, me cuesta imaginármelo — estuvo de acuerdo Alexander—. Ambas damas son muy hermosas; lady Essex posee una belleza exótica a pesar de los años. Debió ser impresionante en su juventud.

—En efecto; la tía Anabelle, a pesar de que ya estaba embarazada, no peleó por el tío Thomas —aclaró Susan, ante las miradas incrédulas del marqués de Huntly y su hermana menor—. Era rica y poderosa, por ende, muy orgullosa, y si el tío no la hubiera prácticamente obligado a desposarse con él, se habría marchado a América sin importarle nada.

—Quieres decir que, ¿se casaron porque estaba embarazada? —indagó horrorizada Helena.

—No, por supuesto que no —refutó de inmediato Susan—. La tía Anabelle y el tío Thomas iban a casarse, pero ella tuvo que regresar a Boston para poner en orden algunos asuntos y comunicárselo a su padre. Fue cuando se percató de que estaba embarazada y regresó antes de tiempo para decírselo al tío. Sin embargo, cuando llegó lo vio con la tía de Henry que... —Susan miró a su prometido antes de hablar—. Ella vio a la tía Anabelle y adrede se lanzó a los brazos del tío y lo besó.

Un jadeo de horror escapó de lo profundo de la garganta de Helena y el rostro de lord Huntly se desfiguró, aunque no dijo nada.

—Quieres decir que ¿le puso una trampa para comprometerlo y separarlos? —indagó Helena. Susan afirmó con la cabeza—. Que todos los cielos nos amparen —rogó—. La tía es... —Negó con la cabeza antes de volver a hablar—. ¿Lo sabe?

—¡Por supuesto! —quien contestó fue el marqués de Bristol—. Mi tía es una buena mujer, y ama profundamente a mi tío. Si en su juventud cometió alguna indiscreción, fue porque tuvo sus motivos, pero recapacitó a tiempo, pudo enderezar su camino y encontró el amor.

—Eso no justifica sus acciones —replicó Helena.

—Lady Atholl ha sufrido muchísimo en su juventud. Se sentía acorralada por su padre y era maltratada por la mujer que pensó era su madre. Buscaba una salida desesperada para escapar de todo y se equivocó —la justificó Henry con vehemencia—. Es una buena mujer a quien no deberían juzgar sin saber los motivos que la llevaron a errar. Además, todo se acomodó como debía y ambas damas fueron felices. No veo por qué el pasado debería salir a colación en nuestra boda.

Todos callaron, a excepción de Alex que dijo:

—Se nota, mi querido amigo, que no conoces lo suficiente a las mujeres...

—Alex... —masculló lord Bristol.

—Bueno, en todo caso, la tía Anabelle llegará solo para la ceremonia y supongo que los duques se marcharán inmediatamente después. Así que, lo único que debemos hacer es distraer a las damas y evitar que estén mucho tiempo a solas... —sugirió Helena para calmar la evidente preocupación de su hermana—. Puedo encargarme de la tía Anabelle sin problemas —asumió con arrogancia.

—¿Harías eso por nosotros, Helena? —indagó Henry, que trataba de no demostrar preocupación alguna para no atormentar más a su prometida.

—No hay nada que no haría por mi hermana; estoy dispuesta a todo para que disfrute de su gran día y que nada se interponga en ello —contestó con determinación.

—Bueno, yo podría hacer lo mismo con la duquesa... —Se ofreció Alex—. Sabes que me quiere como a un hijo y se me da bien eso de distraer a las damas... —arqueó una ceja, mirando a Helena que desvió la mirada.

Los novios comprendieron a la perfección aquella insinuación y fue Susan quien rompió el momento incómodo.

—Es mejor que nos apresuremos para recibir a tu familia. A pesar de todo, muero por conocer a tus tíos, en especial a lady Atholl. Me han dicho que se parecía mucho a mi difunta tía en su juventud...

Henry afirmó y azuzó las riendas de los caballos de tiro para apresurarlos.

Cuando llegaron, se encontraron con una comitiva de personas que trasladaban una cantidad considerable de baúles al ala oeste de la residencia, donde acomodarían a los familiares del marqués de Bristol.

—Y eso que madre y la tía Anabelle siempre viajan con bastante equipaje, pero esto... —musitó Helena que tropezó con uno de los baúles.

Alexander la tomó del codo y la ayudó a incorporarse para que no cayera. Ella sintió un temblor inexplicable en todo su cuerpo. Giró la cabeza y su mirada se encontró con una sonrisa sincera.

Helena tiró despacio el brazo para escapar de ese calor que se propagaba por todo su cuerpo cuando él la tocaba.

—Ten cuidado —dijo Alex y paseó la vista por el vestíbulo—. Atholl consiente mucho a sus hijas, y para rematar, son tres jovencitas que han heredado los exquisitos gustos de su madre por la moda.

—Ahora comprendo tantos baúles... —musitó Helena—. ¿Las conoces?

—Por supuesto; las vi nacer y crecimos juntos. Celia es un año mayor que tú, las gemelas

tienen quince y Alastair, el heredero del duque, cumplió los diecinueve hace unos meses.

—Veo que los duques no perdieron el tiempo —dijo ella, suspirando, cuando de repente una preciosa joven apareció como por arte de magia, corriendo y lanzándose sobre el marqués de Huntly.

—¡Alex! —gritó eufórica la joven de cabellos negros y ojos verdes.

Alexander se sorprendió, pero en cuanto reconoció a Celia, sonrió. Despacio, la tomó de los hombros y la separó de su cuerpo —. Te he extrañado, ¿eres un ingrato! —le reprochó.

—¿Cómo estás, pequeña? ¿Cómo estuvo el viaje? —interrogó, mirando de reojo a una Helena que parecía sorprendida—. Deja que te presente a una amiga —la hizo girar en dirección a Helena—. Celia, ella es Helena, la futura cuñada de Henry.

Los ojos de la joven escocesa brillaron con picardía al ver el semblante lívido de la joven inglesa.

—Helena, ella es Celia Murray, la hija de Atholl y prima de Henry. Espero que se lleven bien y se hagan muy buenas amigas —dijo eso último, escrutando con la ceja arqueada a Celia.

—Mucho gusto, Helena. Un placer conocerte. —Se inclinó levemente en una perfecta reverencia—. Y ¿la novia? —indagó, mirando por encima del hombro de Alex—. Estoy ansiosa por conocer a la mujer que domó a mi primo.

—El placer en mío, lady Celia —respondió Helena, en una elegante inclinación—. Lord Bristol la llevó al salón, donde seguramente se reunirán con los duques.

Celia arqueó ambas cejas y miró a Alex que negó casi de un modo imperceptible la cabeza.

—No es necesario tanta formalidad entre nosotras. Después de todo, nuestros hermanos se casarán. Henry es como mi hermano mayor —aclaró de inmediato.

—Supongo... —musitó Helena, un tanto incómoda.

—Además, Alex prometió casarse conmigo, y si eres su amiga, también eres la mía —agregó la joven, demasiado entusiasmada, enrollando su brazo al de lord Huntly.

—¡Celia! —bramó Alex—. No bromees con esas cosas —miró a Helena que parecía desconcertada, pero que de inmediato compuso una de sus sonrisas encantadoras.

—Bueno, me alegro de que lord Huntly ya tenga encaminado su futuro matrimonio, y si se conocen de toda la vida, estoy segura de que todo resultará maravillosamente. Si me disculpan, debo ayudar a mi madre a atender a los invitados —inclinó la cabeza y se alejó con el mentón levantado.

—Es linda —dijo Celia, una vez que se quedaron a solas, mientras veían la espalda de Helena perderse hacía las escaleras—, y tiene carácter. ¡Es perfecta! —miró a Alexander que la

fulminaba con los ojos—. ¿Por qué me miras como si quisieras matarme?

—¿Todavía lo preguntas? —masculló, frunciendo la frente.

—Solo te estaba ayudando. —Celia se soltó del marqués y se cruzó de brazos, ofendida—. Deberías de agradecerme.

—¿¡Agradecerte?! —

—¡Sí! —contestó, sosteniéndole la mirada—. Ella te gusta, pero tú no tenías la certeza de que eras correspondido, hasta ahora que intervine yo. ¡Cobarde! —Celia rodó los ojos y se marchó, dejando solo a Alexander.

—¡Y tú una entrometida! —resoplando con frustración, salió de la casa para ir a hacer lo que mejor sabía últimamente: cepillar a los caballos de las cuadras para matar el tedio y aplacar su frustración.

CAPÍTULO 10



Helena había hecho un sinfín de cosas para evitar encontrarse a solas con la hija del duque de Atholl, pero sobre todo con el marqués de Huntly. A pesar de que había tomado una decisión respecto al lord, la indescriptible decepción que sintió con las palabras de Celia, le hicieron comprender que no sería fácil ignorar sus sentimientos. Sin embargo, debía hacerlo como sea.

Esa noche no pensaba bajar al comedor. Estaba exhausta, pero la realidad era que no tenía ganas de lidiar con nadie. Así que, terminado su baño, Fanny la ayudó a ponerse el camisón y ella se metió a la cama. Sin embargo, unos golpes en la puerta la hicieron incorporarse.

Observó la puerta que se abrió. Era Susan.

—Oh, eres tú... —susurró con una sonrisa—. ¿Ha sucedido algo en la cena?

Susan se metió bajo las cobijas al lado de Helena y negó con la cabeza.

—Absolutamente nada, todo ha ido perfecto. Gracias por ayudar a madre con los detalles.

—No ha sido nada. Sabes que me encantan los detalles.

—Y este tipo de cenas, y conocer gente nueva con historias poco comunes como el de la

duquesa de Atholl. ¿Por qué te has excusado de bajar?

Helena levantó la mirada y se dio cuenta de que Susan la escrutaba con detenimiento.

—Llevas toda la tarde comportándote de una manera extraña —insistió la mayor—. Algo debió de suceder para que no quisieras cenar con nosotros, y no me digas que estás cansada porque sé que es así, pero también sé que hay algo más.

Helena podría haber esbozado una de sus encantadoras sonrisas y mentir; en cambio, le sostuvo la mirada, mientras su hermana arqueaba una ceja en señal de que hablara.

—No me siento cómoda con ciertas personas, y prefiero, al menos por hoy, evitarlas —confesó en un susurro.

—¿Te refieres a Alexander?

—A él y a su prometida... —Helena suspiró y sus mejillas ardieron—. La prima de Henry se presentó como tal, y siento incomodidad después de todo lo que ocurrió entre nosotros. Supongo que es lógico... —sonrió para tranquilizar a Susan.

—Henry no mencionó nada al respecto. —Susan frunció el ceño. Su prometido la escucharía.

—Bueno, no tendría por qué mencionarlo. No son sus asuntos y la verdad, tampoco míos...

—Pero te duele, y me duele también a mí.

—No me duele, Susan. —Negó sacudiendo la cabeza y sus rizos rubios se movieron al compás—. Solo me hace comprender que hice bien en no hacerme ideas equivocadas sobre lo que ocurrió entre nosotros, ya sabes a lo que me refiero —insistió, a pesar de que sentía un nudo en la garganta. Intentó dejar a un lado la incipiente sensación de desaliento que la embargaba y, sencillamente, limitarse a esperar que todo lo de la boda pasara para que el marqués se marchara y todo volviera a su normalidad.

—Haré de cuenta que te creo, pero sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. Y, en cuanto al marqués de Huntly, si en verdad no tienes ningún interés particular en él, te aconsejo que mantengas la distancia.

—Así lo haré, descuida. —Abrazó a su hermana que después salió de debajo de las cobijas y la dejó a solas.



Lo estaba evitando; a todas luces, lo estaba eludiendo como a la peste y todo gracias a Celia. Al día siguiente sería la boda y él no tendría más excusas para estar con ella. Se marcharía y tendría que esperar a que sea presentada para poder abordarla nuevamente, pero en un escenario que

detestaba profundamente: frente a toda la alta sociedad de Londres.

—Mi tío desea conversar con nosotros, vamos —apremió su amigo, con quien volvía de cabalgar porque era lo único que podían hacer, ya que las damas se encontraban abocadas a los últimos detalles de la ceremonia que se llevaría a cabo el día siguiente.

Cuando ingresaron al despacho, la imponente figura del duque de Atholl que se erigió en cuanto los vio entrar, le dio mala espina. Lo escrutó con ceño y luego les indicó que tomaran asiento junto a él, frente al escritorio de Lancaster que se encontraba arremolinado en su sillón, con un puro en una mano y brandy en la otra.

—Me ha dicho Arthur que tomarás posesión de tu herencia, pero no ha querido informarme el motivo que te ha llevado a cambiar de parecer. ¿Qué dijo este demonio para convencerte? — Señaló con la cabeza al duque de Lancaster que enarcó una ceja y sonreía con bellaquería—. Llevo meses intentando hacerte entrar en razón, y realmente siento mucha curiosidad de la artimaña que utilizó este viejo lobo para persuadirte.

Se hizo el silencio e instantes después, Alex replicó:

—Creo que ya no tiene sentido darle la espalda, de forma deliberada, a mi realidad; es hora de reclamar la vida para la que fui criado, por ende, necesito el dinero para establecerme y recuperar todo lo que siempre debió pertenecerme...

Cameron resopló.

—Sin embargo, ¿por qué? —cuestionó insistente—. Tiene que haber un motivo para desear recuperar esa vida a la que siempre despreciaste. ¿Es por una mujer? —Fue al grano.

El semblante de Huntly se volvió inexpresivo y desvió la mirada que le había sostenido al duque.

—Con que esa es la razón... muy bien. —Asintió el escocés—. ¿Quién es?

—¿Importa? —replicó Alex.

—¡Por supuesto! Fui yo quien se ocupó de criarte, mocoso estúpido, ¿y te atreves a replicarme? ¿Desde cuándo te has vuelto tan insolente con tus mayores? —reprochó con aquella gruesa voz que hizo retumbar el estudio.

—Hasta me ha desafiado, ¿puedes creerlo? —intervino Arthur, con un deje burlón.

Atholl entornó los ojos y negó con la cabeza.

—Me resulta difícil hacerme a la idea. Así pues, ¿quién es? — volvió a preguntar.

—Una joven a la que no puedo cortejar sin antes asegurar mi futuro y ofrecerle todo lo que merece. Además, aún no ha sido presentada. No tiene sentido revelar la identidad de la dama en estos momentos...

—Quieres decir que, ¿aún no la has metido a tu cama? — indagó sorprendido.

—¡Por supuesto que no! —contestó de inmediato Henry, para salvaguardar la integridad de su mejor amigo que se había quedado mudo ante la última pregunta del escocés—. Pero, ¿qué cosas dices, tío? Alex es todo un caballero... —hizo énfasis en la última palabra, para que Lancaster apartara su mirada asesina de Huntly.

—Tanto misterio con la identidad de esa muchacha, ya me causa curiosidad conocerla... — desvió la mirada a Lancaster—. Tú la conoces, ¿cierto? Y podrías tener cierta influencia para que el mocoso la consiga, ¿me equivoco?

—En efecto, no te equivocas —afirmó Arthur, bebiendo un sorbo de brandy.

—¿Tampoco me dirás de quién se trata? —insistió Atholl—. Debo investigar si es una buena muchacha, si se adecuará a la vida en las Highlands de ser necesario, si no está cazando a mi muchacho con otros propósitos... —numeró sus motivos para desear saber quién era la dama misteriosa.

—Pierde cuidado, Cameron. Te aseguro que el más beneficiado de todo este asunto, será tu muchacho.

—Es la hija de su excelencia —reveló Alex, ante la impaciencia del duque de Atholl—. Esa fue su manera de convencerme, Atholl. — Alexander miró a los ojos a Cameron Murray, que estaba realmente sorprendido.

—Pero, si Susan se casará con Henry... —arrugó el entrecejo y levantó la vista hacia Arthur—. Tu hija menor, ¿cuántos años tiene?

—Dieciséis —contestó Lancaster, secamente.

—Pronto cumplirá los diecisiete y será presentada, tío —otra vez, Henry interfirió.

Atholl se puso de pie, dejando entrever sus casi dos metros de altura. De hombros anchos, cabello negro y ojos verdes, paseó de un lugar a otro por todo el estudio, amedrentando a los más jóvenes.

—Acaso, ¿tienes alguna objeción al respecto? —preguntó con sorna el duque de Lancaster.

Cameron se detuvo, lo miró a los ojos por un largo instante y ambos, como si se hubieran puesto de acuerdo, se echaron a reír a carcajadas.

—¡No habría sido mejor de haberlo planeado! —Fue hasta Arthur que se levantó de su sillón y se dieron palmadas, prodigándose sus felicitaciones—. Que lleve tu sangre, explica el repentino cambio de parecer de Alex. Asumo que tu hija es de armas tomar, al igual que Susan...

—Helena no es tan temeraria como Susan, pero créeme que tiene sus métodos.

—Vaya que los tiene... —musitó Henry, mirando con pena a su amigo—. ¿Por qué mejor no

os centráis en lo importante? —Ambos caballeros lo observaron con la ceja arqueada—. Alex está dispuesto a seguir los preceptos del duque para obtener su mano, sin embargo, Helena... ¿estará de acuerdo? —increpó, mirando a su futuro suegro—. Si ella no quiere, usted no la obligará. ¿Qué garantías le ofrece a Huntly, excelencia?

—Ganarse la aceptación de Helena depende únicamente de él —respondió como si fuese evidente—. Ha tenido una ventaja considerable estas semanas, y las garantías que le ofrezco, además de restablecerlo como miembro de la aristocracia y una inigualable fortuna, son los resultados que su capacidad de conquista pueda obtener. No concibo a mi hija casada solo por conveniencia, por lo tanto, corre por cuenta de Alex ganar el corazón de Helena.

—Eso no fue lo que me prometió... —masculló Alex, levantándose desafiante—. Usted me aseguró un compromiso.

—Y cumpliré con ello, o ¿por qué crees que le he confiado a Atholl nuestros planes? —respondió

—Entonces, ¿es un sí? ¿Me asegura la mano de Helena? —presionó Huntly.

—Es un probable, Alex, y ya te he explicado los motivos. Atholl y yo concertaremos tu compromiso con Helena, pero, lo que suceda entre ustedes, determinará su futuro.

—Pero... esa no es ninguna garantía...

—Muchacho, la damita es joven, tienes que darle tiempo para que se divierta en su círculo y aprovechar ese tiempo para enamorarla. Si no tienes su amor, no tiene sentido que este acuerdo termine en matrimonio —le explicó Cameron para calmarlo.

—Además, un acuerdo de compromiso le impide a su excelencia conceder la mano de Helena sin que tú lo sepas. Es una ventaja, Alex. Acéptalo —le sugirió Henry.

Alex estudió con detenimiento a los caballeros y se rindió. Tenían razón; si no conseguía el amor de Helena, ¿qué sentido tenía desposarla?

Así que, resignado, afirmó con la cabeza y salió furioso del estudio.

Henry iba a seguirlo, pero su tío lo detuvo.

—Déjalo en paz —ordenó—. Alex está experimentando un sentimiento que jamás conoció.

—Como ordenes —masculló de mala gana con la intención de también retirarse.

—Enviaremos a Alex a concretar nuestros negocios en el Oriente —pronunció Arthur, dejándolo paralizado en su sitio.

Henry se volvió despacio hacia los dos hombres que más respetaba, y frunciendo el ceño, dijo:

—No pueden hacer eso, saben que las relaciones diplomáticas, en estos momentos, no son las mejores y es cuestión de tiempo para que estalle la guerra, ¡lo saben! —recriminó, temeroso de

lo que le pudiera suceder a Alex—. Además... —Negó, dando vueltas como un león enjaulado en la habitación—. Pueden enviar a alguien más experimentado para hacerse cargo de los asuntos de la Compañía, sin dejar de mencionar que llevaría años regresar de desatarse una contienda. ¿En qué estáis pensando?!

—Si Alex formará parte de la familia...

—¡Alex es parte de nuestra familia, tío! —refutó Henry, interrumpiendo a su tío.

—Sabes a lo que me refiero, no podrá mantenerse al margen de los negocios en cuanto lo asocien a este demonio —señaló a Arthur—. Tiene que estar preparado, debe pasar esta prueba y demostrar que será capaz de proteger el legado de la familia, y lo sabes perfectamente porque tuviste que hacerlo tú también —le recordó apuntándolo con un dedo—. Un viaje le sentará bien, terminará de madurar y aprenderá muchas cosas.

—Eso fue diferente... —contradijo Henry—. Alex nunca tuvo que lidiar con la muerte como yo. Mis instintos de supervivencia me llevaron a tener éxito, pero él...

—Él lo hará bien —sentenció Atholl—. Irá y punto.

—¡Pues no estoy de acuerdo! —lo enfrentó Henry.

—Entonces, rompe el compromiso y abandona el barco. Aún faltan unas horas para la boda —lo retó Cameron.

—Eso es chantaje, tío. Somos caballeros, no piratas...

—¡Por supuesto que somos caballeros! Pero también somos comerciantes, y con el declive de la Compañía, hay mucho en juego... —bufó de frustración—. Solo negociará los nuevos términos y regresará para concretar su matrimonio —esclareció más calmado el escocés.

—Entonces, ¿está decidido? —Henry increpó por última vez.

—Lo está.

CAPÍTULO 11



La ceremonia en la Iglesia St. Mary's fue emocionante, los novios se veían sumamente felices, mientras subían al carruaje para partir a Haven House. En el banquete de bodas, después de que despidieran a los novios que partían a la finca del marqués de Bristol, Alex se acercó a Helena. Al notar la incomodidad de la joven por el escrutinio al que eran sometidos por su padre y el tío

de Henry, ella caminó en dirección a la terraza.

Huntly, como era de esperarse, la siguió con las manos unidas en la espalda y conteniendo un impropio hasta que ella se detuvo, apoyando los dedos sobre la balastrada de mármol y observando el paisaje como si él no estuviera allí.

En silencio, Alex observó su perfil frente a él, y sintió una inocente sensación de regocijo. A la luz de los rayos de los últimos vestigios del sol que ingresaban en la terraza, el tono dorado de su cabello se intensificaba. Su tez perfecta con los recovecos de su nariz cayendo a sus labios entreabiertos y sonrosados, le resultaron exquisitos. Sin embargo, las curvas innegablemente femeninas de su cuerpo, cubierto por una seda de un tono azul pálido que realzaba sus evidentes encantos, causaron estragos en él y reafirmó su decisión de, en el momento adecuado, hacerla suya.

De repente, la expresión inocente e ilusa con la que le dirigió la mirada, mientras en sus labios se asomaba una sonrisa cautelosa, se percató de que el efecto que Helena tenía sobre él, era mucho peor de lo que había imaginado.

—Me has estado evitando, ¿por qué, Helena? —indagó con paciencia, intentando no sonar demasiado ansioso.

—No tendría por qué hacer eso, milord. Solo he estado muy ocupada, ayudando a mi madre con los últimos detalles de la boda —replicó, desviando sus ojos de los suyos.

—¿Milord? —Alex arqueó una ceja, cruzándose de brazos.

—Lo mejor es mantener la formalidad, lord Huntly. Usted está comprometido y yo soy una jovencita insensata que podría acarrearle problemas —respondió Helena, sin atisbo de reproche.

Alex sonrió con suficiencia y le bastó una sola mirada para asimilar lo que le sucedía a su problema con faldas. Estaba celosa de Celia.

Acto seguido, extendió los brazos y le hizo un gesto con la mano.

—Ven. Baila conmigo.

—¿Aquí? —miró a su alrededor, constatando que no había nadie más y que el atardecer estaba cayendo.

—Por supuesto —en un instante, Alex la tuvo firmemente sujeta entre sus brazos y no tardaron en moverse al ritmo de la música que flotaba a través de los ventanales.

Helena sintió que el calor que emanaba de la mano que le sujetaba la espalda, atravesaba la seda del vestido y se extendía por todo su cuerpo, quemándole la piel. Cada vuelta que daban y cómo la sostenía, revelaban la postura posesiva y territorial que el marqués quería ejercer sobre ella, y aunque se sentía tentada a mirarlo a la cara, se rehusó a hacerlo para no empeorar la situación.

—Así que, estás celosa de Celia —musitó el marqués, acariciando el rostro de Helena con su aliento.

—Para nada. —Negó ella, moviendo despacio la cabeza—. No se crea tan importante, lord Huntly.

Su respuesta, solo acrecentó la seguridad de Alex y una sonrisa lobuna se asomó en sus labios.

—Pues no parece; estás enfadada conmigo y la única explicación que le encuentro es que te ha caído pésimo las palabras de Celia.

En ese instante, la música cesó e hizo girar a Helena para terminar en una elegante reverencia.

—Lo que usted haga o deje de hacer, no es de mi incumbencia, y lo que piense o deje pensar, me tiene sin cuidado —manifestó con la barbilla levantada.

—Pero, Celia y yo... —El marqués quiso explicarle que no había ningún acuerdo de matrimonio entre ellos, sin embargo, ella lo interrumpió.

—Solo manténgase alejado de mí, lord Huntly. No quiero que su futura esposa malinterprete las cosas. —Helena dio media vuelta y se alejó.

—¡Helena! —masculló, mirando a los lados para asegurarse de que nadie los veía y la siguió con disimulo.



Presa de una sensación de angustia y pavor, Helena se alejó con prisa del marqués, haciendo caso omiso a sus insistentes llamados. Su pecho estaba a punto de reventar y ni siquiera sabía a ciencia exacta el motivo.

¡¿Celos?! ¡Ba! Ella no podía sentir celos de un hombre tan insufrible, que era mucho mayor y que claramente no le guardaba ningún tipo de sentimiento. Y ella tampoco a él.

—No... —Se dijo a sí misma para reprimir sus emociones, mientras prácticamente corría hasta el otro extremo de la terraza, donde iniciaban unos escalones que comunicaban con el invernadero de John; un pabellón adyacente a la mansión, pero independiente, que quedaba muy alejado del salón principal donde estaban todos.

Su hermano era un aficionado a la botánica y floricultura, sobre todo, del cultivo de flores exóticas como las orquídeas.

Justo cuando cruzó la puerta del invernadero, Helena logró respirar un poco en ese ambiente tranquilo y acogedor. Alzó la mirada al techo de vidrio y notó que el atardecer moría despacio. Era precioso.

Se cruzó de brazos y dio un paso hacia el interior, donde de una fuente brotaba lentamente agua. Siguió el sendero que, en el otro extremo del recinto, conducía a la puerta que comunicaba a otra terraza baja con los jardines de la propiedad.

Con sus latidos retomando la normalidad, cruzó el portal y se dirigió a un banco de hierro forjado con cojines acolchados desde el que se podían contemplar cómodamente las maravillas del jardín trasero. Sin embargo, antes de poder sentarse, un musculoso brazo le rodeó la cintura al tiempo que le tapaban la boca con una mano. En un abrir y cerrar de ojos, la arrastraron hasta una glorieta en donde solían reunirse sus hermanos con Thomas.

Cuando su asaltante la dejó en el suelo y la soltó, Helena ya sabía de quién se trataba pues, últimamente, ese aroma a salvaje la perseguía hasta en sus sueños. Se dio la vuelta y comenzó a propinarle golpes en el pecho.

—¿Quién se cree! ¿Acaso es idiota? ¿Cómo osa a secuestrarme? —reprochó hasta quedarse sin aliento—. ¡Tiene suerte de que no cargue una pistola, o ya le habría hecho varios agujeros por insolente y atrevido! —bramó por último, cansada de golpearlo sin que el marqués siquiera se tambaleara.

—¿Sabes disparar? —fue lo único que Alex preguntó.

—¿Quiere que hagamos una prueba con su humanidad como blanco? —lo retó Helena, furiosa.

—Sabiendo quién es tu padre, prefiero no tentar a mi suerte —refutó Alex, que esperó pacientemente a que se le pasara el enojo.

—¿Qué pretende? —cuestionó Helena, después de haber dado vueltas en círculo por unos minutos—. ¿Es consciente de lo que sucedería si alguien nos ve aquí, a solas?

—Solo quiero conversar, y ya deja de tratarme de tú porque me irrita, Helena —le advirtió, conteniendo su genio.

—No lo entiendo. —Ella frunció el ceño—. ¿Qué asuntos podría tratar un hombre como usted con una jovencita como yo?

—Lo dices como si relacionarte conmigo fuera un crimen... —Alex frunció el ceño y tragó grueso.

—No me refiero a eso, sino a que usted... —Negó con la cabeza—. ¡Olvídelo! —Dio media vuelta con la intención de regresar al salón, pero él la detuvo del codo.

Helena entrecerró los ojos al sentir el ardiente contacto de su mano y tragó con esfuerzo para armarse de valor y volverse a mirarlo. No entendía aun por qué su cuerpo reaccionaba de esa manera, pero no podía evitarlo. Desde el momento en que él la besó para devolverle lo que le había arrebatado, la respuesta de sus sentidos a la cercanía de ese hombre, habían cambiado. Se sentía nerviosa por nada, agitada, abrumada y furiosa sin razón aparente.

No debió aprovecharse de él, utilizándolo para evitar a Thomas, no debió involucrarlo en aquel paseo y tampoco debió seguirlo aquel día para disculparse.

—Helena, solo quiero conversar sin que terminemos discutiendo.

Ella suspiró y se volteó a mirarlo.

—¿Por qué me evitas? —volvió a preguntarle Alex.

—No lo sé... —fue sincera—. No sé qué me sucede cuando te tengo cerca, y me asusta... — Helena miraba al suelo, pero sintió unos firmes dedos levantarle la barbilla y sus ojos se encontraron con los del marqués, que la miraba de un modo extraño.

—Helena, Celia y yo... —No pudo terminar lo que diría porque sintió un fuerte golpe en la nuca. Al echarse hacia atrás, mareado, se quedó sin sentido y se derrumbó al suelo.

—¡Oh, por Dios! —exclamó horrorizada, mientras dos hombres le apuntaban con una pistola y otros dos, se ocupaban del cuerpo del marqués de Huntly, levantándolo para llevárselo hacia el camino que conducía a las afueras de la propiedad por detrás de las cuadras.

—Guarde silencio, si no quiere que le dé un plomazo, señorita. —Le advirtió uno de ellos, mientras que el otro la rodeó, colocando el cañón en su espalda—. Camine y no intente ningún truco, o el marqués será quien sufra las consecuencias.

—¿Y por qué debería importarme a mí lo que le ocurra al marqués? —refutó, caminando despacio detrás del malhechor—. No sabe cuánto he querido quitármelo de encima; más que una amenaza, lo que usted me está haciendo es un favor, caballero... — pronunció con sorna, aunque por dentro se sentía desfallecer por la situación. Estaba temblando, pero si se mostraba aterrada, no podría pensar con sus cinco sentidos y le iría peor.

¿Quiénes eran esos hombres? ¿Por qué los estaban secuestrando?

—Camine más rápido —insistió quien la apuntaba, empujándola con el cañón del arma—. Su truco no funcionará. ¡Vamos! —La empujó, hasta que llegaron al carruaje donde lanzaron el cuerpo del marqués.

Le sujetaron el brazo con fuerza y la obligaron a subir.

—¡Qué descortes! Acaso ¿no saben cómo tratar a una dama? —les increpó furiosa.

Uno de ellos le ató las muñecas, mientras el otro tomaba asiento frente a ella. Lord Huntly estaba tendido en el medio del coche, atado de pies y manos y ella comenzó a entrar en pánico por lo que pensaban hacerle.

—Su mirada la delata, señorita... —habló con ironía el hombre que se había sentado frente a ella, dejando el arma en su regazo, en tanto el otro le terminaba de hacer el nudo en las manos sujetas—. ¿Es su amante?

Aquella palabra la sacó de sus casillas. ¿Cómo osaba a hacer semejante insinuación?

—Claramente no sabe quién soy, señor. —La exasperación que transmitía su voz, solo logró que el delincuente sonriera—. Entonces, es más idiota de lo que creí. ¿Es que no sabe cuál es el castigo por secuestro? Al menos, debió realizar una investigación exhaustiva, antes de siquiera irrumpir mi casa —lo reprendió, frunciendo la mirada—. Ahora pues, ya que me ha hecho un favor en el momento justo, si nos dejan marchar le diré a mi padre que los deje vivir, pero si me tocan un solo pelo a mí o este hombre que es nuestro invitado, no creo poder ayudarlo y tendrá que enfrentarse a su ira —amenazó con tanta seguridad, que el hombre perdió la sonrisa.

—¿Y quién se supone que es tu padre? —indagó burlón, mientras su compañero tomaba asiento a su lado.

—No le hagas caso, solo quiere asustarnos —dijo el sujeto que le hizo el nudo.

—Bueno, estoy segura de que cuando se dé cuenta de mi ausencia, vendrá a buscarme. ¿Les resulta familiar el duque de Lancaster? —inquirió, con una sonrisa sardónica y arqueando una ceja.

Ambos hombres se quedaron pasmados y se observaron por unos segundos, tiempo que aprovechó Helena para seguir echando leña al fuego.

—Soy la hija del Diablo, caballeros, y si no nos dejan ir, les aseguro que arderán en el fuego del infierno cuando nos encuentren.

—No le creas... —volvió a hablar el hombre que la ató, al otro que parecía ser el líder—. La hija del duque se casó hoy, debe estar con su esposo.

—Pero soy su otra hija —insistió Helena—. ¡Definitivamente no se han preparado bien para ejecutar este secuestro! —volvió a decir con sorna, colmando la paciencia de uno de ellos.

—¡Ya cállate, mocosa! —amagó con lanzarse sobre ella, pero el que parecía el líder lo detuvo del brazo.

—No le tocaremos un solo pelo de la cabeza, señorita. Pero, le suplico que guarde silencio y se mantenga quieta —pidió con calma a Helena.

—¿Y si no lo obedezco? —preguntó ella desafiante.

—No tendré más remedio que utilizar esto —levantó la pistola y la apuntó primero a ella; después, despacio, bajó el cañón hasta la cabeza de Huntly que seguía inconsciente—. ¿Hacemos un trato?

Helena se quedó callada y solo rogó porque su padre pronto viniera a por ellos.

CAPÍTULO 12



Arthur frunció el ceño antes de dejarse caer en una silla de respaldo alto, situada frente al escritorio, en tanto compartían sus puros y brandy con lord Essex y el duque de Atholl.

—Fue una emocionante ceremonia y una amena recepción. Os felicito. —Essex levantó la copa de brandy en honor a los padres de los novios, ya que Atholl había sido quien crio al marqués de Bristol.

En ese ínterin, la puerta se abrió de golpe y John ingresó como un rayo.

—¿Qué demonios está pasando? —masculló Arthur.

—El pez ha mordido el anzuelo —comunicó John, aunque, en vez de demostrar satisfacción, su semblante denotaba preocupación.

Arthur le dedicó una mirada a Atholl y este asintió.

—Bien, dejaré esto en tus manos. —Le replicó a su hijo—. Solo sigue el plan que fraguamos y nadie saldrá herido. Ve a terminar lo que has empezado, hijo.

Thomas, que conocía a la perfección de los negocios de su amigo, pero no estaba involucrado, siguió bebiendo como si nada.

—Hay un problema —mencionó su primogénito, logrando que el duque arqueara una ceja—. Helena...

Ni uno solo de los presentes pasó por alto el pánico que se formó en el rostro de Arthur, que se puso de pie como una ballesta. Los otros dos caballeros lo imitaron de inmediato y le dirigieron miradas incrédulas e interrogantes a John que aguardaba a que su padre terminara de mascullar juramentos y amenazas.

—Creo que estamos perdiendo tiempo, Arthur. Puedes descargar tu ira con los secuestradores. Lo importante es ir a por Helena —dijo Thomas, siempre tan elocuente.

—Y por Alex —agregó Cameron.

Lancaster afirmó de mala gana.

—Últimamente, todo lo relacionado a Rivers, no es tan sencillo, pero tienen razón. ¡Andando!



A Alex le dolía la nuca y la primera sensación que tuvo al despertar, lo persuadió de que aún estaba vivo. Sin embargo, cuando abrió los ojos se dio cuenta de su error. Tenía que estar muerto porque había un ángel, observándolo con los ojos muy abiertos. Intentó moverse, pero una punzada de dolor hizo que cerrara de nuevo los ojos.

—Quédate quieto... —musitó esa melodiosa voz que en partes iguales lo había irritado y encantado en algunas ocasiones. Ahora que sabía a ciencia cierta el motivo de aquella irritación, escucharla era como un bálsamo para su corazón herido por las últimas palabras que ella le había prodigado.

—¿Qué ha sucedido? —dijo él, haciendo un gesto de dolor.

Le dolía demasiado la cabeza, aunque estar apoyado en el regazo más suave del mundo, hacía todo más llevadero.

—Te han golpeado en la cabeza...

—¿Dónde estamos? —indagó, dejando caer nuevamente su cabeza en el regazo de Helena.

—En algún lugar, lejos de casa. Nos han secuestrado — informó.

Entonces, el marqués resopló con frustración.

—¿Duele mucho? —preguntó Helena, acariciando su frente delicadamente.

—Mucho, muchísimo... —musitó él, atrapado en aquellos ojos que lo escrutaban preocupados. Nunca nadie lo había mirado de aquella manera.

—Estoy segura que mi padre vendrá a por nosotros, no te preocupes y descansa hasta que eso suceda.

—Estoy seguro que sí —replicó, imaginando que el pequeño demonio debía estar rondando por los alrededores, esperando a que Rivers apareciera para atraparlo. Sin embargo, que Helena estuviera involucrada lo cambiaba todo y solo disfrutaría de su compañía hasta que Lancaster los encontrara y lo amenazara para que se aleje de su hija—. Helena...

—Mmm...

—Cuando me dieron el golpe, intentaba decirte que entre Celia y yo no existe ningún tipo de acuerdo. En realidad, ella solo estaba bromeando para molestarme. A mí, me interesas solamente tú... — confesó sin preámbulos, observando cómo el rostro de la joven era un auténtico poema.

Helena no podía respirar. Escuchar a Alexander confesarle aquello, la dejó aturdida. Con esfuerzo, tomó aire porque el pánico nuevamente la hacía su presa. Por mucho que lo intentó, no pudo apartar su mirada de los ojos brillantes que estaban clavados en su cara.

—Yo... —ella titubeó, incapaz de pronunciar palabra.

—No tienes que decirme nada —dijo Alex—. Por lo menos, no ahora, pero me harías feliz si me prometes que al menos seremos amigos hasta que pueda...

De un golpe, la puerta de la maloliente cabaña en la que estaban, se abrió y varios hombres ingresaron, dando paso a un sujeto que caminaba de un modo elegante, pero cuyos atuendos estaban desgastados y viejos. Se paró frente a ellos y con sus ojos negros brillantes, observó a Alexander con detenimiento.

Helena lo estudió de pies a cabeza, y conjeturó que debía rondar entre los cuarenta y cincuenta años. Tenía una enorme nariz, unos labios finos y rectos y una mirada que parecía asesinar. Era corcuncho, delgado y, además de su estatura, no tenía ningún otro atractivo.

«¡Que hombre más feo!», se dijo en sus adentros. Sin embargo, su apariencia era lo de menos cuando de dañarlos se trataba.

—Tanto tiempo, Huntly. —Se dirigió a Alex que se incorporó y ayudó a Helena a hacer lo mismo—. Te busqué en los clubes privados y en los garitos de juego, hasta en las fiestas privadas que celebran ciertas damas a las que frecuentabas, y no te encontré. —Rivers dirigió su mirada a Helena y ladeó el rostro, mientras sus ojos la recorrieron con lascivia de pies a cabeza—. ¿Cómo iba a imaginarme que estarías jugando al caballero perfecto con la hija de Lancaster? —preguntó en tono burlón.

Por instinto, Alexander colocó a Helena tras él, ocultándola de aquellos ojos depravados que conocía muy bien.

—No pensé que me extrañaría tanto, conde. ¿O lo que extraña es perder? —Alex lo provocó con su habitual cinismo, pero el hombre solo sonrió.

—¿Dónde están? —increpó cuando su sonrisa cesó, cambiando su expresión arrogante a una hostil.

—Dónde están ¿qué cosa? —replicó Alex, haciéndose el desentendido.

—No juegues con mi paciencia, Huntly, sabes perfectamente que hablo de los bonos que me robaste...

—No creo que Alex sea capaz de robarle... —retrucó Helena, que no podía creerlo.

—Por supuesto que no le he robado nada. El caballero aquí presente, es un adicto al juego y para rematar, juega muy mal. Se los gané en una apuesta justa, pero no se resigna con ello... —explicó con el ceño fruncido.

—Los detalles no interesan. —Lord Rivers se encogió de hombros—. Solo quiero esos bonos, y los dejaré marchar sin más. O... por lo menos a la encantadora damita. —Le guiñó un ojo a Helena, que se aferró con más fuerza a la espalda de Huntly.

—No los tengo aquí —contestó Alex, en vista a la clara amenaza que era dirigida a Helena—. Los dejé en Londres.

—¡Déjate de juegos! —rugió el hombre feo—. Hemos buscado minuciosamente en las habitaciones que arrendaste y no encontramos nada. Te seguimos desde el banco hasta aquí. Así que, lo más lógico, hasta para un descuidado como tú, es tenerlos contigo. ¿Dónde están?

—Me has pillado... —confesó, fingiendo pesar—. Se los entregué al duque. —Se encogió de hombros—. Lo siento, pero soy un pésimo administrador...

Sin que lo viera venir, Rivers se acercó a Alex y le propinó un puñetazo en la mandíbula. Aunque el marqués se tambaleó y dobló un poco la cabeza, no le hizo ningún daño.

—Yo podría pegar mejor... —habló Helena, arqueando una ceja—. Estoy segura de que no te dolió nada, Alex.

Alex se frotó la mandíbula y sonrió.

—Ni un poco, pequeña.

—Mi padre se está tardando bastante... —susurró solo para que el marqués la escuchara. Estaba segurísima de que el duque iría a por ellos.

—No te impacientes, llegará pronto —murmuró él para calmarla.

—Necesito que me entregues esos bonos —masculló rabiado lord Rivers—. No sé cómo harás, pero debes traérmelos si no quieres que tu bella noviecita sufra las consecuencias.

Alex se tensó y presionó la mandíbula, preso de una ira que nunca había sentido.

—No te atrevas, porque te aseguro que no saldrás vivo de esta si te metes con ella. Te lo advierto, Rivers; no te pases de listo —gruñó, mientras su respiración se agitaba por la sola idea de que le pudieran hacer daño a Helena.

Lord Rivers comenzó a reír a carcajadas, con un brillo malicioso en sus ojos oscuros como su alma.

—Vaya, vaya... —arrastró sus palabras—. Veo que el marqués, después de todo si tiene a alguien importante en su corazón...

—Alex, no me hará nada —habló Helena despacio—. Estoy segura de que no se atrevería, no caigas en su provocación. Mi padre nos protegerá.

—Lo sé, pero yo también puedo protegerte, pequeña. Así que, no temas. Saldremos de aquí sin que a ti te pase nada —aseguró Huntly.

Sin embargo, un alboroto provino desde fuera, llamando la atención de todos.

—¡Vayan a ver qué sucede! —ordenó Rivers a sus hombres, que salieron a investigar. Unos minutos después, regresó uno solo, comunicando que habían sido tomados desprevenidos y que los asaltantes avanzaban de prisa hacia la cabaña—. ¡Maldición! —bramó, sacando una pistola del interior de su chaqueta. Apuntó a Alexander y dijo—: Sal y busca esos bonos. En cuanto los

tengas, te devolveré a tu bella novia.

—Estás loco si piensas que la abandonaré aquí contigo... — rugió Huntly.

—¡Ahhh! —gritó Helena tras él.

Alex se volteó, para encontrarse con que dos sujetos la habían tomado y la apuntaban con un arma en la cabeza; cuando se volvió a Rivers, este ya estaba acompañado de dos hombres más que también encañonaron sus pistolas en su dirección. Al parecer, había una entrada secreta en la parte trasera de la cabaña y no se percató, o hubiera aprovechado que el conde se quedó solo para escapar.

Presionó los puños y los dos hombres que escoltaban a Rivers, lo obligaron a ponerse de rodillas con patadas en las piernas.

—Llévensela —ordenó el conde a los sujetos que tenían a Helena.

—¡Alex! —gritó la joven, mientras era arrastrada por los sujetos —. ¡Suéltense! ¡Mi padre los matará cuando los encuentre! —bramó histérica.

—¡Helena! —gritó Alex, preso de un indescriptible pavor que nunca sintió.

Los hombres lo golpearon varias veces en la cabeza, mientras él seguía gritando el nombre de la joven, hasta que quedó inconsciente en el suelo.



Los ojos de Helena estaban inundados de lágrimas. Ver al marqués en el suelo, siendo golpeado hasta la inconciencia, le había partido el corazón en dos.

Un enorme nudo le atoró la garganta y solo pudo reaccionar hasta que la quisieron subir a un caballo.

—¿Qué creen que están haciendo? ¡Yo no monto! No subiré al lomo de semejante bestia... — comenzó a forcejear y ponerle las cosas difíciles a los hombres.

—¡Qué rayos sucede! ¿Por qué siguen ahí? —les reclamó el conde de Rivers cuando los alcanzó.

—Dice que no monta; se rehúsa a subir al caballo —explicó uno de ellos.

Rivers presionó los labios y afirmó con la cabeza. Tampoco pensaba ofender a la hija de Lancaster, porque ese hombre lo cazaría como a un conejo. Así que, la subieron al carruaje y siguieron hacia su escondite, no tan lejos de allí.

Por la abertura del coche, Helena constató que la penumbra bajo los árboles disminuía a

medida que avanzaban; se había hecho muy noche y no estaba segura de cuánto tiempo le tomaría a su padre encontrarla. Sin embargo, cuando el coche se detuvo, visualizó una cabaña de madera con el tejado en buen estado.

La bajaron a la fuerza, obligándola a caminar hasta la puerta.

—Aquí estará a salvo, nadie la lastimará siempre y cuando se comporte, milady —dijo galante el conde secuestrador.

—Sabe que no fue muy inteligente haberme traído con usted, ¿cierto? —demostrando seguridad, Helena arqueó una ceja—. Si mi padre y mi hermano han dejado que lleguemos hasta aquí, es solamente porque tienen un plan, milord. Un plan del que usted no saldrá ileso. Lo sabe ¿verdad? —insistió para ponerle los nervios de punta al hombre que la estaba reteniendo en contra de su voluntad.

—Lo sé, pero usted estaba en el lugar y momento equivocado, con la persona menos apropiada del mundo, milady. Un hombre como lord Huntly, no es una compañía conveniente para una dama de su clase y estoy seguro que su excelencia comprenderá la situación.

Helena frunció el ceño ante tal insulto hacia Alex.

—Lord Rivers, su excelencia ha dado permiso formal para que lord Huntly me corteje.

El rostro del hombre perdió toda expresión y la mano que sostenía la pistola, cayó a un lado.

—¿Permiso formal? Quiere decir que...

Helena esbozó una sonrisa forzada.

—Quiero decir justo lo que piensa, conde. Alexander Gordon, marqués de Huntly, es mi prometido. Por lo tanto, un protegido de mi padre y asumo que sabe lo que eso implica.

El conde masculló un impropio y salió de la cabaña, dejándola sola. Ella largó el aire que había retenido en sus pulmones y paseó la vista a su alrededor. El sitio no estaba sucio, tenía una pequeña mesa, una silla y un camastro. Había una jofaina, una tetera y dos tazas. El fuego en el pequeño hogar iba disminuyendo y ella comenzó a sentir frío.

Había mentido descaramiento sobre su relación con Alexander, pero sabía que aquella mentira podría salvarle la vida o, al menos haría que el conde pensara dos veces antes de hacerle daño al marqués.



Alex sintió que se ahogaba y se sobresaltó, levantando la cabeza que le dolía a más no poder.

—Hasta que por fin despiertas. —Era Lancaster, que lo observaba con el ceño fruncido—.

¿Qué demonios pasó? —increpó con rudeza.

Alexander sacudió la cabeza y se incorporó a duras penas. Cuando recobró el sentido, fue presa de una horrible sensación de pérdida y se paró de golpe.

—Helena... —susurró, mirando a todos los lados para constatar que no estaba—. Tengo que ir a por Helena...

Arthur lo tomó del brazo y lo obligó a sentarse en el catre que habían traído sus hombres para recostarlo hasta que recuperara el conocimiento.

—Sabemos dónde está, pero necesito una explicación de por qué, tú y mi hija... ¿qué demonios estaban haciendo a solas, y tan lejos de la casa?

—Arthur... —Thomas lo tomó del brazo para que se calmara—. No es momento.

—Helena fue al jardín y la seguí; fue cuando alguien me golpeó y luego desperté aquí. Rivers me amenazó con Helena, quiere los bonos para liberarla... —informó, sosteniendo la mirada del duque—. Debo ir a por ella —insistió.

El duque asintió y le tendió un arma.

—Están cerca de aquí, en una cabaña. Si es inteligente, no le hará nada...

—Sin embargo, tenemos un plan —dijo Atholl y procedió a explicarle los detalles.



En la cabaña, Helena estaba a punto de hacerle un agujero al piso de madera. Habían pasado al menos dos horas, y no podía mantenerse quieta, pero tampoco podía enfrentarlos abiertamente. Si bien, parecía frágil y delicada a diferencia de su hermana, sabía cómo defenderse y siempre estaba armada, mas en ese momento, solo llevaba consigo la daga que su padre le había regalado. Y por supuesto que la sabía usar. Sin embargo, eran demasiados para intentar algún truco.

De golpe, la puerta se abrió y el conde ingresó furioso, tomándola del brazo con violencia.

—¿Adónde piensa llevarme? —indagó, forcejeando con el hombre.

—A un lugar más seguro; no me arriesgaré a que nos encuentren.

—Pero, ¿por qué llevarme con usted? ¿No es más seguro dejarme aquí para que no lo rastreen? —sugirió, intentando ganar tiempo.

—¿No le han dicho que habla demasiado?

—Siempre —replicó ella, altiva, obligada a seguir al hombre hasta el carruaje.

Él la tomó por los hombros para empujarla y ella soltó un grito. Se resistió todo lo que pudo, pero Rivers era mucho más fuerte.

Siguieron forcejeando desmañadamente y el caballo se asustó. Rivers maldijo cuando el animal salió al galope, llevando consigo el coche. Estaba solo con la dama, pues ordenó que todos se marcharan hacia la dirección contraria de donde él iría y así, hacerles pensar a quienes lo estaban cazando, que estaba huyendo con sus hombres. Sin embargo, sin carruaje sería todo más difícil.

—¡Maldita chiquilla! ¡Mire lo que ha hecho! —bramó furioso.

Helena, al percatarse de que estaban solos, comenzó a respirar con normalidad y a pensar rápidamente.

—Bueno, convengamos que el destino quiere que me quede aquí, lord Rivers. Seguramente, es por su bien —habló, retrocediendo los mismos pasos que el conde daba para atraparla—. Le aconsejo que se marche muy lejos y no vuelva a molestarnos. Aún está a tiempo...

Sin embargo, el conde la atrapó y le rodeó el cuello con un brazo.

—Me está causando demasiados problemas; estoy a punto de olvidar de quién es hija, milady. Así que, camine sin protestar, ni intentar algún truco —presionó el arma en su espalda baja, cuando alguien gritó.

—¡Rivers!

La voz fiera de Alex resonó desde algún punto entre el follaje que rodeaba la cabaña. El corazón de Helena comenzó a agitarse, mirando a diestra y siniestra aunque resultaba imposible ver alguna cosa en aquella oscuridad. Sin embargo, sujetándola por detrás, su captor comenzó a desesperarse, apuntando la pistola hacia todos lados.

—¡Sal de tu escondite, Alexander! —dijo imperante, sin soltar a Helena—. ¡Te exijo que te muestres o le disparo! —insistió nervioso, pues sus planes para nada estaban saliendo como esperaba. ¿Cómo iba a saber que ese libidinoso de Huntly era el prometido de la hija de Lancaster?

—¡Aquí, Rivers! —Alex salió de su escondite, avanzando en la oscuridad—. Suéltala, es a mí a quien quieres, no a ella. ¡Vamos! —presionó para que el conde cediera.

—No me creas tan estúpido, Huntly. Primero, déjate ver con las manos arriba; no intentes pasarte de listo o ella sufrirá las consecuencias y me importa un comino quién sea su padre; ya no tengo nada que perder...

Alex salió de entre la maleza y avanzó unos pasos hacia ellos. Su mirada estaba fija en Rivers, y ni siquiera pestañeó.

—Aquí tengo los bonos, suéltala —pidió de un modo paciente, aunque su voz casi tiritaba.

—Tú me entregarás esos bonos, y yo la soltaré en cuanto esté lo bastante lejos de tu alcance. Así que, acércate a cinco pasos de nosotros, deja los bonos en el suelo y presiónalo con una de esas rocas —señaló con la cabeza el sendero lleno de piedritas—. Después, te alejarás y nos marcharemos la damita y yo.

Alex caminó hacia adelante sin vacilar, tal y como le indicó el conde. Dejó los bonos en el suelo y levantó nuevamente las manos para que Rivers las pudiera ver.

—Suéltala, nadie te seguirá si la dejas ir ahora, Rivers. En cambio, si no la liberas, sabes que te cazarán... —advirtió con aparente calma, aunque sentía mucha impotencia por no poder estrangularlo con sus propias manos.

Rivers caminó con Helena hasta los bonos, los tomó y retrocedió. Cambió su expresión por una complacida sonrisa de victoria y de un empujón, la apartó, dejándola caer al suelo.

Helena ni siquiera se lo esperó, pero cuando levantó la mirada, un grito ensordecedor salió desde lo profundo de su garganta.

—¡NOOO!

Rivers había levantado su pistola, le apuntó a Huntly y disparó.

Helena entrecerró los ojos, mientras en sus oídos retumbaban los disparos cruzados que no esperó. De repente, sintió unos brazos fuertes rodearla y levantarla del suelo y por instinto, hundió su rostro en el pecho del hombre que la cargaba, rodeando su cuello con sus temblorosas

manos.

—Ya terminó, pequeña... —musitó Alex, besando su cabeza.

Helena levantó la mirada a la suya.

—¿No te ha disparado? —indagó con la voz temblorosa.

Alex negó con la cabeza y ella viró la suya para ver al conde de Rivers tendido en el suelo. Estaba muerto.

De entre los matorrales salieron su padre, John, su tío y el duque de Atholl. Al parecer, su hermano le disparó la mano y la pistola se desvió de su objetivo, y el duque de Atholl lo remató por la espalda.

—Vamos a casa —le dijo el marqués y ella comenzó a llorar desconsoladamente, sin dejar de aferrarse a él.

Su padre se sentía impotente y quiso ir a arrebátarsela a Huntly de entre sus brazos y cargarla él mismo como lo hacía cuando era más pequeña. Sin embargo, Thomas lo volvió a tomar del brazo para detenerlo.

—Déjalos. Dale esa oportunidad al muchacho —pidió como si supiera que necesitaban privacidad, antes de que enviaran a Alex al Oriente.

A duras penas, Arthur afirmó con la cabeza.

CAPÍTULO 13



Estaban a salvo y volvían a casa. Ella se dejó conducir por la imperante y posesiva reacción del marqués, cabalgando entre las sombras alargadas, sentada en su regazo. Se apoyó en su pecho y cerró los ojos.

—Alex... —musitó de repente—. Lo que dijiste en la cabaña...

—Es verdad —ratificó el marqués de inmediato—. Sé que eres joven, que te gusta alguien más, pero esperaré, Helena —tragó grueso—. Esperaré todo lo que sea necesario, hasta tener tu aprobación y un lugar en tu corazón... hasta que tú, mi inocente y despistada Helena, me consideres a mí como a tu caballero perfecto.

Con el corazón en un puño, Helena alzó la mirada hacia el rostro del marqués y sus ojos se encontraron. Incluso en aquella opacidad, la sinceridad de su mirada no pudo pasarle por alto. Él, por alguna extraña razón, la quería, y ella, por otro motivo aún más extraño, le creía, lo sentía en su mirada penetrante, hipnótica e irreal.

Por un momento, Helena pensó en dejar que aquella absurda conversación muriera con las palabras del marqués; sin embargo, se sumergió en sus ojos, se regocijó en su fulgor y supo que también sentía lo mismo.

Sin pensarlo demasiado, su respuesta fue tomar su rostro entre sus manos y apoyar sus labios a la boca de Alex con inocencia. Su padre, tío y hermano los escoltaban, y estaba segura de que él no se atrevería a besarla por respeto. De todos modos, tampoco quería esperar a averiguar si lo intentaría. No tenía palabras para explicarle lo que le sucedía, y creyó que la mejor respuesta era aquel beso.

—Alex, no existe nadie más en mi corazón... —confesó con suavidad, dando a entender que a él sí lo guardaba en sus adentros—. Ya he aclarado todo ese asunto con Thomas, y creo que en parte, debo agradecerte por abrirme los ojos al respecto. Sin embargo... —bajó la mirada con pena.

—Dime, pequeña... —presionó Alex, preso de la incertidumbre.

—No deseo casarme aún, quiero tener una presentación preciosa, bailar con mi padre, mi hermano y... contigo —explicó nerviosa—. También deseo acudir a bailes, conocer personas y que otros pretendientes te provoquen celos —bromeó—. No espero que lo entiendas, pero...

—Lo entiendo perfectamente, Helena. —Alex sonrió, afianzando su agarre—. Quiero ser tu amigo, y quiero que confíes en mí.

Ella parpadeó, observándolo con sorpresa por sus palabras. Al albor de la luna, Alex vio la consternación en sus ojos. No obstante, unos segundos después, su expresión se sosegó y, lentamente afirmó y le sonrió.



En Haven House, Claire estaba al borde de la histeria, aunque confiaba ciegamente en su esposo.

¿Cómo pudo desaparecer Helena? ¿Qué le había sucedido?

Ninguno de los caballeros que acompañaron a Arthur a buscarla, le habían dado razones al respecto, y ella se sentía sumamente culpable por no asignarle carabina, cuando su debut en sociedad estaba a la vuelta de la esquina y su hija debía aprender que, para mantener una reputación intachable, era indispensable que una doncella la acompañara adonde sea que fuese.

También, estaba enfadada con Arthur. Si no fuera por él, por el salvaje de su esposo, ella no

hubiera sido tan permisiva con sus hijas, pero ¿quién podía culparla? Su marido, desde el momento en que lo conoció, había sido su gran debilidad.

—Bébetelo esto, Claire. —Su excelencia, Vanessa Murray, duquesa de Atholl, le tendió una tisana a su antigua amiga—. Está hecho a base de lavanda y otro tipo de hierbas, te pondrá más tranquila, querida.

Cuando Claire iba a tomarlo de sus manos, lady Anabelle irrumpió el salón con otro tipo de té.

—¿Lavanda? —cuestionó con ironía—. Mejor bébetelo esto, Claire —apartó la taza que le ofreció Vanessa y le tendió la suya—. Son preparados especiales del mejor boticario de Boston. Los traje de mi último viaje.

Claire miró con pena a Vanessa, que solo asintió con resignación. Al parecer, sus amigas no aprenderían a llevarse bien jamás.

—Les suplico que dejen sus diferencias para otro momento —habló Claire, mirando a las dos damas, después de beber un sorbo del té de Anabelle—. Ambas son mujeres adultas, casadas y felices. No hay por qué seguir recordando el pasado... —escrutó con súplica a la condesa de Essex.

Anabelle resopló con fastidio y tomó asiento al lado de la duquesa de Atholl, ignorándola con desdén.

En ese instante, un lacayo ingresó a la salita y les informó que sus esposos habían regresado.

Claire de inmediato se puso de pie y se dispuso a salir al encuentro de su marido e hijos, en tanto Anabelle se preparaba para seguirla. Sin embargo, la duquesa de Atholl la detuvo del codo y dijo:

—Concédeme unos minutos, por favor. Después de veinte años, no podemos seguir de esta manera, Anabelle.

Anabelle se soltó y resopló con fastidio.

—¿Qué quieres? ¿Explicar por qué intentaste arruinarme, estando embarazada? —atacó filosamente—. ¿Sabes todo lo que sufrí en mi estado? Y todo por un hombre que nunca te vio como algo más que una amiga...

Vanessa asintió con la cabeza y señaló el sofá para que pudieran sentarse.

—Por favor, Anabelle. Dame la oportunidad de explicarme —prácticamente rogó.

La condesa, de aparente mala gana aceptó y ambas tomaron asiento.

—Tienes unos minutos, Claire me necesita y no tengo tiempo para tonterías...

—Solo quiero disculparme por todo lo que sucedió entre nosotras, fue... realmente una muy mala decisión de mi parte.

—Eso ya lo sabía. —Anabelle amagó con levantarse, pero Vanessa la detuvo.

—Déjame contarte mi historia, y los motivos desesperados que me orillaron a cometer tantas sandeces. Te lo suplico...

—Está bien, pero ve al grano.

La duquesa afirmó con la cabeza y comenzó a relatar su historia.

En el vestíbulo, cuando Claire se encontró con Helena, saltó de alegría y la abrazó, acaparando toda la atención.

Celia, la hija mayor de Atholl, se acercó a apoyar a la duquesa junto con la que parecía ser la doncella de lady Helena. Miró a los lados y frunció el ceño. Ni su madre, ni la condesa de Essex estaban allí y comenzó a preocuparse. Sin embargo, no era momento para abandonar a su anfitriona y a la novia de Alex, a quien consideraba como a un hermano mayor.

—¡Por Dios, Helena! ¿Te encuentras bien? —tomó a su hija por los hombros y comenzó a escrutarla de pies a cabeza.

—Estoy bien, madre. No se preocupe. Solo necesito un baño y descansar —musitó Helena para calmarla.

—Estoy segura de que un baño con lavanda la ayudará a descansar mejor, su excelencia. —Celia intercedió por su próxima nueva amiga, cuando notó que su madre observaba a Alex y después a Helena con el ceño fruncido—. Vayamos a sus aposentos; le diré a mi doncella que lo prepare todo —tiró de Helena, pero la duquesa no las siguió.

Celia notó la ansiedad en la mirada de Helena y siguió su dirección. Alex la estaba observando de la misma manera, y si no se preocupaban por disimular, la madre de la joven se daría cuenta de que algo pasaba entre ellos.

—Su excelencia, su hija la necesita —presionó, ganándose una mirada indescriptible por parte de la dama que, antes de seguirlas, se dirigió a su esposo e hijo.

—Me deben una explicación. No crean que se salvarán de rendirme cuentas.

—Por supuesto, cariño. Pero, primero ocúpate de Helena, y luego tú y yo hablaremos de lo que quieras —contestó Lancaster, totalmente sumiso.

Alexander vio a Helena alejarse, y sintió el impulso de seguirla, pero Atholl lo detuvo.

—Tú también necesitas descansar y que un médico trate tus heridas.

—Pero...

—Pregúntale a Celia por tu prometida; has visto que la ha acompañado —insistió el duque.

—Por tu culpa estoy en serios problemas, Huntly... —masculló Arthur, volviéndose hacia él

—. ¿Me puedes explicar cómo sucedió todo?

—Padre, deberíamos dar gracias al marqués que siguió a Helena —intervino John en defensa de Huntly.

—¡Ba! Helena se las hubiera apañado perfectamente y lo sabes. Además, si no hubiera estado con él, no se la habrían llevado —tomó a Alex de la solapa de su chaqueta sucia—. Te quiero fuera de mi casa esta misma noche —lo soltó y comenzó a andar como león enjaulado—. Te advertí que el requisito indispensable para cortejar a mi hija era su seguridad, ¿y cómo respondes? ¡Arrastrándola directamente al peligro! ¡¿Cuál es tu excusa?! —increpó furioso, como si de sus ojos desprendieran fuego.

—No tengo excusas, me dejé llevar por la desesperación y la seguí. Tuvimos un pequeño malentendido... —Entrecerró los ojos y se tomó el puente de la nariz.

—¿Qué tipo de malentendido? —indagó tranquilamente lord Essex.

—Malinterpretó mi relación con lady Celia —explicó, mirando a Atholl—. Celia es como una hermana pequeña para mí, pero Helena se hizo ideas equivocadas...

—Bueno, eso solo significa que la muchacha te corresponde —replicó Cameron con una sonrisa de satisfacción—. No puedes enfadarte por un altercado de enamorados que, a fin de cuentas, no pasó a mayores. —Le dijo a Lancaster, que seguía lanzando chispas por los ojos.

—Es verdad, Arthur —secundó el conde de Essex—. Piensa en las imprudencias que hemos cometido en nuestra juventud, llevados por una situación similar. Dale una oportunidad a lord Huntly —volvió a abogar por segunda vez a favor del marqués.

—Tienes demasiados defensores últimamente, Alex —tragó con esfuerzo—. Haz lo que Atholl te ha dicho. Descansa, porque mañana tendremos una conversación muy seria. Y tú —le habló a John— no puedes volver a cometer semejante error una vez más. ¿Te has encargado de los últimos detalles?

—Sí, padre —afirmó su heredero, bajando la mirada—. Prometo que no volveré a repetir mi error.

—¡Vamos, relájate! Tú muchacho ha hecho un buen trabajo y a tan corta edad, estoy seguro que llegará muy lejos —volvió a interferir Atholl.

—Mejor vayamos con nuestras esposas, o nos irá peor de lo que imaginamos —zanjó Arthur, despidiéndose de los demás y subiendo las escaleras.



Sumergida hasta el mentón en la bañera y relajada por los vapores perfumados de las esencias

que la doncella de lady Celia le echó al agua, Helena oyó unos pasos. Entreabrió los ojos y vio que Fanny abandonaba la habitación y se quedaba a solas con la prima de Henry.

En otras circunstancias, la habría irritado que precisamente esa joven estuviera allí, pero estaba demasiado cansada y Alex le había explicado la situación. Sin embargo, no terminaba de entender por qué le había mentido descaradamente sobre su relación con el marqués.

—Sé que estás despierta, y quiero aclararte que, lo que dije acerca de Alex y yo, fue una broma para ayudarlo —reveló con un deje divertido.

Helena se acomodó en el agua y la miró con el ceño fruncido.

—¿Una broma para ayudarlo? —inquirió más confundida que antes.

—A Alex le gustas, pero noté que él no estaba seguro de tus sentimientos. Así que, mentí para que tu reacción revelara lo que sentías por él y que el pobre ya no estuviera torturándose con ello. Lo siento, no tuve malas intenciones. —Se encogió de hombros, mientras se sentaba en un chaise.

—Ya veo... —murmuró Helena, roja por la vergüenza—. Entonces, mi reacción...

—Te molestaste, lo cual me lleva a suponer que sentiste celos y eso solo significa que él te importa y te molesta que esté interesado en alguien más —explicó con paciencia la chica.

—Lamento si fui grosera... —Se disculpó Helena.

—Bueno, ahora que hemos resuelto este malentendido, seamos amigas —propuso la hija del escocés.

Helena afirmó con la cabeza, pero luego se mordió el labio inferior y miró suplicante a su nueva amiga.

—¿Sabes cómo está él? —inquirió preocupada—. Sé que, en apariencia no lo parece, pero recibió muchos golpes. ¿Puedes averiguarlo por mí? —suplicó.

—No te preocupes, te aseguro que haré algo mucho mejor. —Celia le guiñó un ojo y sonrió maliciosamente.



En sus habitaciones, después de darse un baño y cambiarse de ropa, Alex estaba siendo atendido por el médico, bajo la atenta mirada de Atholl. Su hijo Alastair, después de la boda, había decidido acompañar a Brodie para escoltar a los novios a la finca del marqués de Bristol.

—Me siento bien, esto es innecesario —protestó, mirando crispado a Atholl.

—Eso lo decidirá el doctor —replicó Cameron.

—Bueno, su señoría ha sufrido muchos golpes y mañana amanecerá con mucho dolor y magulladuras en todo el cuerpo. De momento, no hay signos de daños internos, pero de todas maneras, vendré a revisarlo en dos días. Le recetaré unas infusiones para combatir el dolor y un ungüento para los moretones. Si nota cualquier incomodidad, no dude en llamarme —le tendió la receta al duque y el ungüento lo dejó en la mesita de noche.

El doctor se despidió y Atholl frunció el ceño, mirando la receta.

—Necesitas un ayuda de cámara urgentemente. Al menos, para que se encargue de estas cosas —levantó el papel con fastidio.

—Nunca tuve la necesidad de uno, Atholl —contestó, metiéndose a la cama. Estaba exhausto.

—Sin embargo, tu situación ha cambiado y debes acostumbrarte a emplear todo lo que has aprendido estos años; ya no puedes andar por los garitos de juego y burdeles, pasando el rato. Además, tendrás mucho trabajo con los negocios que se avecinan y con levantar la finca que te heredó tu tío, como también ocuparte de la casa que me he tomado la libertad de comprar para ti en Londres, con la esperanza de que algún día sentaras cabeza... —explicó el escocés, con una sonrisa torcida.

—¿Es en serio? —preguntó incrédulo Huntly—. ¿Me has comprado una casa en Londres?

—En Grosvenor Square para ser exactos, muy cerca de Bristol House —afirmó Cameron—. Una propiedad muy valiosa que fue prácticamente una ganga; el propietario estaba desesperado por algunas deudas y aproveché la oportunidad. Sin embargo, las reformas y arreglos los deberás costear tú.

Los ojos de Alex brillaron y un nudo en la garganta le impidió decir algo más. El duque había sido como un padre para él, y lo seguía protegiendo a pesar de que ya era un adulto capaz de valerse por sí mismo.

—Atholl, yo...

—No tienes que agradecerme, es mi regalo de bodas para ti —dijo despreocupado el escocés—. Recupérate y has las cosas como se deben, Alex. No hagas tonterías si de verdad esa joven te interesa, sabes cómo es su padre y, de no ser porque estamos aquí para apoyarte, ya te hubiera echado a patadas.

—Lo sé, Atholl. No te preocupes.

—Has lo que te pide, acepta sus consejos y sugerencias. Es un hombre muy hábil y brillante en los negocios, que ama profundamente a su familia y sería capaz de cualquier cosa por los suyos. Así que, evita provocarlo o puede cambiar de opinión en relación al compromiso con su hija. ¿Comprendes? —advirtió seriamente.

—Comprendo, y ya he hecho todo lo que me ha pedido; Rivers está muerto y he accedido a

aceptar la herencia. Solo me resta esperar por Helena...

—Todavía falta algo más, pero hablaremos de ello mañana. Ahora, trata de descansar.

Antes de que Alex le pudiese preguntar a qué se refería, el duque ya desapareció de la habitación.

CAPÍTULO 14



Celia se escabulló de su dormitorio e ingresó a la habitación de Helena, que la esperaba nerviosa observando a través de la ventana.

—Ya todos están en sus habitaciones, es hora...

—No sé si deba, Celia. Es muy inapropiado —dijo Helena, incapaz de seguir el plan de la escocesa.

—Solo serán unos minutos, conversarán y después yo misma te escoltaré de regreso.

—Puedo hacerlo mañana, a la luz del día —repuso ella, como si fuera lo más lógico.

—Créeme que mañana, tu madre ni tu padre dejarán que Alex se acerque a ti —dijo consternada la joven.

—¿Por qué?

—Vi cómo tu madre los observaba, y escuché a mi padre decir que el duque echó a Alex de la casa por arrastrarte con él a ese incidente —explicó Celia—. Lograron convencerlo de que lo dejara quedarse, pero no sabemos si cambiará de opinión mañana, cuando tu madre se dé cuenta de que algo sucede entre ustedes...

Helena se sintió acongojada y no dudó en seguir a Celia.

—Está bien, vamos...



Alex había dado vueltas y vueltas en la cama; le resultaba imposible conciliar el sueño, tanto por

la ansiedad de descubrir lo que Atholl mencionó, como por saber si Helena estaba bien. También, comenzaba a resentir los golpes que recibió su cuerpo y se sentía incómodo.

Miro el techo y acomodó un brazo debajo de su cabeza, pensando en cómo estaría ella después de todo.

Crispado por no poder acompañarla, resopló y evocó al ángel que, tan inesperadamente llegó a su vida para adueñarse de sus emociones y juicio con su humor chispeante, su ingenua inocencia y su belleza imponderable. Ardía por el deseo de tocar su cabello rubio y exuberante, de besar cada recoveco de su rostro tan perfecto, con esa pálida perfección que sólo se veía en algunas damiselas inglesas, pues muchas jóvenes eran las que se empeñaban por conseguir el mismo efecto con emplastos y cosméticos, pero en el caso de Helena Wellesley, su piel era de un fastuoso alabastro natural.

A su juicio, a pesar de que aún era muy joven, ella era la perfecta rosa inglesa a la espera de que la desflorasen... de que él la desflorase.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el chasquido metálico del picaporte y se incorporó en la cama. El sigilo con que se abría la puerta, lo hizo ponerse en alerta y empuñó la pistola debajo de la almohada, por si acaso. Sin embargo, el rostro que vio asomarse lo dejó sorprendido.

—¿Pero qué demonios haces aquí?! —cuestionó escandalizado al verla.

—¡Shhh! ¿Quieres que toda la casa se entere? Idiota — masculló Celia, entrando a la habitación y tirando a Helena tras ella —. Alguien quería verte y saber cómo estás.

—Helena... —musitó Alex, gratamente sorprendido.

—Vendré en una hora a por ti —le avisó Celia a Helena, que estaba roja de la vergüenza viendo el torso desnudo de Alex—. Me quedaré en tu habitación para que nadie sospeche, descuida. —Celia le presionó las manos para infundirle confianza y abandonó el dormitorio.

—Espero no molestarte, Alex. Solo quería saber cómo te encuentras —dijo turbada, paseando la mirada por cualquier sitio que no fuera el esculpido pecho del caballero, hasta detenerse en el fuego de la chimenea que estaba a punto de apagarse.

Sin embargo, el resplandor aún iluminaba una escena de decadente suntuosidad que estaba enloqueciendo al marqués y no supo qué decir. Estaba un tanto perturbado, demasiado alterado con lo que estaba viendo, como para sentirse cómodo con la presencia de Helena. La bata anudada en la cintura sobre el camisón de seda, con sus cabellos dorados sueltos, cayendo sobre sus senos, le resultaba una verdadera tortura. No cabía dudas de que esa niña era una insensata, y él no era un aprovechado, pero tampoco un santo.

«¡Maldición!», bramó en sus adentros, en tanto sus ojos no podían evitar recorrerla de pies a cabeza.

—Estoy bien, ¿y tú? —replicó a duras penas, con la mandíbula apretada.

—Preocupada —contestó ella—. Oí que mi padre te pidió que te marches, debido al incidente en el que ambos estuvimos involucrados. Lo lamento, te prometo que hablaré con él.

—¿No quieres que me vaya? —Alex ladeó la cabeza y prefirió permanecer quieto, sin siquiera mover un dedo o no sabía si sería capaz de controlar el impulso de acercarse a ella y abrazarla.

Helena lo miró y sintió un estremecimiento en todo su cuerpo. Alex tenía un aspecto magnífico a la luz tenue del fuego, pero no era momento de pensar en lo atractivo que se veía, sino en aclarar aquella declaración que, quizás, lo hizo impulsado por el momento.

—No, Alex. Después de lo que me has dicho, yo...

—Ven aquí —dijo él, extendiendo su mano. Helena lo miró pasmada—. No te haré nada, Helena, solo quiero tenerte cerca un momento, antes de que mañana nos golpee la realidad —explicó con paciencia.

Temerosa de que las palabras de Celia se hicieran realidad, ella se acercó a la cama, tomó su mano y se sentó al borde del lecho.

—Déjame abrazarte —suplicó, mirándola a los ojos.

Helena recorrió su rostro con la mirada y con el corazón desbocado, acercó su cuerpo al suyo, rodeando torpemente con los brazos su cuello. Alex se acomodó y le cogió las manos, colocándolas con firmeza en sus hombros. Después, la tiró con fuerza hacia sí, tumbándola sobre la cama para apresarla debajo de su poderoso cuerpo.

Ella jadeó por la sorpresa, pero no se resistió y se entregó al momento; escrutó con detenimiento cada rincón de su cara, en tanto, un par de sus dedos temblorosos, trazaban líneas sobre ese rostro angelical, como si estuviera intentando descubrir algo más de él. De repente, su mirada se detuvo en su boca y dejó que sus párpados se entrecerraran.

—Helena... —jadeó el marqués, tragando con fuerza—. Quiero besarte, necesito besarte. —Sus labios temblaban, mientras esperaba la aprobación de la joven cuya respiración errática provocaba que sus senos chocaran contra su pecho, mientras el latido de su corazón retumbaba sin cesar.

—Entonces, bésame... —contestó enfebrecida y contagiada por el mismo anhelo que se había apropiado de Alex.

Sin más preámbulos, él agachó la cabeza y la besó con un deseo abrasador.

Helena le entregó su boca a voluntad y dejó que él le arrancara el aliento en medio de suspiros y jadeos. Sus brazos se afianzaron a él cuando sintió la tormenta que se estaba desatando en sus adentros, viéndose entre la espada y la pared. Deseaba hacer lo correcto, apartarlo de ella y salir corriendo antes de que fuera demasiado tarde, pero la mayor parte de su cuerpo se resistía, su

mente estaba nublada y su corazón le pedía a gritos que siguiera probando la boca de Alex que, en ese momento, le besaba la comisura de los labios y trazaba con la punta de la lengua la curva del labio inferior, bajando a la barbilla, acariciando con su húmeda boca el delicado cuello donde palpitaba su vena.

Huntly se estaba volviendo loco, en tanto degustaba esa piel de alabastro con la que había fantaseando justo antes de que, la causante de su desvelo, apareciera en su habitación. Sus manos no podían mantenerse quietas, recorrían con necesidad las curvas femeninas por encima de la seda. Cuando su boca besó la curva naciente de sus senos, Helena gimió, y por instinto hundió sus dedos en los cabellos rubios del marqués que parecía expulsar fuego de su boca, que ahora succionaba uno de los pezones sonrosados y puntiagudos.

Se colocó entre las piernas de Helena y sus manos se acomodaron debajo de sus nalgas, levantando hasta las caderas la seda del camisón rosa que ya lo estorbaba. Su boca regresó a ocuparse de los labios de Helena, en tanto su prominente erección se presionaba contra su vientre.

Ella abrió los ojos, conmovida, pero él enterró su lengua tórrida y tenaz en su boca, para embaucarla y distraerla de aquel gran detalle. Sin embargo, sus planes de explorarla un poco más esa noche, se fueron al traste cuando escuchó dos golpes suaves en la puerta.

Maldijo en sus adentros, y se forzó a detenerse.

Mientras Helena seguía con los ojos cerrados, tratando de recuperar la respiración, él le acomodó los cabellos enmarañados, deleitándose con su boca hinchada y entreabierta, sin apartarse de encima. De repente, ella parpadeó y, al darse cuenta del lugar donde se encontraba, su expresión adormilada no tardó en ser reemplazada por una de completo bochorno.

Empujó a Alex con las palmas y éste, de mala gana cedió, alejándose solo un poco.

—¿Qué ocurre? —preguntó con una cínica sonrisa.

—Dijiste que no me harías nada, Alex... —replicó, con un delicioso rubor en las mejillas—. Apártate, debo regresar...

Sin embargo, Alex la volvió a tumbar en la cama, apresando sus manos por encima de la cabeza.

—Y no te he hecho nada malo, pequeña... —bajó la cara y rozó su boca, haciéndola gemir de nuevo—. Esperaré, Helena, ya te lo he dicho, pero necesito que me prometas que tú también esperarás por mí de ser necesario. Prométeme que será así...

—Alex...

—Promételo —insistió, impulsado por una coacción que desconocía de dónde provenía. Ya había cumplido con las condiciones de su excelencia y lo único que lo separaba de Helena era el tiempo; porque, era solo cuestión de meses para que fuera presentada y él la podría cortejar como mandaba el decoro.

Entonces, ¿por qué aquella necesidad de que le hiciera aquella promesa?

—Lo prometo —dijo al fin.

Entonces, el la volvió besar y luego se apartó, para dejarla huir despavorida como un cervatillo que estuvo a punto de ser devorado por el lobo.



—¡Por Dios, Helena! Tengo el corazón en la boca y tú que no sales del dormitorio —reprochó Celia, con una mano en el pecho.

—Lo siento... —susurró aún conmocionada; no podía recuperarse tan rápido de aquel abordaje al que fue sometida por las expertas artes del marqués.

—Regresemos. —Celia la tomó de la mano y la guio como a una cría que se había perdido y necesitaba encontrar el camino de regreso a casa.

Cuando ingresó a su dormitorio y se quedó a solas, no pudo evitar sorprenderse cuando vio su imagen reflejada en el espejo del tocador. Su pelo enmarañado, sus labios rojos e inflamados y sus mejillas carmesí, ardiendo por el recuerdo de lo que hace un momento sucedió.

—Estoy loca... —le habló a la imagen que le devolvía el cristal y procedió a cepillarse el cabello para trenzarlo, mientras evocaba todas las emociones que había experimentado en los brazos de Alex.

Cerró los ojos y le pareció sentir todavía sus manos calientes, recorriendo su cuerpo, degustando sus labios, succionando sus pechos. Abrió de golpe los párpados y se preguntó qué habría pasado si Celia no los hubiera interrumpido, ¿cómo habría acabado? Porque tenía el presentimiento de que había mucho más por descubrir que aquellos besos y caricias.

Todavía abrumada, se metió a su cama y, con una tonta sonrisa en los labios, cerró los ojos y se dejó llevar por el sueño, esperando que, mañana al despertar, él siguiera allí y pudiera confesarle que se estaba enamorando perdidamente de él.



—¿Qué?! —bramó Alex, levantándose de golpe de su asiento, cuando escuchó las órdenes de Lancaster y Atholl—. Pero, ¿por qué?

Esa mañana, antes de que todos despertaran, Atholl lo había levantado para conversar del asunto que mencionó en la noche.

—Porque necesitamos que te adentres en los negocios y ésta es la mejor manera —explicó pacientemente Atholl.

—Pero este viaje podría, como mínimo, tardar año y medio, y créanme cuando digo que no puedo alejarme tanto tiempo de Inglaterra, mucho menos de Londres —protestó con vehemencia, en tanto Arthur se levantaba de su sillón y lo traspasaba con sus fieros ojos.

—¿Qué quieres decir con que no puedes alejarte por tanto tiempo de Londres? —entornó de golpe la mirada—. ¿Acaso...?

—¡Por Dios! ¡No piense cosas que no son, excelencia! —Se apresuró en sacar de su error al duque que parecía querer asesinarlo. Aunque estuvo a punto de tomar a Helena bajo su propio techo. Si Celia no hubiera llegado, quien sabe si habría podido detenerse—. Lo que quiero decir, es que no puedo alejarme precisamente cuando su presentación está a la vuelta de la esquina. No puedo concebir la idea de que alguien más quiera cortejarla... y que yo ni siquiera pueda hacer nada para impedirlo por estar en este viaje. Lo siento, pero me rehúso. —Negó con vehemencia.

—Solo será ese tiempo, Alex —insistió Atholl—. Arthur hará los arreglos necesarios para que su esposa organice la fiesta en ese tiempo. Recuerda lo que hablamos en tu habitación —presionó en escocés.

—Te prometo que te esperaremos, Alex. Es una oportunidad muy buena para ti. Podrás forjar lazos comerciales y contactos que pueden ser de gran ayuda para tu nuevo negocio. Henry también lo hizo, y al regresar concretamos su matrimonio con Susan... —intervino Arthur, más calmado—. Ya te he dicho que debes pensar en tu futuro y con la cabeza fría, sin arrebatos y como lo que eres: un hombre.

Con impotencia, Alexander recordó la conversación con Atholl, quien le advirtió que debía hacer lo que Lancaster le pedía. También, las mismas palabras de su excelencia, que siempre repetía que debía pensar en su futuro, pues ello involucraba a su hija.

Se puso de pie y comenzó a andar por el estudio, sacudiendo su cabello rubio. Meditó por unos minutos la situación y llegó a la conclusión de que los caballeros tenían razón. Después de todo lo que sucedió entre él y Helena, le resultaba improbable que ella quisiera estar con alguien más. Y con la promesa que le obligó a hacer, era imposible que no lo esperara.

Si el duque le daba su palabra de esperar a por él para su debut, no tenía de qué preocuparse. Además, tenía que comenzar a pensar en el futuro, tal y como decía el duque, porque deseaba darle a Helena todo a lo que estaba acostumbrada y quedándose allí, a jugar a los enamorados, no lo lograría.

—¿Y bien? —insistió Cameron.

—Está bien, haré ese viaje. ¿Cuándo zarpamos? —inquirió más calmado.

—En una semana, por lo que hoy mismo regresaremos a Londres para ultimar los detalles —avisó Atholl.

—Solo necesito que me prometa que esperará por mí. —Se dirigió a Arthur—. Por favor, deme su palabra.

—Te lo prometo, Alex —afirmó el duque—. ¿Te despedirás de ella?

—Creo que no podré... —susurró—. Sabe que no se me da bien mentir, no quiero complicar las cosas.

—Como desees, pero deberás asumir las consecuencias de tus actos cuando regreses —le advirtió claramente.

—Bien. Iré a alistarme.

Resignado con que su destino, por un tiempo, estaba lejos de Helena, solo acató las órdenes y fue a ocuparse de su equipaje. De momento, solo le dejaría una nota a esa chiquilla, porque no se sentía capaz de marcharse si la volvía a ver, y si comenzaba a hacer preguntas respecto al viaje, no sabría qué responderle.

Sin embargo, tenía un presentimiento; uno que le decía que, cuando se volvieran a ver, ya nada sería igual y más que aferrarse a la promesa que le hizo, no tenía más esperanzas que la ilusión de poder concretar su amor con esa niña que se había robado su corazón.



—¿Una nota? —La cara de Helena denotaba incredulidad. Se le habían pegado las sábanas después de permanecer en vela casi toda la madrugada, pensando en Alex y en los besos que le había dado. Sin embargo, fue como un golpe de realidad que bajara a buscarlo y le informarán que se había marchado.

Al principio, atribuyó su partida al genio de su padre, que seguramente lo echó a patadas llevado por el enfado de que la hubiera puesto en peligro, pero, cuando Celia la invitó a dar un paseo y le explicó, había resultado devastador descubrir la desilusión que se apoderó de ella, pensando que Alex la había abandonado después de... ¡Maldición! Descubrir la decepción que resultaba para ella su ausencia, le hizo un hueco en el centro de su pecho y se arrepintió desde lo profundo de su ser de no haberle hecho caso a Susan y mantenerse alejada de él.

—Y esto. —Celia le tendió un prendedor de zafiros, interrumpiendo la tormenta interna que se desataba en Helena.

Ella lo tomó y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero de rabia. ¿Qué clase de broma era esa?

¿Cómo que el marqués de Huntly debía realizar un largo viaje y su forma de despedirse era dejándole una nota? Después de haber sorteado el peligro juntos, de que casi se había... entregado, ¿él solo le dejaba una nota?

—Te dejo a solas para que la puedas leer tranquila —le dijo Celia, mientras se alejaba sobre el puente de arco donde ambas habían ido a darle de comer a los patos, aunque fue una excusa para

poder entregarle lo que Alex le dejó a su padre.

Helena afirmó con la cabeza y reprimió sus ganas de hacer trizas el maldito papel. Se dirigió a los sillones con cojines dispuestos en la glorieta y, emitiendo un hondo suspiro rasgó el sobre que contenía aquella nota.

Querida Helena

Antes que nada, deseo que me perdones por la manera tan inapropiada de despedirme. Sin embargo, sabía que si te miraba a los ojos y te decía adiós, no iba a poder marcharme de tu lado. Sé que no soy el prospecto de caballero con el que has soñado desposarte, que tengo muchos defectos, pero mi afecto y mis palabras fueron genuinas. Todo fue muy real y maravilloso para mí.

Solo espero que cumplas con la promesa que me has hecho.

Prometo volver en el momento justo.

Tuyo siempre,

Alexander

Helena derramó un par de lágrimas y dobló la carta para devolverla en el sobre. No le explicaba de los motivos de su tan apresurado y repentino viaje, pero le recordaba que cumpliera con la promesa que le había hecho de esperar por él.

¿Qué diantres tenía ese hombre en la cabeza? No la conocía ni un poco.

Miró el prendedor y le recordó a su mirada, a sus ojos que la penetraron en la noche, que se metieron en su alma para apropiarse de su voluntad. Por eso se lo había dejado, para que no olvidara esa noche y su promesa...

Sin embargo, necesitaba una explicación acerca de su partida. Por lo que, decidida, se puso de pie y se dirigió a la casa para hablar con la única persona que le daría las respuestas que necesitaba.



—Esta vez, has traspasado todos los límites, Arthur...

¿Era su madre? Y si llamaba a su padre por su nombre, solo significaba que estaba en serios problemas.

—Confía en mí, Claire, es la mejor opción para Helena...

Contestó su padre. ¿Estaban hablando de ella? ¿Por qué? Pegó un poco más la oreja a la puerta del despacho del duque para escuchar mejor.

...

—No estoy de acuerdo. Además, es muy joven —protestó Claire, cuando Arthur le informó que había concretado el compromiso de Helena—. Tampoco pienso posponer su presentación sin una explicación razonable, lo llevamos planeando por meses.

—Cariño, tengo mis razones. Hazlo por mí —insistió el duque, tomando por la cintura a su esposa para sentarla en sus piernas.

—Y yo las mías, Arthur, y esta vez no cederé y mucho menos bajo chantajes —apartó sus manos de su escote—. Si no me dices el motivo y de quien se trata, no te haré caso esta vez. — Claire se cruzó de brazos.

Arthur le susurró algo al oído y su rostro pasó del enfado a la incredulidad.

—¿Cómo no lo pensé antes? —preguntó, retóricamente—. Pero ¿Helena estará de acuerdo?

—Llegado el momento, le presentaremos a su prometido y entonces lo sabremos.

...

Cuando escuchó que su padre ya le había escogido prometido, se quedó pasmada por unos minutos, con la oreja pegada a la puerta. Después, lentamente regresó sobre sus pasos y sumida en sus pensamientos, subió las escaleras hasta su habitación.

«¿Cómo? ¿Cuándo? ¿De quién se trataba?», esas fueron las preguntas que se agolparon en su cabeza, mientras cruzaba la puerta de su alcoba y la cerraba.

Recostada en la madera, cerró los ojos y respiró profundo. Alex la había abandonado y ella, tendría que conformarse con lo que le deparara el futuro; quizás, un matrimonio aburrido y sin amor, muy diferente al de su hermana y a la propia historia de amor de sus padres.



Para Helena, los días transcurrían despacio, pero, sin darse cuenta, el tiempo había pasado demasiado rápido. El día de su presentación llegó y con ello, su última esperanza de que Alex

apareciera. En su nota, él le había dicho que llegaría a tiempo, y estaba segura que se refería a ese momento.

Sin embargo, nunca llegó. Alex no cumplió con su palabra, y aquella ocasión tan esperada, le había resultado un día difícil, pues decidió separar su pasado de su futuro, y apartar para siempre de su vida a cierto caballero a quien consideró, por encima de todo, un amigo.

—Adiós, Alex... —susurró esa madrugada, en el cobijo de su solitaria habitación, mientras lanzaba al fuego de la chimenea la nota que ese hombre le había dejado, pidiéndole que recordara su promesa. Una promesa que él mismo acababa de incumplir.

Intentó hacer lo mismo con aquel prendedor del que nunca se despegaba, sin embargo, no pudo hacerlo y solo lo guardó en un pequeño baúl, encerrando bajo llave aquella ilusión fallida del primer amor que no pudo ser.

Por su parte, Alex se maldecía una y otra vez porque, aquel viaje que tendría que haber sido un ida y regreso, se estaba complicando por demás. La lucha por los territorios, ocasionó conflictos que retrasaron su regreso y para rematar, en ese momento, que por fin estaba en camino, en los cielos se desataba una tormenta que jamás había visto. El viento rugía, en tanto las olas infringían contra la embarcación. El agua había inundado por completo la cubierta de su barco. Era la noche más tenebrosa que había presenciado; si el infierno existía, debía ser como aquello que estaba presenciando.

—¡Capitán Gordon! —oyó la voz de Dominique, su leal segundo al mando.

Alex no pudo reaccionar, aunque tampoco una reacción en aquellas circunstancias hubiera servido de mucho. La catástrofe era inminente.

El violento impacto lo arrojó por la borda.

CAPÍTULO 15



2 años y medio después...

Hertfordshire

—¡No! —Alex despertó, emitiendo un grito por la pesadilla que irrumpió su descanso. La desgracia de lo ocurrido cuando su barco naufragó, a menudo los revivía en sus sueños.

Salió de la cama y se empapó la cara para serenarse. Se secó con un paño y respiró hondo, caminando despacio hasta uno de los escaparates que daban a los jardines descuidados de aquella propiedad. El sol se alzaba en su punto más alto, por lo que debía ser cerca del mediodía.

Había llegado hace varios días de aquel viaje que le resultó interminable, y aún no tenía el valor de ver a Helena. Tampoco a Henry, porque estaba seguro que se lo diría de inmediato a su esposa, y no se sentía preparado para enfrentar a la joven que amaba, después de cómo se había marchado.

Por lo que el duque le había informado a su llegada, al principio, Helena se expresaba ansiosa cuando lo mencionaban, pero que con el tiempo fue mostrándose indiferente al escuchar su nombre. No la culpaba. Fue un cobarde cuando se alejó sin darle sus motivos, por temor a claudicar al despedirse, y lo estaba siendo en ese momento porque le tenía pavor a la idea de ser rechazado. Conociéndola, tenía que estar preparado para sus negativas y debía urdir una muy buena explicación para justificar su ausencia por tanto tiempo.

De hecho, pensaba hacerlo apenas llegara, pero ni bien pisó Londres, tuvo que lidiar con la noticia de que su madre había muerto hace un año y fue directamente a la finca a llevar las cenizas que Atholl le entregó; allí había crecido y fue feliz hasta que se casó con su padre, por lo que le pareció lo más apropiado.

Sin embargo, ya era momento de presentarse ante su prometida y reclamarla como suya, aunque sonara estúpido. Tratar de imponerle algo a una joven como Helena Wellesley, sencillamente no funcionaría, pero debía intentarlo.

Más tarde, montado sobre un semental negro, Alex recorrió los cultivos que se extendían a lo largo de su nueva propiedad en Hertfordshire, constatando lo que efectivamente Atholl y Lancaster le habían prometido. La cosecha sería por demás fructífera y él se haría con una pequeña fortuna que ya tenía pensado en qué invertir para aumentar su patrimonio.

Cuando llegó a la casa principal, su ayuda de cámara, un marinero francés que le había salvado el pellejo en más de una ocasión, lo esperaba ansioso.

Saltó de su montura y le lanzó las riendas a Dominique, que lucía bastante nervioso.

—¿Sucede algo, Dom? —inrepó, subiendo la escalinata estropeada de la enorme residencia que necesitaba muchos arreglos.

—Un caballero lo espera, milord. Dijo que se trata de algo muy urgente...

Alex frunció el ceño. Los únicos que sabían de su regreso eran Atholl y Arthur, por lo que apuró el paso hasta el vestíbulo, donde vio la ancha espalda de un caballero alto que no se había quitado el sombrero y parecía estudiar el suelo de madera, desprovisto de alfombras y las paredes decoradas con tapices gastados y viejos.

—Buenas tardes —saludó con una voz penetrante y seca.

Entonces, el hombre se volvió a mirarlo y se encontró con los ojos verdes claros de su amigo,

que lo observaban con seriedad.

—¿Henry? ¿Cómo supiste que regresé?

Sin siquiera saludarlo, el marqués de Bristol cambió de mano el bastón que sostenía y le propinó un puñetazo con la derecha.

—Eso es por Helena —anunció. Cuando el marqués volvió a levantar la cara, repitió el golpe con su puño izquierdo—. Y eso es por mí. ¿Por qué demonios no nos has informado sobre tu llegada? ¿Tan pronto te has olvidado de tu mejor amigo?

Alex sacudió la cabeza y se frotó el rostro.

—Pegas como niña —molestó a Henry que se puso serio.

Bristol resopló con fastidio y se acercó a saludarlo con un abrazo fraterno.

—Te lo merecías —justificó, en tanto volvían separarse—. ¿Qué está sucediendo, Alex? ¿Por qué no me dijiste que estabas en Inglaterra? —comenzó a interrogarlo.

—Creo que necesito un trago para hablar del asunto. Mejor vamos al estudio y te lo explico todo...

Mientras ambos recorrían el largo pasillo, el sonido de los tacones de sus botas resonaba con desagrado. Henry paseó la vista por los escaparates para ver que las cortinas estaban gastadas y pasadas de moda. La casa estaba habitada por el frío y la penumbra.

—Vaya... le hace falta la mano de una mujer a esta casa... —susurró, en tanto traspasaba el umbral de la puerta del despacho.

Alex sirvió dos copas de brandy y tomó asiento junto a la chimenea, frente a Henry, que bebió con cautela el licor. Él, sin embargo, se terminó de un tirón la bebida y se sirvió más.

—¿Cómo está ella? —preguntó Alex sin mirar a Henry.

—¿Helena? —respondió su amigo, como si no fuera evidente.

—¿Quién más, pues?

—Está bien, lista para otra temporada e innumerables ofertas de matrimonio... —contestó, mirando su copa.

Alex levantó la vista y frunció el ceño.

—¿Qué has dicho?! —El silencio que siguió a su pregunta fue de la más absoluta incredulidad—. ¿Otra temporada?

Henry arqueó una ceja y lo miró como si estuviera loco.

—Por supuesto, ya tiene diecinueve años. ¿Qué esperabas? —reprochó con evidente sarcasmo—. Helena, sin duda, es la dama más codiciada en estos momentos. Se ha convertido en una hermosa mujer. ¿Por qué te sorprende?

—Su padre me prometió que esperaría mi regreso —frunció el ceño y lanzó una maldición al tiempo que estrellaba la copa contra la pared—. Estuvo jugando todo este tiempo conmigo... ese insufrible demonio. ¡Me las pagará!

—Pasaron casi tres años, Alex. —Le recordó como si fuera lo más natural—. Aunque Susan mencionó sobre las intenciones de su padre de posponer su incursión en sociedad, la duquesa fue quien tomó la decisión, y para ser francos, no sabía de tu acuerdo con su excelencia. Sin embargo, sigo sin comprender algo: ¿por qué no te despediste de ella? —inquirió, por último, confundido.

Alex se levantó y caminó de un lado a otro, como una fiera herida.

—Porque temía que ella no lo entendiera, además de que, si me lo pedía, me hubiera quedado y si no me marchaba, habría perdido toda oportunidad de hacerla mi esposa. No tenía salida... —dijo con impotencia, dejándose caer de nuevo en el sillón—. Necesito que me digas todo lo que ha sucedido en mi ausencia. Ella... ¿ha sido cortejada por otros? ¿Se la ve feliz? ¿No te ha preguntado por mí?

Henry tuvo que reprimir el impulso de mentirle para consolarlo y afirmó con la cabeza.

—Es una joven muy solicitada, y sí, se la ve feliz, con su habitual y chispeante humor, la conociste —contestó en un tono neutro para no herir más el orgullo de su amigo—. Helena, como todos los hijos de su excelencia, es muy orgullosa y lo último que haría es preguntarme, precisamente a mí, por ti.

Durante un largo rato, Alex permaneció con la mirada perdida y en silencio. Tenía la impresión de que el mundo se hubiera estancado y con él, su corazón. Cuando habló, su voz temblaba.

—Y a ella... —No pudo terminar de formular la pregunta, pero Henry comprendió.

—No. —Negó de inmediato—. No ha demostrado preferencia por ninguno de los caballeros que la asecha. Pero, accidentalmente escuché cuando le confió a Susan que su madre ya le había escogido un candidato adecuado. Así que, si no te das prisa, es muy probable que esta temporada se comprometa.

Alex tensó la mandíbula y se guardó todos los insultos para su futuro suegro.

—¿Por qué tardaste tanto en regresar, Alex? No recibimos ninguna misiva o señales de ti durante un año. ¿Qué fue lo que ocurrió? —indagó con curiosidad.

—Nuestro barco naufragó, fue un completo desastre; sobrevivimos unos pocos y estuvimos

varados, a la pesca de ayuda, en la isla de Jersey. Estuve convaleciente, perdí la noción del tiempo y juro por lo más sagrado, que solo me aferré a la vida por ella. — Alex miró a los ojos a Henry—. No ha pasado un solo día desde que me marché, en que no haya pensado en ella. Ni una sola noche que no apareciese en mis sueños para torturarme por no haberme despedido. Todo para llegar aquí, y enterarme que mi prometida está a punto de casarse con otro... ¿te parece justo, Henry?

—Yo no he dicho que Helena se casará; no cambies el sentido de mis palabras... —Se apresuró en corregir Henry—. Además, llegaste a la ciudad y ni siquiera la buscaste. ¿Qué explicación tienes para eso?

—¿Que soy un cobarde! ¿Contento? —bramó fuera de sí—. Temía que ocurriera precisamente lo que está sucediendo, que ella no me perdonara por la manera en que me marché y pasara de mí. No quería enfrentarme tan pronto a su rechazo, sin al menos tener un plan para que me perdone.

—¿Por Dios, Alex! —Henry rio con ironía—. Nunca te escuché decir algo más estúpido, pero ya no tiene remedio, y si aún la quieres reclamar como tu prometida, te aconsejo que asistas al baile de Louise...

—¿La mascarada? —inquirió y Henry afirmó—. ¿Cuándo será?

Después de que Henry le diera los detalles, dio media vuelta, saliendo disparado del despacho. Una hora después, azotaba a sus caballos mientras marchaba a toda prisa por la vía que llevaba a Londres y maldecía a todo aquello que se interponía en su camino. Sin embargo, a quién más maldijo, fue a él mismo por no haberle dicho a Helena la verdad desde un principio, por no haberse despedido en persona, a dejarle aquella estúpida nota.

Respiró hondo, dejó a un lado su irritación y volvió a concentrarse en el camino. Si se daba prisa, llegaría justo a tiempo para asistir a aquella fiesta de la que le había hablado Henry.



Grosvenor Square, Londres

—Entonces, ¿no hay un solo caballero entre la alta sociedad, que llame tu atención? —Susan le ajustó el vestido de noche a Helena, hecho en una finísima seda en color beige.

Había cumplido los diecinueve hace unos meses y estaba incursionando su segunda temporada. Precisamente, en ese instante se alistaba para asistir a la mascarada anual que organizaba Louise desde hace tres años. Una fiesta que le traía muchos recuerdos.

—Ninguno interesante; prefiero jugar al whist en el Club de mi cuñado —dijo para molestar a su hermana.

—¿Sigues aferrada a la idea de que lord Huntly regresará? — preguntó con cautela, mientras la susodicha se tensaba.

—Hace tiempo que nadie lo mencionaba, ya lo había olvidado... —Con una de sus sonrisas encantadoras, Helena miró a Susan para que ya dejara de preocuparse.

—Entonces, deberías concederles una oportunidad a otros caballeros. Tú siempre quisiste casarte, formar una familia... ¿qué sucedió con esa Helena?

—Bueno, no he encontrado a ningún caballero interesado en el matrimonio. Al menos, ninguno que reúna los requisitos para ser mi marido. Eso es todo, Susan, y se nos está haciendo tarde. ¿Cómo me veo? —cambió con habilidad de tema y dio una vuelta.

—Sabes que eres la más preciosa de entre todas las jóvenes, Lena. No hay nadie que se compare contigo.

Y era verdad. Desde su presentación, Helena había sido catalogada como la sensación de la temporada y una de las jóvenes más preciosas y convenientes para el matrimonio. Su cuantiosa dote, su belleza y humor, y las conexiones que tenía su padre, hizo que recibiera innumerables propuestas de matrimonio.

Sin embargo, Helena no lo olvidaba, aunque lo negara con vehemencia...

Cada vez que trataba a los caballeros, no podía evitar compararlos con él. No había olvidado ni por un segundo aquella promesa, pero, sin embargo... ¿dónde estaba él?

La había abandonado y la había obligado a que ella hiciera mismo.

—Lord Aberdeen me resulta un caballero muy agradable — habló para que su hermana ya no se angustiara—. He pensado en aceptar que me corteje. Creo que es un candidato bastante apropiado y tiene lazos comerciales con padre. ¿Qué opinas? —le consultó su punto de vista.

—Es un hombre muy apuesto, con una fortuna suficiente como para restarle importancia a tu dote, proviene de una muy buena familia con bastas propiedades... todo eso está en orden. Pero... ¿te gusta realmente?

—Es muy agradable, su compañía no me resulta indiferente — respondió Helena, ocultando su resignación—. Si no lo intento, no sabré si es el caballero perfecto que tanto he buscado. ¿No te parece?

—Tienes razón —secundó Susan—. Sin embargo, ¿qué sucederá si de repente, lord Huntly regresa? ¿De verdad ya no te importa?

—¿Por qué debería importarme? —contestó con desdén—. Ni siquiera se despidió, y pensé que teníamos una amistad, pero me equivoqué con él —dijo, fingiendo que no le afectaba, aunque el pecho le oprimía con fuerza, como cada vez que se hacía mención de su nombre.

—Helena, ¿qué sucedió entre ustedes? ¿Por qué te afectó tanto su partida? No me digas que...

—¡Oh, no, por Dios! —Negó con la cabeza—. Era joven e ingenua, Susan, que confió ciegamente en palabras que ya no tienen sentido. Nada más... —Se apresuró en corregir a su hermana—. Sabes que me ocurrió lo mismo con Thomas, pero ya crecí, maduré y cambié. Así que, ya no te preocupes —pidió con una sonrisa tranquilizadora—. Por cierto, ¿dónde está tu marido? —arrugó la frente. Le resultaba extraño que su cuñado no estuviera rondando a su esposa, especialmente desde que se enteró que iba a ser padre por segunda vez.

—Tenía asuntos urgentes que atender, pero prometió que nos alcanzaría en el baile.

—Bueno, me resulta anormal que no te acompañe. Siempre que no puede, prefiere que no asistas. ¿No te parece extraño que esta vez haya accedido? —indagó confundida.

—No lo había pensado, pero tienes razón. En todo caso, se lo preguntaré en cuanto lo vea. ¿Vamos? —ambas se acomodaron el chal y Susan ordenó al mayordomo que tuviera el coche listo.



Alex se colocó la máscara negra y se dispuso a bajar del carruaje de Henry, con quien iba esa noche para asegurar su entrada.

—¿Estás listo? —le preguntó Henry, cuando lo escuchó resoplar.

—Lo estoy, pero necesito tu apoyo para llevar adelante mi plan. Me lo debes, Henry, y no quiero que tu esposa interfiera en mis asuntos —advirtió con determinación, dándole a entender que no se echaría para atrás bajo ningún motivo.

—Haré todo lo que esté a mi alcance, pero debes asegurarme que no harás nada que ella no quiera. ¿Has entendido?

Alex asintió, pero solo para calmar a su amigo porque no dejaría en paz a Helena hasta que ella lo escuchara.

El salón de baile estaba abarrotado, por lo que, cuando ingresó, pasó desapercibida su presencia para la joven a quien buscaba. De repente, sintió un codazo por parte de Henry, que señaló con la cabeza un rincón del salón, donde la vio acompañada de otro caballero alto y casi tan ancho como él, conversando muy amablemente, y los latidos de su corazón comenzaron ensordecirle los oídos.

Lucía arrebatadora, con un vestido que se amoldaba a sus curvas y se deslizaba por su cuerpo hasta el suelo de un modo demasiado sinuoso. Tragó con esfuerzo y presionó sus manos en puño.

—¿Quién demonios es ese? —frunció el ceño, sin apartar la mirada de hacia el otro lado del salón.

—Aberdeen. —contestó Henry—. Ha dejado en claro, delante de toda la sociedad, sus intenciones con Helena.

—Ese lobo mañoso... —Alex lo conocía bastante bien, y lo peor, tenía que admitir que se trataba de un digno oponente—. Y la muy... —resopló crispado—. Parecen muy cercanos.

El conde de Aberdeen le habló al oído y Helena sonrió con coquetería.

—Lo son —contestó su amigo.

Con la sangre hirviéndole en las venas, Alex contempló cómo coqueteaba con ese calavera y sintió que el aire le faltaba. No se sentía con derecho a reprocharle nada, pero le resultaba imposible quedarse de pie a observar cómo era rodeada, poco a poco, por un séquito considerable de admiradores que sonreían por respuesta a todo lo que ella decía, mientras la observaban como lobos hambrientos a un corderito succulento. Y ¿cómo no? Si se veía tan hermosa, destilando un atractivo sensual que resultaba un imán para cualquier hombre con dos dedos de frente.

Henry no mintió. Se había convertido en una preciosa mujer.

—No puedo más... —dijo de repente, cuando el preludio de los acordes del vals, iniciaron. Dio unos pasos hacia ella, pero su amigo le tomó del codo.

—No la presiones, y no provoques un escándalo, porque no te lo perdonaré.

—Solo bailaré con mi prometida —respondió, tirando su brazo.

—¡Alex! —protestó Henry, maldiciendo mientras lo seguía para evitar una catástrofe pública.

Susan reconoció de inmediato a su esposo en cuanto ingresó al salón. Estaba a unos metros de Helena, conversando con varias damas y haciendo su trabajo de carabina, mientras su hermana se divertía con su séquito de admiradores. Sin embargo, se quedó intrigada cuando vio a Henry intercambiar unas palabras con un hombre que le resultaba bastante familiar.

Helena se percató de que sus acompañantes se abrían, dando paso a una figura grande e imponente; un hombre muy alto, de hombros anchos que caminaba hacia ellos con una indolente elegancia. Cuando la luz de los candelabros iluminó al susodicho, pudo constatar que se trataba de un caballero bien parecido, ataviado de un modo finísimo, con un conjunto que no tenía dudas, era muy costoso. Vestía una levita oscura a la medida, por encima de un chaleco brillante de seda y una corbata con un elaborado nudo. Por debajo, llevaba unos pantalones que se ajustaban a sus musculosos muslos. Sin embargo, lo que a Helena le quitó el aliento, fue la actitud del caballero que destilaba confianza con cada movimiento.

A medida que se acercaba, ella sentía que algo se agitaba en su pecho, y cuando el hombre saludó con una fría cortesía a sus acompañantes, su identidad quedó desvelada. Era él... era Alex. Pero ¿qué estaba haciendo allí?

—Caballeros, lamento interrumpiros, pero el siguiente baile es mío. —Alex extendió su mano,

a la espera de que ella accediera. Sabía que lo haría, no podía negarse y menos con tantos ojos puestos sobre ellos.

La mirada de Helena se encontró con aquellos iris de color azul cielo que la escrutaban fijamente, mientras aguardaba a por su respuesta. Contuvo el aliento y controló el impulso de abofetearlo y desairarlo en público. Miró a los lados y, en efecto, no podía darse el lujo de dejarlo en ridículo, porque todos aguardaban por su movimiento, con la sola intención de descubrir quién era el caballero que reclamaba con tanta seguridad el primer vals de la noche.

—Será un honor, milord —contestó con aplomo, tomando la mano del marqués que la guio a la pista de baile.

Cuando sintió la mano masculina en su cintura, una oleada de calor la cubrió de pies a cabeza.

—Veo que no te da demasiado gusto volver a verme... —habló en un tono más suave—. Helena, tenemos que hablar...

Helena ya no lo soportó y lo miró a la cara. Si bien, ambos tenían sus respectivas máscaras, era imposible que el rostro angelical de Alex, pasara desapercibido. Sin embargo, había cambiado bastante. Era más grande, con músculos más anchos y lucía tan poderoso y bien definido como la actitud arrogante que había destilado en cuanto reclamó el baile.

—Le pido que mantenga los modos, milord, y no me tutee —dijo ella, forzando una sonrisa, mientras giraba entre sus brazos—. ¿Qué quiere? —aunque no dejaba de sonreír, su pregunta sonó furiosa y afilada.

Él le sostuvo la mirada mientras comenzaban a girar. Sus labios se curvaron en una paciente sonrisa, haciendo acopio de toda su paciencia para no perder los estribos.

—Ya te he dicho, necesitamos hablar.

—¿De qué se supone que usted y yo hablaríamos?

—De nosotros, por supuesto. De la promesa que me hiciste —presionó Alex, negándose a darse por vencido.

—¡Por el amor de Dios, lord Huntly! Creo que ha pasado suficiente tiempo como para recordar cosas sin sentido. ¿No lo cree? Además, ¿con qué derecho reclama precisamente este baile? Si he accedido, fue solamente para que no hiciera el ridículo, pero no se haga ideas absurdas. Entre usted y yo, no hay nada de qué conversar.

A Alex le falló la sonrisa mientras luchaba contra el impulso de terminar con aquel tonto baile y arrastrarla hacia algún rincón para que lo escuchara. Moría de ganas por abrazarla, por acercarse más, por presionar ese cuerpo delicado de proporciones justas contra el suyo. Había esperado demasiado tiempo como para andarse con rodeos.

—Si no quieres que conversemos por las buenas, entonces deberá ser por las malas, Helena, y sabes que tengo un mal genio; si antes te resultaba irritante, imagina lo que los años y el exilio

pueden hacerle al humor de un hombre como yo —amenazó, en tanto su mano se tensaban en su espalda baja.

Helena se envaró cuando sintió el tacto del hombre descender por debajo de su cintura y tuvo el atino de no provocarlo; la idea de que él reaccionara inapropiadamente en medio de un salón de baile, desataría un escándalo y no tendría más remedio que casarse con ese embustero salvaje a quien detestaba con todas sus fuerzas, por lo que respiró aliviada cuando la música llegó a su fin.

Por su parte, el marqués de Huntly se controló, hizo una impecable reverencia antes de ayudarla a incorporarse, decidido a conducirla junto a su carabina.

—Te acompaño —dijo, y no fue una pregunta, sino un edicto.

Buscó con la mirada a su amigo y lo localizó de inmediato. Colocó la mano de Helena sobre su brazo y la guio.

—Necesito que hablemos, te esperaré en la terraza en media hora —avisó, mientras andaba lo más lento posible para prolongar su compañía.

—¡Olvídelo! No arriesgaré mi reputación por alguien como usted y le repito: no tenemos nada de qué conversar —respondió desafiante.

—Entonces, me estarás obligando a tomar medidas más drásticas, Helena —advirtió.

—Usted puede hacer todo lo que quiera, pero no me amenace, porque ya no soy la niña manipulable a la que conoció.

—No sé quién fue más manipulable, si tú o yo; aunque estoy seguro de que llevas las de ganar. Después de todo, tienes a un experto como maestro —retrucó Alex, ardido con el duque de Lancaster por no haber mantenido su promesa.

—Con mi padre no se meta, y esto es un hola y adiós, lord Huntly, porque en lo sucesivo, le exijo que no vuelva a dirigirme la palabra, mucho menos se atreva a acorralarme para exigir un baile. Nuestra amistad acabó hace mucho tiempo, por lo que le ruego me deje en paz. —Helena terminó de hablar precisamente cuando llegaron junto a Susan y Henry. Se soltó de Alex y realizó una leve venia—. Bienvenido a Londres, milord. Si me disculpan. —Se alejó, con aquella sensación de ahogo que la había asaltado en cuanto lo reconoció.

Sus ojos le ardían, y cuando estuvo lejos del campo visual de las personas, apuró el paso para salir a tomar el aire antes de desmoronarse. En cuanto la suave brisa le acarició el rostro, se detuvo en la terraza, sosteniéndose de la balaustrada y haciendo todo lo posible para no llorar. Respiró hondo varias veces, cerró los ojos y por fin controló su impulso de derramar lágrimas.

CAPÍTULO 16



Alex la vio alejarse despavorida y tuvo el atino de no seguirla de inmediato, o levantaría habladurías sobre ella. Podía ser todo lo salvaje que quisieran, pero era un caballero y no quería involucrar a Helena en un escándalo.

—¿Lord Huntly? —preguntó Susan, observándolo con detenimiento.

—Buenas noches, lady Bristol. Disculpe mi falta de cortesía — inclinó la cabeza y Susan le tendió su mano para hacer lo propio.

—Es toda una sorpresa, pensamos que estaba muerto; bueno, hubiera sido mejor que lo estuviera —dijo con sarcasmo y una mirada filosa—. Y, ¿qué lo trae por aquí?

—Veo que las hijas de su excelencia, han heredado su afilada lengua —replicó Alex con una sonrisa forzada—. Y, respondiendo a su pregunta, he venido a reclamar la mano de mi prometida, tal y como su padre me lo prometió.

—Alex, no es momento —intervino Henry, porque Susan no sabía nada al respecto.

—Entonces, ¿cuándo? —increpó él—. ¿Cuándo ya esté comprometida con otro? No. —Negó—. Ya no seguiré las órdenes de nadie, y reclamaré lo que por derecho me corresponde.

—¿Qué insinúa, lord Huntly? —preguntó Susan, desconcertada—. ¿Está diciendo que...?

—En efecto. Helena es mi prometida desde hace mucho tiempo, y he venido a reclamar lo que, naturalmente, me corresponde. Su mano —afirmó con determinación.

—¿Eso es verdad, Henry? —su mirada incrédula se posó en su esposo.

—Lo es, cielo. Yo mismo estuve en las negociaciones, cuando tu padre y mi tío concretaron el compromiso de Helena con Alex — confirmó el marqués.

—Pero... ¿por qué nadie me dijo nada? ¿Por qué me lo ocultaste? —le reprochó a su marido. Después, le lanzó una filosa mirada a Alex—. ¿Y por qué se largó por tanto tiempo? ¿Sabe todo lo que Helena sufrió, pensando lo peor de usted? Lo que me lleva a hacerle una pregunta que ronda en mi cabeza desde hace mucho tiempo —farfulló Susan, hecha una fiera—. ¿Qué sucedió entre usted y mi hermana?

—Debería hacerle esas preguntas a su padre, marquesa, y respondiendo a lo otro, entre Helena y yo no sucedió nada que lamentar, siempre supe que debía esperar por ella, y he cumplido a rajatabla todas las condiciones que impuso el duque para obtener su permiso y cortejarla — explicó crispado. Ya no tenía tiempo que perder, y la única persona a quien le debía

explicaciones, era Helena —. Si me disculpan, debo resolver un asunto.

Alex se alejó, dejando impresionada a Susan por el gran cambio que notó en su carácter. Después de que su espalda se perdiera en la misma dirección que había seguido su hermana, se volvió a su esposo que solo sonrió.

—Lo lamento, pero no era mi asunto, cariño. —Se disculpó—. Deja que resuelvan sus diferencias. Él solo hizo todo lo que tu padre le pidió.

—¿Por eso se marchó? —indagó y Henry afirmó con la cabeza —. Pero, ¿por qué no se despidió? No le habría tomado mucho, al menos escribirle en todo este tiempo...

—No lo sé, cielo, pero te aseguro que todo es un malentendido. Concédele una oportunidad — insistió Henry.

—¿Qué significa eso? —Susan arqueó una ceja. Conocía perfectamente a su marido.

—Que quiero largarme de aquí, acurrucarme en nuestra cama contigo, hacerte el amor... — musitó a su oído, haciéndola estremecer.

—Olvidas a Helena...

—Dejémosla con Alex, él la cuidará —brindó una rápida solución, que levantó las sospechas de Susan.

—Entonces, ¿estás tratando de seducirme para que me olvide de mi trabajo como carabina? — increpó con sorna Susan.

—¿No está funcionando? —indagó con una melosa voz, besando el hombro desnudo de su esposa—. Es Alex, y aunque el cielo se caiga y la tierra tiemble, créeme que tu hermana será su esposa.

—¿Estás seguro, Henry?

—Nunca lo vi tan decidido. Solo será cuestión de tiempo.

—Pues, no estoy segura de que Helena ceda tan rápido. ¿Qué tal una apuesta? —propuso con su característico humor.

—¿Eso es un sí? ¿Dejarás en manos de Alex a mi cuñada?

—¡Por supuesto! —respondió con enigma—. Quiero ver los rastros de lucha en el humor de tu amigo, en la mañana. Y quiero algo a cambio, si gano.

—Entonces, es un trato —accedió Henry para cumplir con el arreglo que había hecho con Alex—. Pidamos papel y pluma para que le dejes un mensaje a Helena, y marchémonos. Tengo una buena historia que contarte y muero por ver a mi hijo —susurró, escoltando a Susan a la salida.



—Necesito que me escuches.

«Aquella voz de nuevo, ¿es que no pensaba dejarla en paz?», pensó Helena, maldiciendo su suerte. Sin voltearse a mirarlo, respondió:

—Ya le he dicho que no tengo nada que tratar con usted. Si me disculpa, debo regresar. —Se volvió y chocó con el enorme cuerpo que la ocultaba de las miradas indiscretas y le obstruía el paso—. Por favor, hágase a un lado.

—Lo lamento, pero no puedo hacer lo que me pides, Helena. Al menos, escúchame —pidió imperturbable, sorprendido de que aún no perdiera los nervios.

—No puede obligarme a hacerlo —fue la respuesta de Helena, que se cruzó de brazos.

Alex controló aquella descabellada idea que le rondaba en la cabeza, de alzarla a sus hombros y salir de aquel estúpido baile con ella a cuestas. Sin embargo, tenía un plan y le había prometido a Henry que no armaría un alboroto. Solo le restaba esperar el momento adecuado, aunque desde su perspectiva, veía improbable que pudiera tolerar verla coquetear de nuevo con otro hombre.

Le sostuvo la mirada, intentando descubrir qué pasaba por su mente, pero en ese preciso momento alguien los interrumpió, reclamando su baile.

—Milady, ¿está todo bien? —preguntó una voz rasposa que retumbó en la espalda de Alex.

Helena aprovechó y se escabulló, yendo al encuentro del caballero que, no era otro que lord Aberdeen. Alex no se volvió a observarlos marchar y permaneció de pie, con los puños presionados hasta que sus voces se perdieron con el viento, aunque escuchó el breve intercambio de palabras que tuvieron.

—¿Quién es el caballero? —preguntó el hombre.

—Nadie importante... —fue lo único que dijo Helena.

«Nadie importante...». Así que, para ella, él ya no era importante.

—Paciencia, Alex —dijo para sí—. Tú solito provocaste este desastre, así que ten paciencia.

Con el cuerpo tenso que había sucumbido a la cercanía de la mujer que deseaba, en su mente reavivó nítidamente aquella noche, cuando ella lo visitó, y regresó al salón donde la vio bailando un cotillón con Aberdeen. Se le crisparon los nervios por ver tanta complicidad entre ellos. Apretó los dientes hasta que rechinaron y aguantó la velada, de pie contra la pared y con los brazos cruzados sobre su pecho, mientras la veía reír, bailando y cautivando a los perritos falderos que la asechaban.

—Ya fue suficiente... —masculló para sí y se dirigió a la salida.



Helena se encontraba departiendo con varias damas y la anfitriona, cuando un criado se acercó con una nota que tomó. Al leerla, le susurró algo a Louise que asintió y la acompañó al vestíbulo.

—No puedo creer que Susan haya quedado embarazada de nuevo... —musitó Louise, un tanto consternada porque su realidad que distaba tanto de la de su mejor amiga. Su vida no era para nada lo que aparentaba, pero se esforzaba por guardar las apariencias, por obedecer las normas que obligaban a las mujeres a guardar discreción y tragarse su orgullo.

—Susan siempre fue muy afortunada; nunca siguió ningún tipo de regla y se casó enamorada de un hombre que la venera y la ama con locura —respondió Helena.

—Tienes razón... —suspiró Louise con resignación.

—Lo dices como si tú no corrieras con la misma suerte. ¿No eres feliz, Louise? —indagó Helena, preocupada.

Louise recompuso su habitual sonrisa radiante y contestó:

—Por supuesto que lo soy, pero no he tenido el placer de ser madre...

—Bueno, quizás no sea el momento —la confortó Helena—. Regresa y atiende a tus invitados. Yo esperaré aquí a por el coche —indicó, dejándose llevar por la nota que le dejó su hermana, donde decía que deseaba marcharse y que se encontraba en el carruaje reponiéndose de un malestar.

Louise la abrazó y ordenó a uno de los lacayos a que fueran por el carruaje del marqués de Bristol, mientras el mayordomo le acomodaba su capa.

—Gracias —musitó, cuando el coche se detuvo frente a la residencia y bajó los peldaños cansada de tanto bailar y de sonreír, para olvidar el sabor amargo que le dejó reencontrarse con el marqués de Huntly.

El cochero abrió la puerta y le ofreció su mano para subir, pero cuando se percató de que nadie estaba dentro, se detuvo en seco, recordando la vez que la habían secuestrado con ese insufrible hombre. Sin embargo, no le dio el tiempo para reaccionar, porque unas fuertes manos la sostuvieron del talle y la metieron a la fuerza dentro del vehículo, cerrando de golpe la portezuela.

—¿Pero?! —chilló, mas el inconfundible aroma de aquel hombre, inundó sus fosas nasales y le salió humo por los oídos cuando el muy descarado la sentó en sus piernas, en tanto ordenaba la marcha. Furiosa, forcejó para liberarse de su secuestrador—. ¡Se ha vuelto completamente loco!

—gritó encrespada, como una fiera herida en busca de revancha.

El marqués se quitó el antifaz e hizo lo mismo con Helena, topándose de lleno con su mirada.

—¡Te advertí que, si no accedías por las buenas, tomaría medidas drásticas! —respondió Alex, aferrando el cuerpo de Helena al suyo, que no dejaba de moverse sobre cierta parte de su anatomía—. ¡Y ya deja de moverte si no quieres que terminemos aquí mismo, lo que empezamos aquella noche en tu casa!

De inmediato, Helena se tensó, quedándose quieta.

—Suéltame, Alex —exigió desesperada por las sensaciones que solo ese canalla era capaz de hacerle sentir. Habían pasado más de dos años y nunca, con la cercanía de otro hombre, experimentó lo que sentía con la sola presencia de Alexander Gordon. Y lo odiaba por eso—. Que me secuestres, no cambiará nada entre nosotros.

—Al menos ya me tuteas, ¿por qué eres tan obstinada? ¿Te cuesta tanto escucharme? —habló más calmo, mientras el carruaje andaba a toda velocidad.

Helena apartó la cara y soportó en silencio la respiración de Alex en su garganta y el ardor que le provocaba en todo el cuerpo, sus manos firmes, rodeando su cintura. Y fue peor cuando su captor hundió su nariz en su pelo y aspiró hondo.

Ella tragó con esfuerzo y contuvo la respiración para no delatarse y demostrar cuanto le afectaba su cercanía.

—No sabes cuánto te extrañé, Helena... —susurró sobre su piel.

Ella entrecerró los ojos.

—Pues yo no te eche de menos ni un poco.

—Mientes, solo estás enfadada conmigo.

—Si fuera el caso, me importarías, pero te aseguro que no me afectas ni un poco. —Intentó levantarse, pero Alex se lo impidió—. En algún momento, deberás liberarme. —Se cruzó de brazos.

—En algún momento, deberás escucharme. Tenemos toda la noche para ponernos al corriente...

Alex volvió a hablar tan cerca de su cuello, que la piel se le erizó y prefirió cerrar la boca. Entonces, el coche se detuvo y él le acomodó la gorra de la capa en la cabeza, prácticamente cubriendo su cara.

De inmediato reconoció la calle, estaba a pocas manzanas de la residencia de los marqueses de Bristol, donde se quedaba esa temporada porque su padre no se encontraba en Londres. Pero, ¿por qué estaban allí?

Alex emitió un silbido y la puerta principal de la residencia se abrió. Dominique, el marinero a quien acogió después de salvarle la vida, había esperado toda la noche a por su amo y estaba expectante por conocer a la futura esposa del marqués, pues había oído hablar mucho de ella.

—¿Qué significa esto? —preguntó Helena, mirándolo por primera vez a los ojos—. ¿Dónde estamos?

Alex le tomó de la mano y entrelazó sus dedos enguantados a los suyos, y aunque en principio ella quiso resistirse, al final se rindió y lo siguió cuando tiró con sutileza de su agarre.

—Buenas noches, milord —murmuró el ayuda, mirando con fascinación a Helena. A Dom le resultó una verdadera belleza—. Milady, bienvenida.

Alex le quitó la capa y se la entregó a Dominique. Volvió a coger la mano de Helena y la obligó a avanzar por un amplio y largo pasillo iluminado por velas.

La casa que Atholl había comprado en Grosvenor Square, aún estaba en reformas, pero pronto la tendrían lista y esperaba que esa misma noche definiera su matrimonio para convertir a Helena en dueña y señora de todas sus posesiones.

Sin embargo, tal y como iba su empresa, era consciente de que no sería muy fácil convencerla.

—Pasa, por favor. —Él abrió de par en par la doble puerta de roble que antecedió lo que sería un estudio con biblioteca.

Helena ingresó, recorriendo la mirada por la gigantesca estancia. Las paredes estaban cubiertas de resplandecientes estanterías de madera que se alzaban hasta el techo; sin embargo, algunos anaqueles estaban vacíos. Siguió paseando la vista hasta una chimenea bastante grande, donde el fuego, al parecer, había sido recientemente avivado, lo que le llevó a pensar que Alexander lo tenía todo planeado. Continuó con su inspección, dando con una fila de seis escaparates desprovistos de cortinas, y por cuyos cristales se apreciaba perfectamente la luna en todo su esplendor.

Arqueó una ceja y miró al marqués que estaba con las manos unidas en la espalda, mirándola a ella.

—Sigo sin entender qué significa todo esto... —musitó, caminando con pasos medidos para mantener la distancia de ese hombre. Se detuvo detrás de un chaise de cuero negro, ubicado estratégicamente cerca de la chimenea. Miró con desaire al marqués —. ¿Con qué propósito me has traído aquí?

Desde el momento en que abrió las puertas y la luz de las velas que Dom encendió, anticipándose a su llegada, se derramaron sobre la figura sinuosa de Helena, sintió que ese era su sitio. En su casa y a su lado. Sin embargo, su desdén y desprecio, era algo con lo que debería lidiar.

—Ya te lo he dicho; tenemos que hablar. —Le señaló el chaise para que tomara asiento, y con un gesto aburrido ella accedió.

—Bien, tú ganas —habló, cruzando los brazos sobre el pecho—. Pero una vez que termines, deberás regresarme a casa de Susan. ¿Es un trato?

—Una vez que resolvamos nuestras diferencias, te regresaré a casa de tu hermana —afirmó el marqués.

—Entonces, puedes comenzar, porque tengo mucha prisa por meterme a la cama. Estoy exhausta —dijo Helena con indiferencia y simulando bostezar.

—Estoy seguro de que sí; te has pasado toda la noche bailando y conversando con esos tontorrones que te seguían como perritos falderos... —masculló con el orgullo herido—. Entonces, ¿has olvidado por completo la promesa que me hiciste? —preguntó con la mirada fruncida, y se acercó un poco más—. Dime, Helena: ¿me has olvidado por completo?

Helena ni siquiera lo miró, cuando respondió secamente:

—Sí.

Alex entrecerró más los ojos para tratar de controlar su temperamento.

—Al menos, mírame a la cara cuando me partes el alma en dos —habló colérico, presionando los puños a los lados.

Entonces, la risa sardónica de Helena retumbó en el espacio.

—No me hagas reír, Alex. —Se puso de pie y lo miró de frente—. No tienes cara para hacerte el ofendido por algo que tú mismo provocaste. ¿Qué quieres? —increpó—. No puedes marcharte por tanto tiempo, sin darme una sola explicación, para luego regresar e irrumpir en mi pacífica y perfecta vida. ¡¿Quién te crees?! —bramó frenética, mientras su respiración se alteraba—. No eres nadie. Y tampoco me importas. Así que, deja que me marche y haz de cuenta que no existo, tal y como lo hiciste durante todo este tiempo. —Helena intentó pasar por su lado para marcharse, pero él se lo impidió—. Ya... deja que me marche —con la voz tiritando y a punto de perder los estribos, prácticamente se lo suplicó.

—Lo lamento, Helena. Yo no quise marcharme de esa manera, pero no tuve opción.

Helena se paró frente a él y vehemente, preguntó:

—¿Te obligaron a irte? ¿Te amenazaron para que te alejaras de mí? —interrogó, aferrada a la esperanza de que así fuera, pero él negó, apartando la mirada, y ella sonrió, afirmando con la cabeza—. Entonces, tú y yo no tenemos nada que decirnos...

—Te suplico que me des la posibilidad de explicarme. ¡Por un demonio! —bramó, fuera de sí—. Yo no busqué nada de lo que encontré cuando te conocí. —La tomó por los hombros y la miró con fijeza a los ojos—. Mi despreocupada y perfecta vida se volvió un caos cuando entraste tú en ella. Huía de todo lo que representaba una jovencita como tú, jamás supe lo que es el amor, Helena. Nadie me amó, nadie me quiso nunca y yo... me abrumé cuando descubrí lo que sentía por ti —confesó atormentado—. Intenté alejarme, pero cuando tuve la oportunidad de hacerlo,

hice todo lo contrario y me aferré más a ti.

—Yo si te quería, Alex... —musitó Helena con lágrimas en los ojos—. Iba a decírtelo, aunque estoy segura de que ya lo intuías. Pero te fuiste sin despedirte. Pensé que éramos amigos, que yo significaba algo más para ti. Por poco... —Ella cerró los ojos y negó con la cabeza—. Estuve a punto de cometer la peor estupidez de mi vida porque confiaba en ti, cuando tú ya sabías que te irías. Si Celia no hubiera llegado...

—No, Helena. —Alex se apresuró en defenderse—. Yo no sabía que iba a marcharme, lo juro. Pero lo hice precisamente porque quería un futuro contigo.

—Eso no explica por qué te fuiste sin despedirte, sin decirme cuánto tardarías, sin mirarme a la cara y explicar los motivos. ¿Sabes todo lo que pensé cuando te largaste? ¿Lo sabes? —Le preguntó con el alma rota—. Pensé que había sido una completa ilusa, una niña que en tan pocos días se enamoró de un truhan como tú. Que cometí el mismo error que con Thomas, y que te aprovechaste de mi inocente enamoramiento. Pero ¿sabes cuál fue la diferencia entre Thomas y tú, Alex? Que al menos, él nunca alimentó mis ilusiones ni se aprovechó de mí. En cambio tú... —Negó con la cabeza y apartó la mirada—. Me ha costado horrores hacerme a la idea de que nunca regresarías, y que aquella tonta promesa fue un juego para ti. Así que, te exijo que te alejes, porque no permitiré que vuelvas a perturbar mi vida, cuando ya tengo mi futuro planeado.

Aquellas palabras, fueron como una tormenta que agitó algo más que su corazón. Su acusación... sus ganas de deshacerse de él, lo llevó al límite de su tolerancia.

Rechinó los dientes, irritado con ella, con su padre y con el maldito destino que estaba siendo injusto una vez más. Había intentado hacer lo correcto, seguir las reglas de su padre y adaptarse a los preceptos de su maldita familia, con el solo propósito de ser digno de ella; había intentado mantener su promesa y regresar para hacerla suya como era debido, pero ella se negaba a comprenderlo.

—Pues ve haciéndote a la idea de que todo lo que llevas planeado, me incluya a mí, porque te casarás conmigo —advirtió, acercando su rostro al suyo—. Me marché porque tu padre me pidió que lo hiciera, porque pedí tu mano y me impuso varias condiciones que solo me dediqué a cumplir, con el único propósito de ser digno de ti; y sí, tienes razón en reprocharme un par de cosas, Helena, pero todo lo hice pensando en estar contigo. En cambio, tú, ¿tú qué?! —mascullo sobre su boca, casi rozándole los labios—. Tú te divertías, coqueteabas con otros hombres, te olvidabas de mí sin siquiera darme el beneficio de la duda... ¿planeando un futuro? —cuestionó como si ella se hubiera vuelto loca—. ¿Todavía te parece que me aproveché de ti? O ¿fue tu familia la que lo hizo conmigo?

—No culpes a mi padre por tus decisiones, Alex. ¿Él te obligó a no despedirte? ¿A no explicarme que harías un largo viaje? —preguntó desconcertada. No estaba al tanto de que Alex había pedido su mano, mucho menos que su padre le impuso hacer ese viaje para aceptar su petición, y sin embargo, ¿por qué no se lo dijo?

—No lo hizo.

—Entonces, ¿cuál es tu excusa?

—Te dejé una nota, Helena.

—¿Una nota? —indagó ella, apartándose de él. Caminó hasta la chimenea y se abrazó. De repente sentía frío al recordar todas las noches que lloró por ser una completa tonta, esperando por él—. ¿Sabes? —Se volvió y en la distancia observó el semblante de Alex, lleno de angustia, pavor e incertidumbre—. También existió una diferencia abismal entre Thomas y tú —sonrió con tristeza—. A él nunca lo quise como una mujer quiere a un hombre. Sin embargo, a ti... te metiste aquí, muy dentro Alex —colocó su palma sobre su pecho—. Si me hubieras dicho la verdad desde un principio, yo te habría esperado todo el tiempo necesario.

—No pude despedirme porque no quería lastimarnos. —Se excusó, con los brazos rendidos a los costados de su cuerpo—. Entiéndeme, no supe cómo manejar la situación porque tenía miedo... era la primera vez que sentía algo parecido.

—Pensaste solo en tus sentimientos, y te olvidaste de los míos. —Helena aspiró hondo antes de seguir hablando. Necesitaba largarse de allí o el enfado se le pasaría fácilmente con lo que acababa de descubrir. Tenía que pensar, tenía que hablar con su padre, con su madre y pedirles una explicación. De pronto, se le ocurrió una idea—. Hablaré con mi padre para que te compense por todo lo que has tenido que pasar en ese viaje. Estoy segura de que mi dote será más que suficiente. Y si ya no tienes más nada que decir, te suplico que te apartes y me dejes marchar.

CAPÍTULO 17



—¿Pero qué demonios estás diciendo?! —La expresión de Alex, que ya había pasado por todos sus estados emocionales en compañía de Helena, era de una horrorizada sorpresa—. ¿Piensas que el dinero es compensación suficiente? No fui hasta el fin del mundo, donde el diablo perdió sus cuernos, solo por dinero —chilló histérico.

Helena presionó los labios y arqueó una ceja, mirándolo desafiante.

—Entonces, ¿qué quiere su señoría? —riñó, cansada de seguir soportando aquella discusión en la que nunca se pondrían de acuerdo. Ella necesitaba pensar en muchas cosas, en toda la información que Alex le acababa de revelar. Por eso propuso lo del pago con su dote, para ganar tiempo y alejarse de él, al menos esa noche.

Pensó que se ofendería y la echaría a patadas de su casa, y sin embargo, estaba intentando negociar con ella, lo cual, intuía no era una muy buena idea viniendo precisamente de él.

—Pues, para empezar, quiero un beso —dijo Alex, como si nada. Ya se había dado cuenta que sería en vano hacerle cambiar de opinión... conversando. Por lo que intentaría de otra manera.

—Estás loco si piensas que volveré a caer en ese tonto juego, como hace años —avisó ella.

—Entonces, todavía sientes algo por mí y es mentira que me has olvidado... —concluyó con suficiencia, ladeando su rostro y curvando sus labios en una sonrisa demasiado sinuosa.

—¡Por supuesto que no! —refutó, roja como el carmesí.

—Tienes miedo —la provocó—. Tienes miedo de que se caiga tu mentira, pequeña.

—¡No me llames de esa manera!

—Entonces, dame un beso —insistió, viendo la duda en los ojos de Helena y aprovechó para seguir presionándola—. Bésame, y te dejaré marchar.

—¿Lo prometes? —indagó desconfiada, con el ceño fruncido.

—Lo prometo —dijo Alex, levantando la mano, en tanto una sonrisa cínica se dibujaba en su rostro.

Helena buscó en su mirada el atisbo de su mentira; era muy peligroso dejarse llevar por las propuestas de un hombre como Alex. Sin embargo, solo se encontró con unos ojos ansiosos que la escrutaban con necesidad. Se armó de valor, se puso de puntillas y le propinó un rápido beso en la mejilla.

—Listo. Ahora, déjame ir —pidió, intentando nuevamente pasar por su lado para llegar hasta la puerta, pero él, otra vez la detuvo, acercándola con firmeza a su duro cuerpo.

Sin decir nada, con su otra mano acunó su mejilla con suavidad. Helena refrenó la turbación que le provocó esa caricia antes de que fuese demasiado evidente que aún le afectaba, pero fue demasiado tarde. Los ojos de Alex se concentraron en sus labios y despacio fue bajando la cabeza.

—Ese, no es el tipo de beso que merece alguien como yo... — Su mirada se tornó más penetrante y sus músculos se tensaron al tenerla tan cerca, con sus bocas a centímetros de distancia—. No he hecho tanto por un beso tan simple, Helena.

La voz de Alex se escuchaba ronca, como aquella noche que la tumbó en su cama, y en la cabeza de Helena repicaron campanas de alarma que resonaban más y más fuerte. Tenía que salir de allí, debía huir de ese hombre que, ni siquiera la había besado, pero ya la estaba desarmando por dentro. La fuerza de su mirada que la traspasaba y la calidez de sus manos que ahora asían su cintura, eran una tortura para ella.

—Debiste dejar en claro a qué tipo de beso te referías, pero no lo hiciste. Por lo tanto, he hecho lo que me has pedido y espero que tú también cumplas con tu parte del trato... —musitó con la boca seca y el corazón galopando en su pecho—. Suéltame, Alex. Deja que me marche...

—No. —Alex hizo una mueca.

—¿Cómo que no?! —protestó, al tiempo que una tensión muy distinta a la que sintió momentos antes, se apoderó de ella; algo muy parecido al pánico. Sí, sentía pavor.

—Cambié de idea —aclaró el marqués—. Quiero que te quedes conmigo toda la noche. Me lo merezco, después de todas las molestias que me he tomado para casarme contigo.

Helena trató de empujar a Alex, pero él, sin mucho esfuerzo, la levantó y cargó a sus hombros.

—Pero ¿qué haces! ¡Bájame, Alex! ¡Déjame ir! —gritó, presa del pánico, preguntándose qué idea descabellada rondaba por la cabeza de ese hombre insufrible.

—¿Se acabaron los juegos, Helena! —bramó, abriendo la puerta y andando con ella a cuestas por el largo pasillo.

—¿Estás loco! ¡Mi padre te matará, mi hermano vendrá a por mí cuando sepa que no estoy en casa de Susan! —advirtió vanamente, en tanto el marqués subía a zancadas las escaleras.

—Pues por mí, ¡que venga el ejército de la corona! Me ahorraré todo el estúpido protocolo si te encuentran aquí —replicó.

Helena entendió perfectamente lo que quiso decir. Si alguien se enteraba que había pasado toda la noche bajo el mismo techo que él, no tendrían más remedio que casarse. Sin embargo, no fue consciente de que corría un peligro inminente, hasta que sus pies tocaron la alfombra y sus ojos se encontraron con la enorme cama con dosel.

—¿Qué piensas hacerme? —preguntó con los ojos abiertos como platos.

Alex aseguró la puerta y guardó la llave en el interior de su chaqueta.

—En principio, solo había querido conversar, pero ahora tengo otras cosas más en mente... —arqueó una ceja, mientras se despojaba de la levita y comenzaba a desanudar la corbata.

—¿Qué estás haciendo? —lo observó horrorizada cuando desabotonó el chaleco y lanzaba todas sus prendas a un sillón, dispuesto cerca de una chimenea.

—Me estoy alistando para dormir —contestó, como si fuera lo más evidente—. ¿Tú dormirás así? —recorrió con la mirada su vestido—. Será muy incómodo...

Sus dedos ya iban desprendiendo la camisa, cuando Helena buscó una rápida solución para salir de allí.

—Alex, esto no es un juego —habló, aparentando calma.

—Ya lo sé —replicó él, como si fuera lo más evidente—. Al menos para mí, siempre fue real, o no hubiera puesto en peligro mi pellejo solo para casarme contigo...

—Entonces, hablemos. —Helena cambió de estrategia—. Pero, déjate la camisa puesta —pidió suplicante, abochornada mientras sus mejillas le ardían.

—Es lo que traté de hacer desde un principio, pero tú no has querido escucharme, y ahora estoy cansado... —contestó como si nada, despojándose de la camisa y quedando con el torso desnudo—. Además, no es la primera vez que me ves así.

—¡Dime qué quieres, pues! —chilló Helena, presionando los puños por la frustración.

—Quería un beso; con eso se habría resuelto, de momento, nuestro pequeño conflicto, pero lo has complicado todo y la verdad, ahora solo me apetece dormir.

Deshaciéndose de sus zapatos y calcetines, caminó hacia la cama y apartó las sábanas. Se acomodó, con los brazos debajo de la cabeza, tensando sus músculos, en tanto su largo cuerpo se extendía sobre el colchón. Miró a Helena que seguía paralizada en un rincón de la alcoba.

—Acuéstate a mi lado, hablemos un momento y después, ordenaré que te escolten a casa —habló con tanta naturalidad, que no parecía que hace momentos perdió por completo los nervios.

—Mientes —contestó Helena, que caminó hasta el sillón donde Alex dejó sus prendas. Las tiró todas al suelo y se sentó allí—. Cuando lo haga, me pedirás otra cosa y no me dejarás ir. Así que, prefiero esperar sentada a que vengan a por mí.

—Como desees, pero si te encuentran aquí, ya sabes lo que ocurrirá. —Alex bostezó y se acomodó de lado para dormir—. Buenas noches.

Por casi una hora, Helena permaneció en silencio, observando la espalda ancha de Alex que parecía haberse dormido. El fuego del hogar se apagó y comenzó a sentir frío.

Mientras lo escrutaba, evocó cada una de sus palabras y se sintió en una encrucijada, donde su orgullo, su corazón y la razón, se enfrentaban entre sí. No podía creer que todo ese tiempo estuvo lejos por un acuerdo con su padre, para que el susodicho le concediese su mano. ¿Por qué no se lo dijo? ¿Por qué nadie le dijo nada?

Si era verdad, se había tomado demasiadas molestias, tal y como se lo restregó en la cara. Entonces, eso solo podía significar que él siempre pensó en ella como algo más que una simple amiga, como algo más que un juego con una niña impresionable. Sin embargo, su orgullo no dejaba de encontrarle peros a sus explicaciones. Se había marchado por casi tres años sin despedirse, más que con una estúpida nota que no decía mucho. ¿Qué esperaba que pensara?

Además, le costó horrores dejar de torturarse con aquella pregunta que hasta el día la atormentaba. Aquella noche, cuando fue a su habitación... estaba segura de que Alex no se hubiera detenido de no ser por Celia. ¿Qué habría pasado entonces? ¿Se hubiese marchado de todos modos?

Suspiró y negó con la cabeza. Ya no tenía sentido darle vueltas al asunto. Lo que ocurrió, ya no podía borrarse y ella lo había descartado de sus planes hace tiempo. No quería volver a sufrir, y un hombre tan inestable como Alex solo le acarrearía sufrimiento. Sin embargo, con solo verlo,

aquella seguridad de que ya no le provocaba nada, desapareció como polvo al viento, porque seguía causándole las mismas sensaciones que cuando se marchó.

Aun así, no quería arriesgarse y sabía que debía marcharse antes del amanecer, porque ese insufrible marqués solo estaba buscando la excusa perfecta para atraparla, sin la necesidad de tomarse demasiadas molestias para resolver los malos entendidos. Y ese gusto, no se lo daría.

Además, era consciente de que, aunque escapara de la habitación, el perro guardián que le había abierto la puerta no la dejaría ir sin que Alex lo supiera, por lo que, lo más sensato era convencerlo de que la devolviera a su casa él mismo.

Se armó de valor y caminó hasta la cama. Su mano tembló cuando tocó su hombro desnudo y lo movió despacio.

—Alex, necesito que me lleves a casa... —susurró sin éxito y lo sacudió un poco más—. Alex, despierta... —insistió, agachando la cabeza para observarlo.

Alex se volteó, quedando boca arriba, pero no despertó. Completamente obnubilada, ella no pudo evitar recorrer con la mirada su rostro de ángel. Su dedo se deslizó desde la cima de la nariz hasta la punta. Sin embargo, fue un grandísimo error, porque él apresó su muñeca y la tumbó en la cama, tal y como lo había hecho en su casa.

—¡Sigues siendo un maldito embustero, Alex!

—Y tú una chiquilla ingenua. —Apretó los labios y arrugó el ceño, pensando en todas las trampas que los libertinos le habrían puesto con demasiada facilidad—. No puedes confiarte demasiado con los hombres, Helena. No quiero ni imaginar en lo que... —Calló—. ¿Siempre crees en todo lo que los caballeros te dicen? —increpó furioso, sujetando sus muñecas sobre la cabeza y subiendo encima de su cuerpo.

—Siempre creo lo que tú me dices, y ese es mi mayor error —replicó ella, forcejeando para que la soltara—. Necesito que me lleves a casa —insistió, tratando de razonar con él—. No puedes seguir con este juego...

—Y yo, necesito besarte... —murmuró sobre su boca—. Ha pasado demasiado tiempo, Helena, y yo... ya no puedo más. —Despacio, bajó la cabeza y le rozó los labios, acariciándolos con suavidad, como si estuviera cotejando la obstinación de la joven, antes de apropiarse por completo de su boca.

Helena sintió ese beso en todos los poros de su cuerpo, mientras una complaciente tibieza le colmó el corazón. Y no pudo resistirse, no quería oponerse a él, había esperado demasiado como para seguir dilatando aquel momento. Su respiración se aceleró y tembló al sentir cómo esos húmedos labios se movían con cautela sobre los suyos.

Alex era muy consciente de sus acciones y sabía que, en la intimidad de su solitaria habitación, Helena claudicaría entre sus brazos. Y, de hecho, no puso objeciones a su beso. Entonces, comenzó a mover su boca, saboreando esos sensuales labios antes de ejercer presión

sobre ellos y separarlos. Ella respondió con roces torpes e inexpertos, pero con una indefectible determinación de entregarse a esas caricias.

El sabor de Helena lo estaba volviendo loco. Había soñado con ese momento por tanto tiempo, que se preguntaba si era real, si su presencia en su alcoba, tumbada en su cama y a su merced, no era producto de su imaginación que derivaba de su desesperado anhelo. Entonces, ella jadeó y Alex ladeó la cabeza para profundizar el beso, arremetiendo con su lengua en la dulce cavidad de la joven, deseando más... mucho más para saciar el deseo que llevaba reprimiendo por casi tres años.

Todos sus músculos clamaban por hacerla suya, por desflorarla pétalo a pétalo como había imaginado cuando la tuvo en su cama la primera vez, y con cada segundo que pasaba, con cada roce de sus bocas, ese deseo y ganas de apropiarse de su inocencia, de corromperla a su gusto y placer, aumentaba.

Preso de una avidez casi irrefrenable, comenzó a bajarle las mangas abullonadas del vestido, besando cada hombro lechoso a su paso, absorbiendo el aroma a lavanda de su piel sedosa, jadeando, murmurando todo cuanto se había guardado por ese largo tiempo. Como todo un experto en las artes amatorias, desprendió los botones y se deshizo de las cintas que ajustaban la prenda a su cuerpo, sin dejar de besarla, aflojando el corsé y deshaciéndose en un santiamén de toda la tela que lo estorbaba; en unos minutos, la moqueta que cubría todo el piso de madera del dormitorio, estaba cubierta por ropas que volaron desde el lecho.

Helena yacía desnuda en su cama, y juraba que, en toda su miserable existencia, jamás había presenciado algo más erótico y sensual de lo que estaba presenciando. Su cuerpo lánguido y perfecto, con el semblante turbado por el deseo, con sus pechos subiendo y bajando por la respiración errática, se extendía de un modo apasionante entre las sábanas de la enorme cama.

Solo le faltaba la guinda al pastel, y antes de quitarse los pantalones, volvió a tumbarse sobre su cuerpo y la besó despacio, mientras sus dedos despojaban a sus cabellos de aquellas innecesarias horquillas.

—Exquisita... —murmuró, poniéndose de pie y observando fascinado a la dulce ninfa que aguardaba a por él, mientras se deshacía de sus pantalones.

En tanto Alex se terminaba de desnudar, Helena lo contempló maravillada y excitada. Su rostro de ángel se había tensado cuando la recorrió de pies a cabeza, y sus ojos azules se entrecerraron, escrutándola como si quisiera devorarla. Estaba turbado y hechizado, admirándola igual que ella lo hacía con él. Era un hombre magnífico, de hombros anchos, cintura estrecha y unas piernas largas y esculpidas. A sus ojos, Alex era la personificación misma de un adonis griego, hecho para quitarle el aliento a quien tuviera a su paso.

Las rodillas masculinas se hundieron sobre el colchón y gateó hasta situarse al lado de ella. Alex alzó las manos para cubrir casi con adoración su mejilla teñida en un exultante carmesí, y deslizó sus dedos hasta su boca. Sus dedos acariciaron el labio inferior, y se deslizó tenso por la garganta, hasta la comisura de los senos con pezones erguidos. Todo, sin que apartara su mirada de los ojos de Helena, cuya respiración se aceleraba un poco más con cada caricia.

Helena cerró los párpados y tragó saliva. Su boca estaba seca, y su corazón retumbaba en su pecho amenazando con explotar.

Alex siguió deslizando sus dedos hasta su ombligo, y un poco más, hasta el triángulo de rizos rubios que cubría su casta intimidad. Entonces, inclinó la cabeza para buscar sus labios y se apoderó de ellos con un beso lento y abrasador, mientras sus dedos hurgaban entre los pliegues de su humedad.

Helena gimió, pasmada y aprisionada en una oleada de estimulante deleite.

Alex localizó su cálida humedad y ahondó el beso, recorriendo su cavidad atrevidamente con la lengua, mientras uno de sus dedos se hundía despacio en su estreches, constatando que su mujer ardía, en tanto se arqueaba y gemía.

—Alex... —murmuró con sus sentidos aniquilados por el placer que experimentaba. Le resultaba imposible razonar.

Él movía en suave vaivén su tacto, sin dejar de apoderarse de su boca, arremetiendo en ella con su lengua, succionando cada labio con violencia, mientras aumentaba el movimiento de su dedo.

Abrumada e inmersa en un caos de sensaciones desconocidas hasta ese momento, Helena movía las caderas por instinto, como si buscara la liberación de aquella exquisita tortura a la que la estaba sometiendo. De repente, todo se volvió brumoso y un remolido de calor se apoderó de todos sus músculos. Entonces, jadeó fuerte y tembló, sucumbiendo al calor del deseo.

Alex sintió cómo la intimidad de Helena se contraía alrededor de su tacto y la dejó de torturar. Se estaba por volver loco, pero una idea descabellada pasó por su mente. No la tomaría en ese momento, no la haría suya antes de que ella accediera a ser su esposa.

Como un delincuente condenado a la horca, la contempló con adoración. Estaba duro como el acero, sufriendo como un condenado al no poder liberarse de aquella frustración. Sin embargo, y sin importar que tuviera la oportunidad perfecta para hacer realidad todas sus fantasías, se resistió. Helena aun era inexperta, y quería hacerla suya por completo, involucrando algo mucho más profundo que solo el deseo.

Le costó horrores contenerse y esperar a que ella recobrara el sentido común y tomara conciencia de la situación en la que se encontraban. Se sentía un tonto por dejarla escapar, pero no iba a aprovecharse de su vulnerabilidad. Anhelaba que, la mujer que pretendía como compañera de vida, se entregara en cuerpo y alma, de propia voluntad.

Él esperaría. Aguardaría a que la propia Helena admitiese que lo deseaba, pero que, sobre todo, lo amaba. Y entonces... que el cielo la amparase porque tuvo demasiado tiempo para recrear en su mente, todas las maneras en las que deseaba hacerla suya.

Helena se recuperó poco a poco de aquella embriaguez de la que fue presa a causa de lo que sea le había hecho Alex, sin embargo, sabía que todavía quedaba mucho más por experimentar, y había esperado ansiosa a que él la siguiera instruyendo. No obstante, él se detuvo, dejándola

consternada.

Abrió los ojos y clavó su mirada en él.

—¿Por qué, Alex? —preguntó desconcertada, todavía presa del hechizo del deseo que aún palpitaba en todo su cuerpo—. ¿Por qué te detuviste?

—Porque no eres consciente de lo que estamos haciendo, y al contrario de lo que piensas, no soy un aprovechado.

Helena resopló con frustración y se sintió muy avergonzada. Estaba desnuda en su cama, y esperando a por él. Pero el muy... ¡Ah! Después de lo que le acababa de hacer, ¿le decía que no era consciente de sus actos y que él no se aprovecharía?

La estaba haciendo quedar como una ofrecida.

¡Estaba loco!

—Cuando te cases conmigo, terminaremos lo que hemos comenzado —agregó, acariciando sus cabellos.

—Pues esperarás sentado, porque no me casaré contigo —respondió furiosa consigo misma por sucumbir ante él. Se sentía total y completamente humillada.

¿Por qué siempre era tan débil cuando se trataba de Alex? ¡Por qué!

—Como digas —habló, apartándose de encima. La ayudó a incorporarse y a vestirse con lo que pudo, y aunque ella lo estuviera asesinando con la mirada, lo dejó, pues era imposible que pudiera hacerlo sola.

Trató de arreglar un poco su vestido y su cabello enmarañado, aunque fue inútil.

—Vamos, te llevaré a casa.

CAPÍTULO 18



Las pocas calles que recorrió el carruaje, el espacio que los envolvía se volvió muy denso. Alex no dejaba de mirarla y ella huía de su escrutinio por la vergüenza que sentía.

—Mañana hablaré con tu padre. —Alex rompió el tenso silencio, ganándose una mirada de incredulidad.

—¿Y qué se supone que le dirás? ¿Qué me mantuviste en cautiverio toda la madrugada? —cuestionó con sorna.

—Entre otras cosas —afirmó, encogiéndose de hombros—. Tenemos que formalizar nuestro compromiso.

—Mi padre está fuera de la ciudad. Así que, tus intenciones de cazarme, deberán esperar —murmuró por respuesta, solo para molestarlo—. Nuestra vida será un infierno si me obligas a casarme contigo. Te lo advierto.

—Pues, hace unos momentos, en mi habitación y, concretamente en mi cama, no me pareció que fuese de ese modo. Todo lo contrario... —sonrió con perversidad.

—¡Eres imposible! —gruñó Helena—. No puedes aparecer de la nada y pretender que olvide que desapareciste por tanto tiempo. El primero que rompió la promesa, fuiste tú. Prometiste que llegarías en el tiempo justo, y mentiste —lo acusó.

—Y tú eres una tozuda caprichosa que parece no comprender la gravedad de la situación —frunció el ceño—. No me marché porque quise, me fui porque tenía que luchar por un futuro a tu lado, y no me despedí porque tenía miedo de no poder separarme de ti —confesó con seriedad—. Y si no me marchaba, tu padre jamás hubiera permitido que me case contigo. ¿Es tan difícil de comprenderme?

—Lo difícil de entender es por qué no me enviaste cartas, ¡porque desapareciste!

—¡Porque no pude hacerlo! —entrecerró los ojos y resopló—. Sé que me equivoqué, lo siento, lo lamento. Pero todo lo hice para ser digno de ti.

—Pues esa explicación tan plana, no borrará toda la angustia y el mal sabor que me dejó tu partida. —El coche se detuvo y la puerta se abrió—. Tampoco me devolverán las noches en vela que pasé preocupada por ti, ni la horrible sensación de haber sido solo un pasatiempo. Así que, si quieres casarte conmigo, ve pensando en una mejor manera de conseguir que te perdone. ¡Adiós! —bramó, apeándose del carruaje, sin darle tiempo a que le contestara.



Convenientemente, el mayordomo de su hermana estaba en la puerta, haciendo guardia y ¿esperándola?

—Bienvenida, milady —saludó con unas ojeras y reprimiendo un bostezo—. Despertaré a Fanny para ayudarla a... —Los ojos de Leslie, el mayordomo, se abrieron como platos al escrutarla tan escandalosamente desaliñada—... cambiarse para ir a la cama...

—¿Por qué me está esperando, Leslie? De casualidad, ¿los marqueses le han dado esa orden?

—En efecto, milady —contestó como si fuera lo más evidente.

—Puede retirarse, y no hace falta que llame ni despierte a nadie —ordenó, sintiéndose horriblemente traicionada.

En la mañana se veía fatal, con unas terribles ojeras por no haber podido pegar el ojo a causa de toda la situación que, por evidentes razones, la perturbaba. Ataviada con un precioso traje de montar de terciopelo, escribió una rápida nota y le pidió a Leslie que la enviara con un mensajero, en tanto bebía café para seguir despierta y en sus cinco sentidos. Necesitaba pensar, planear y atacar. No le pondría muy fáciles las cosas a ese insufrible marqués.

En ese instante, su hermana apareció en el comedor junto con su marido, que cargaba a su heredero en brazos. George, estaba a punto de cumplir el año.

—Buenos días, Lena —saludó Susan con cautela, escrutando el terrible semblante de su hermana menor—. Luces fatal...

—Buenos días Susan, y gracias —sonrió forzosamente y miró al pequeño George, que balbuceó en cuanto la vio.

—Buenos días, Helena —habló su cuñado, a la espera del ataque de Helena por haber sido cómplice de Alex—. ¿Has descansado bien? —preguntó, en tanto Helena se ponía de pie y cargaba a su sobrino consentido.

—Ven aquí, mi precioso Georgi —dijo ella, ignorando a su cuñado—. Ahora, mi pequeño travieso, eres mi único aliado. Tus padres son unos horribles anfitriones, sin mencionar que son unos traidores. Solo en ti puedo confiar, mi Georgi... —habló fuerte y claro con el niño que reía en sus brazos.

Henry y Susan se miraron y tuvieron el acierto de no preguntar. Tomaron asiento, a la espera del desayuno. Cuando la nana del pequeño vino a por él, Helena volvió a ocupar su silla y continuó bebiendo su café.

—¿Estás bien? —increpó Susan, incapaz de seguir escondiendo su curiosidad.

—Perfectamente. O ¿hay algún motivo para que no lo esté?

—Ninguno, pero tú no bebes café y esas ojeras... ¿acaso no has podido dormir?

—¡Oh! El café no sabe tan mal y, en cuanto a mi aspecto, se resuelve con un poco de maquillaje —dijo como si nada.

Susan y Henry se volvieron a mirar, cuando Leslie anunció la llegada de visitas.

—El conde de Aberdeen y el marqués de Huntly se encuentran en el vestíbulo, milord —anunció con su habitual semblante sereno.

Helena se incorporó, dejando la servilleta sobre la mesa.

—Dígale a lord Aberdeen que en unos minutos me reúno con él, Leslie —pidió ella, con una sonrisa de satisfacción, mientras se retiraba del comedor.

—Y al marqués, dígame que pase —habló Henry, consternado. El mayordomo se retiró y él miró a su esposa, que lo observaba complacida—. Todavía no te sientas victoriosa, cariño. Esperemos las novedades de Alex.

—No necesito escuchar de su boca que Helena lo rechazó —contestó más animada, engullendo su desayuno con ganas. El embarazo la ponía famélica—. Iré pensando en mi premio.

—No tienes remedio. —Henry negó con la cabeza, cuando el marqués de Huntly ingresó al comedor.

—Buenos días —saludó, con el ceño fruncido y tenso como una vara.

Iba con pantalones y botas negras, y una chaqueta de montar beige.

—Buenos días, lord Huntly. ¿Cómo pasó la noche? —contestó Susan que hizo caso omiso a la mirada de advertencia que le lanzó su esposo.

—No tan bien como usted, supongo.

—Buenos días, Alex. Toma asiento —ofreció Henry, en tanto la servidumbre se acercaba para servirle el desayuno—. ¿Tienes novedades?

—¿Qué demonios hace ese hombre aquí y tan temprano? —les increpó a ambos, sin esconder su desagrado.

—Vino a por Helena; tengo entendido que, precisamente antes de que usted hiciera su reaparición fantasmal, mi hermana aceptó un cortejo formal —informó Susan con una mueca de resignación.

—Tranquilo, Alex; sabes que su padre tiene un acuerdo contigo. Que la frecuenten, no cambia ese hecho. —Henry intentó darle ánimos y apagar el incendio que su esposa acababa de iniciar.

—Pues entonces, que lord Huntly se case con mi padre, porque tengo entendido que a Helena no le ha dicho nada en cuanto se marchó —siguió atacando Susan.

Alexander bufó y respiró hondo para no perder los estribos, quitándose los guantes para beber un poco de té. El sorbo que se llevó a la boca, casi lo atora cuando vio a Helena, vestida con un elegante traje de montar del mismo color que sus ojos, y con el semblante tranquilo, sin rastros de no haber dormido.

—Buenos días, lord Huntly —saludó sin mirarlo—. Susan, Fanny está jugando con Georgi, por lo que Louise me acompañará junto a lord Aberdeen. No me esperen a comer —dio media vuelta y caminó hacia el vestíbulo.

Alex se levantó y la siguió, deteniéndola antes de que llegase junto al conde.

—¿Qué pretendes? —cuestionó, con el rostro desencajado. Helena miró su agarre y él la soltó—. No puedes salir con ese hombre, ¿y con ropa de montar? ¿Desde cuándo montas?

—Y, ¿cómo por qué no podría?

—Porque eres mi prometida, y porque anoche...

Helena bufó.

—Pues a mí no me han informado nada sobre ese asunto, y mientras tanto, saldré con quien me apetezca. Y en relación al asunto de anoche, no soy tan ingenua y sé perfectamente que no ha ocurrido nada que lamentar. Si me disculpas —realizó una leve venia y fue al vestíbulo a reunirse con el conde.

Mascullando un juramento y rechinando sus dientes, Alex la vio marcharse del brazo de ese hombre. Giró sobre sus pies y regresó al comedor.

—¿Desde cuándo monta? —indagó, volviendo a tomar asiento en su sitio.

—Desde que te marchaste —contestó Henry.

—Su empresa tuvo éxito —intervino Susan—. La ayudó a perder su miedo, para que otros caballeros puedan disfrutar de su compañía en ese tipo de paseos —ironizó.

—¿Puedes controlar a tu esposa? —Alex arrugó el ceño y se terminó su té.

—Si pudiera... —musitó Henry con resignación.

—Ni mi padre, ni mi madre, ni mi marido pueden reprimir mi naturaleza, lord Huntly —advirtió con diversión—. Pero, hay una persona que sí podría, por lo que le aconsejo que acuda a él; tiene la misma influencia sobre Helena.

—¿Está tratando de ayudarme? —Alex arqueó una ceja con incredulidad.

—Me importa mucho la felicidad de mi hermana, y sé que ese pelmazo de lord Aberdeen no es la persona adecuada para alguien como Helena. ¡Caminaría sobre su espalda en la más mínima oportunidad! —exclamó, como si fuese una catástrofe y Alex recordó que Henry le había dicho las mismas palabras hace tres años.

—Entonces, ¿me considera un hombre adecuado para su hermana? —insistió, buscando más aliados para su propósito.

—Tiene muchos puntos a su favor; el hecho de que mi padre lo escogiera para Helena, ya dice mucho de usted. Y que consiguiera hacerla entrar en razón sobre una posible relación con Thomas, lo convirtió en la única persona capaz de hacerla cambiar de opinión. Por lo que le aconsejo siga esa misma línea y acuda a la persona correcta para que su conquista sea un éxito rotundo.

Alex miró a Henry y éste afirmó con la cabeza.

—Susan tiene razón, no caigas en la desesperación o mi cuñada se aprovechará y te volverá loco —lo previno—. Está molesta solo porque le importas, Alex.

—Tenga un poco de paciencia, y cuando se acostumbre a su presencia, se habrá olvidado del pasado —agregó Susan.

—Agradezco vuestros consejos, y prometo que trataré de no cometer más errores, aunque... —suspiró, volviendo la cabeza hacia donde Helena se marchó.



En el Fortune, Alexander observó como el sujeto enmascarado hacía volar un naipe sobre el tapete verde que cubría la mesa de juego, y caía boca arriba, decretando su inminente victoria. Un silencio peligroso cubrió el sitio, hasta que el hombre de ojos fríos y penetrantes, habló:

—Mañana mi asistente se reunirá con usted para cobrar su deuda. —Se puso de pie y caminó hacia la salida trasera del club.

Alex lo siguió, y lo vio subir las escaleras con pereza. En cuanto giró por el pasillo de la segunda planta del edificio, lo perdió de vista. Sin embargo, cuando dio dos pasos, la imponente figura salió de la nada y lo apresó contra la pared, con una daga en su garganta.

—¡Por Dios, pequeño Demonio! ¡Soy yo! —bramó, permaneciendo quieto para que el filo del arma no le cortase la yugular.

—¿Lord Huntly? —increpó John, liberando al marqués.

—Pues sí. ¿Por qué demonios hiciste eso?! —Se acarició el cuello y escrutó al muchacho de veintidós años que iba vestido totalmente de negro y cubría su rostro con aquel antifaz del mismo color—. ¿Qué has comido en estos años? —Se asombró por el gran cambio físico que sufrió el joven. Era tan alto como él y casi tan robusto.

John se despojó de la máscara y sus ojos verdes pardos, brillaron con diversión.

—Digamos que mi padre se está retirando de a poco y mi cuñado está centrado en su familia... —Se encogió de hombros. Sonrió, y unos hoyuelos se formaron en sus mejillas. No se parecía en nada al joven que casi le cortó el cuello hace un momento al marqués.

—De modo que estás aguzando tus habilidades...

—Me falta mucho por aprender —contestó con modestia—. Y ¿qué lo trae por aquí?

Alex resopló con fastidio.

—Tu hermana, naturalmente, y tutéame, por favor. No me gustaría tener que inclinarme ante ti cuando seas el nuevo duque. Así que, ahorémonos las formalidades —propuso.

John afirmó y lo invitó a seguirlo hasta el despacho de Henry, donde sirvió una copa de brandy para el marqués.

—¿No me acompañas? —inquirió, arrellanándose en el mismo sillón donde había estado cuando Henry le propuso aquel plan para ocuparse de Helena.

—No bebo —contestó secamente John—. Y dime, ¿cuál es el problema?

—El problema es que necesito que se anuncie mi compromiso con Helena, pero su excelencia está fuera de la ciudad. —Fue al grano.

—Bueno, mi padre regresará en un par de semanas.

—No deseo esperar tanto —masculló Alex—. No tengo mucho tiempo.

John clavó su mirada en sus ojos azules, y preguntó:

—¿Por qué la prisa?

—Porque Helena está fuera de control, y a mí parecer, cometerá una gran tontería solo por fastidiarme.

Alex no apartó la mirada del rostro de John, que se acomodó en el asiento y entornó los ojos.

—No veo qué pueda hacer yo. —Se encogió de hombros—. No puedo obligarla, a menos que... —arqueó una ceja y lo observó suspicaz—. La interacción entre ustedes, ¿ha alcanzado ese punto?

—No. —Negó en rotundo—. No quiero someterla bajo esas circunstancias.

—Entonces, es imposible que yo pueda hacer algo más. Lo lamento.

—Pero, a la marquesa de Bristol, le habías dado un ultimátum. ¿Por qué no puedes hacer lo mismo con Helena?

—Sabes perfectamente por qué, Alex.

—Pasó la noche en mi casa —reveló en un acto de desesperación. Ya se arrepentía por no haberla sometido—. ¿Eso cuenta?

—¿La secuestraste? —increpó, sorprendido. Alex afirmó—. ¿Y no aprovechaste la situación para explicarle las cosas?

—Lo hice, pero no le importa, y ha aceptado el cortejo de Aberdeen —dijo con un deje de frustración.

—¿De ese mequetrefe? —indagó consternado.

—¿Ahora entiendes por qué necesito dejar en claro mi posición delante de todos?

John afirmó con la cabeza.

—Comprendo, pero sigo sin tener suficientes motivos para presionarla, Alex. Además, mi madre no permitirá que se despose contigo por obligación. Y padre no puede oponerse a ella. Así que, te aconsejo que tomes medidas drásticas o tengas paciencia y esperes a que se le pase la rabietta. Aunque... —Una sonrisa diabólica se formó en su rostro—. Tengo una idea.

CAPÍTULO 19



La idea de John era simple. En principio, Alex debía realizar su aparición oficial en la temporada y reclamar su lugar, tanto en la sociedad, como prometido de Helena. De por sí, con el apoyo de sus padres, los duques de Lancaster, ya sería suficiente para dejar en claro la posición del marqués dentro de la familia. Sin embargo, los condes de Essex contribuirían en su cometido con las conexiones de su tío Thomas y el muy esperado baile que cada año ofrecía su tía Anabelle.

El primer paso, daría pie al siguiente. El marqués de Huntly sería invitado a los acontecimientos más importantes de la temporada, tanto por curiosidad sobre su relación con los Wellesley, como por la posibilidad de atrapar a un hombre redimido que además de ser endiabladamente atractivo, poseía fortuna y título.

Esas ocasiones le darían la oportunidad perfecta a Alex para perseguir a Helena dentro de su círculo y ella no podría desairarlo, aunque quisiera. Además, si todo salía como John pensaba, su hermana se resistiría hasta el final, y entonces, cuando Huntly se rindiera, sería el momento justo para atacar.

—¿Estás seguro que funcionará? —preguntó Alex, cuando el carruaje se sumó a la larga fila de coches que aguardaban para descargar a sus presuntuosos ocupantes frente Essex House.

Había transcurrido una semana desde que visitó a John en el Club y, aunque sonase ridículo, ese pequeño demonio, como siempre lo llamaba por ser hijo de quien era, tenía bastante experiencia en esas cuestiones. Conocía a la perfección las maneras en que las damas de su círculo se movían, y parecía adivinar todo lo que pensaban, lo cual le resultaba muy conveniente a la hora de planear alguna treta, como la que urdió con él para atrapar a la menor de las Wellesley. ¿Dónde había aprendido tanto? Seguía siendo un crío, al menos en edad y, sin embargo, era un

gran estrategia en muchos aspectos.

De antemano, ya se apiadaba de la pobre dama que tendría que casarse con él.

—Por supuesto que funcionará, conozco a mi hermana; es orgullosa y obstinada, y no cederá hasta el último momento.

—Te juro que, si ella sigue sin aceptarme después de todo esto y se niega a casarse conmigo por las buenas, aunque me vaya al infierno, haré las cosas a mi manera y ni tu padre ni tú podrán detenerme —advirtió, apeándose junto a la escalinata iluminada por la que hacían su aparición los invitados.

John sonrió de un modo enigmático y su fiel compañero desde hace dos años, le preguntó:

—¿Estás seguro que funcionará?

El heredero del duque se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, Brodie, pero será divertido. ¿No lo crees?

Brodie solo afirmó para no llevarle la contraria a quien, intuía, sería el dueño de todo Londres en poco tiempo. Y no se refería precisamente a las propiedades, sino a sus señores. El pequeño demonio, como lo llamaba Alexander, tenía un futuro prometedor en los bajos mundos, donde movía un lucrativo negocio del que ni su padre sabía. Aunque, tampoco era ilegal.

—Bueno, aunque para Alex no lo creo —agregó el pelirrojo escocés—. Ha cambiado. Ya no queda ni rastros del muchacho despreocupado y cínico que se marchó de aquí.

—Los planes de mi padre siempre resultan —contestó John como si fuera evidente—. Era justo lo que quería; que el marqués madurara antes de casarse con una joven tan caprichosa y fantasiosa como Helena. Alguien, en ese futuro matrimonio, debe tener los pies en la tierra o resultará en un completo desastre.

—Entonces, ¿estás seguro que lady Helena accederá?

—Es muy improbable, pero sí tengo la seguridad de que a Huntly, poco y nada le importará su opinión, si en este tiempo no consigue doblegarla por las buenas —miró a Brodie a los ojos y volvió a sonreír—. De que todo este lío terminará en matrimonio, lo hará. Sin embargo, los métodos... —suspiró con teatralidad—. En resumen, será divertido.

—Me pregunto, qué tipo de mujer tendrá la suerte de negociar su futuro matrimonio contigo —bromeó Brodie para molestarlo—. Estoy ansioso por ver cómo resuelves la situación, cuando te llegue el momento de estar en los zapatos del pobre de Alex...

John bufó y negó con la cabeza.

—Puedes esperar sentado, Brodie —contestó espantado.

—Pensé que no había nada que te atemorizase... —arrugó el ceño, confundido—. Es solo

cuestión de encontrar a la mujer indicada: buena reputación, cuantiosa dote, familia respetable y que sea hermosa.

—Desde que mi difunta abuela nos habló, a Susan y a mí, del matrimonio, le he tenido mucho respeto. Prefiero hacer la vista gorda hasta que no haya más remedio, y para ese momento, créeme que todavía faltan unos cuantos años. Así que, no vuelvas a mencionar la palabra matrimonio que puede que llames a la desgracia —zanjó turbado.

—A hombres como tú, siempre les llega el momento. Y lo peor del caso, es que sucede cuando menos lo esperas.

John solo negó en sus adentros, perturbado.



Al llegar arriba, Alex fue recibido por la condesa y lord Essex, luego de que su nombre fuera anunciado con rimbombante acento por el pomposo lacayo que flanqueaba la puerta.

—Bienvenido a Londres y a la alta sociedad, lord Huntly — saludó con verdadero gusto Anabelle—. Desde el día en que nos conocimos, supe que llegaría este momento.

—Milady, usted siempre tan perspicaz.

—Me alegra volver a verte, Huntly. —Thomas lo recibió con una franca sonrisa—. Cuenta con nosotros para lo que sea necesario.

—Me han dicho que ha adquirido una antigua mansión muy cerca de la residencia de los marqueses de Bristol, y asumo que le faltará unas cuantas remodelaciones y redecorar todo. Así que, si necesita ayuda para el caso, estoy a sus órdenes —añadió Anabelle.

—Le agradezco mucho su oferta, milady, y de hecho, necesito un par de consejos para el caso. Usted conoce mucho mejor que yo a la dama, cuyas intenciones tengo de convertir en dueña y señora de esa casa —fue directo, obteniendo la aprobación inmediata de la condesa.

Fascinada, lady Essex tuvo que morderse la lengua para no preguntar por sus avances con Helena. Al parecer, lord Huntly no dejaba que la hierba creciera bajo sus pies y había llegado decidido a cazar a su sobrina consentida.

—Muy bien. Entonces, permítame escoger a tan afortunada dama como su pareja más adecuada para el primer vals. ¿Vamos?

Alex asintió complacido, pues era justo lo que buscaba, y mientras escoltaba a la anfitriona hacia el grupo de caballeros que encerraban en un círculo a la joven en cuestión, esbozó una sonrisa al imaginar la cara de sorpresa que pondría.

Helena sintió curiosidad cuando los caballeros que la acompañaban se hicieron a un lado, interrumpiendo la charla amena que parecían compartir, solo para darle paso a un caballero alto y

elegante, con un cabello rubio brillante y traje de gala negro, que se acercaba con determinación en compañía de su tía Anabelle.

—Buenas noches, caballeros. Permítanme presentarles a lord Alexander Gordon, marqués de Huntly, quien es un muy buen amigo de la familia y socio comercial del padre de este dechado de virtudes que os acompaña —dirigió su mirada a Helena, en tanto los murmullos comenzaron—. Helena, querida, te presento a lord Huntly como al compañero más adecuado para bailar el primer vals de esta noche, y te estaría muy agradecida si le sirves de acompañante en la cena.

Helena fulminó a su tía con los ojos, pero a lady Essex poco y nada le importó la reacción de la joven.

—Por supuesto, tía. —Fue lo único que dijo—. Sea bienvenido, milord.

Helena realizó una reverencia que, acorde le habían instruido, se debía a los hombres del rango de lord Huntly. Sin embargo, un escalofrío le recorrió la espalda cuando él le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Milady. —Alex llevó a cabo el saludo con expresa desenvoltura, como si siempre hubiera pululado por los salones de baile y estuviera acostumbrado a alagar a una dama de la talla de Helena.

Sus ojos parecían desafiarla a provocar una escena, pero Helena aceptó el saludo con absoluta indiferencia y le sostuvo la mirada. Entonces, el tiempo pareció detenerse, mientras ambos se perdían en los ojos del otro, y el prelude de los acordes del primer vals, los hizo recordar el sitio donde estaban, rompiendo el hechizo que los había envuelto.

—Creo que ése es mi baile, lady Helena. —Alex esbozó una sonrisa amenazadora al tiempo que cerraba sus dedos en torno a los de ella.

Helena solo afirmó con la cabeza y tuvo que dejar que la condujera hasta la pista de baile y que la tomara entre sus brazos, ante los ojos de toda la alta sociedad. Ante los ojos de una anfitriona que claramente, la había entregado a ese lobo.

—¿Qué estás haciendo aquí, Alex? ¿Qué pretendes? —Lo increpó con un furioso desaprovecho, sin dejar de sonreír.

Él le sostuvo la mirada mientras comenzaban a girar.

—Creo que es momento de dejar en claro las cosas frente a todos.

—¿Qué cosas? ¿Qué sandeces dices?

—Cosas como nuestro asunto personal.

—Nosotros no tenemos ningún asunto personal.

—Se te olvida el pequeño detalle de que soy tu prometido, querida. Y antes de que protestes y

te excuses con ese tonto cuento de que tu padre no te lo ha comunicado, me tomaré el trabajo de dejarles en claro, a todos tus perritos falderos, que no hay nada que esperar de ti.

La advertencia de Alex tenía otro talante, y Helena comprendió que el hombre despreocupado al que había conocido, era cosa del pasado. Alexander Gordon se convirtió en un caballero con carácter de los mil demonios, implacable e impaciente, y desde su perspectiva, la escena que estaba dando a los presentes, encerrándola entre sus brazos casi rebasando las normas del decoro, era una clara declaración que no pasaría inadvertida para nadie.

Por cómo los observaban, eso lo tenía en claro, y la cuestión que quedaba por discutir, era cuanto tiempo ella tardaría en resistirse a caer en sus brazos.

—Alex, compórtate, estamos dando un espectáculo —musitó ella, cuando la mano del marqués la presionó más contra sí, al punto de casi pegarla a su cuerpo.

Alex luchaba contra el impulso de estrecharla contra él y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no perder el control y provocar un escándalo. Sinceramente, no le importaba, pero no quería que corrieran habladurías sobre Helena, como si ese baile que rozaba lo escandaloso no fuera a dar que hablar al día siguiente.

Helena experimentó un gran alivio cuando la música terminó; darse cuenta de que probablemente él también lo sabía y que si lo provocaba lo suficiente se arriesgaría a verse envuelto en un escándalo para obtener lo que quería, la dejó aturdida.

Con total corrección, hizo una inclinación antes de ayudarla a levantarse y luego la llevó de regreso al grupo de caballeros que la esperaban.

—Milady, fue un placer —musitó el marqués y, al contrario de lo que Helena esperó, Alex se perdió entre la multitud y no la abordó para ser su acompañante durante la cena.



A Alex le había costado horrores marcharse de la fiesta después de aquel baile y dejarla a merced de todos esos caballeros que la asechaban. Sin embargo, iba a hacerle caso a John y poco a poco, dejaría en claro delante de todos sobre sus intenciones con la dama.

Tal y como lo supuso John, las invitaciones comenzaron a llegar sin tregua, y con ayuda de Henry se aparecía en los bailes donde, con seguridad, se encontraría a Helena.

Al día siguiente, había hecho lo mismo en el baile de los Londonderry, y en la siguiente velada, en la mansión de los duques de Richmond. Hacía acto de presencia en los salones y reclamaba el primer vals a lady Helena Wellesley, para luego marcharse sin dedicarle sus atenciones a ninguna otra dama. Sin dudas, era una rotunda declaración de que su único objetivo era la joven en cuestión.

Helena se había acostumbrado, a medida que pasaban los días, a tenerlo frente a frente, reclamando el primer vals y a girar por los salones entre sus brazos, en un baile que dejaba muchas preguntas sin respuestas a las cotillas más consumadas de la alta sociedad.

Ya no protestaba, solo se dedicaba a disfrutar del baile en silencio. Alex tampoco la abordaba ni presionaba, solo le sonreía, gozando de su compañía, haciendo preguntas triviales, para luego devolverla a su séquito de admiradores. Después, desaparecía y con su ausencia, le dejaba un mal sabor de boca que detestaba, porque tenía que admitir que se aburría horriblemente después de que se marchaba.

Sin duda alguna, Alexander Gordon había cambiado por completo de estrategia. Claramente, quería que ella diera su brazo a torcer y aceptara su matrimonio de buena gana, pero no era el momento, todavía, de rendirse ante él.

Durante un mes la siguió acosando de la misma manera, ciñéndose siempre al decoro, comportándose en apariencia como todo un caballero, aunque debajo de esa fachada de un hombre refinado y complaciente, se escondía un salvaje que estaba perdiendo por completo la paciencia.

Esa noche, en el baile de la condesa de Harewood, a nadie le sorprendió que Helena estuviera dando vueltas entre los brazos de Huntly, y Alex creyó que era el momento oportuno para realizar un nuevo movimiento, antes de formalizar su compromiso con ella.

—Concédeme un minuto de tu tiempo, Helena. Prometo que no te morderé... —susurró, cuando la pieza terminó y se disponía a devolverla con su carabina—. Te espero en la terraza —y realizando una perfecta venia, la dejó con la marquesa de Bristol.

—No se puede negar que ha estado comportándose como todo un caballero. Nada que reprocharle... —habló Susan, mientras ambas veían la espalda ancha de lord Huntly, que se perdía entre la multitud.

—Así parece.

—¿Y bien? ¿Ya has tomado una decisión respecto a él? Sabes que padre llega mañana, y que lord Huntly irá a reclamar lo que le prometió —le recordó su hermana.

—Estoy segura de que solo está encaprichado por mi negativa... —dijo Helena—. En todo caso, no ha vuelto a mencionar la palabra compromiso.

—Pero lo hará, Helena. ¿Cuál es el problema?

—Alex es muy inestable y me confunde, Susan. ¿Qué pasará cuando le diga que sí? ¿Volverá a desaparecer como hace tres años? —inquirió con miedo—. Puede que padre le haya otorgado mi mano, pero... no estoy segura de sus motivos para casarse conmigo. Siento que solo soy un desafío, y que sus razones para desposarme, conlleva más una necesidad por terminar algo que comenzó... y no hagas preguntas, porque estoy segura que te escandalizarías si te cuento los detalles.

—Helena, en verdad quien confunde a todo el mundo eres tú. Después de todo lo que ha hecho el pobre hombre, ¿todavía tienes dudas de sus razones para desear casarse contigo? ¿Es en serio? — increpó como si su hermana estuviera realmente loca—. ¿Por qué simplemente no hablas con él sobre tus miedos? Todo sería más fácil si le dices lo que sientes, y que él te cuente los detalles de su viaje, sus motivos para estar tanto tiempo fuera. Además, sabes que hombres como él tienen un límite, y si no reaccionas, perderá la paciencia.

—Pues entonces, no le importo lo suficiente. —Helena alzó la barbilla y miró ansiosa hacia donde se marchó.

—No me refiero a que dejará de hacerte al corte, sino todo lo contrario, Lena. Piénsalo; está haciendo las cosas a tu manera, te ha perseguido en todos los bailes, siguiendo el protocolo. Pero, si no le das una respuesta pronto... —Susan negó con la cabeza y suspiró—. Madre, seguramente te llevará de regreso y ya no gozarás de tanta libertad como lo haces estando conmigo. Esta noche, es tu última oportunidad —advirtió.

Con las palabras de Susan retumbando en su cabeza, Helena siguió a Alex hasta la terraza, donde él la esperaba ansioso. La idea de lo que sucedería entre ellos a continuación, hizo que se le desbocara el corazón. Sin embargo, fue interceptada por un lacayo y la nota que recibió, hizo que diera media vuelta y regresara junto a su hermana.

CAPÍTULO 20



Helena no fue a su encuentro y el humor de Alex se crispó. Regresó al salón y la buscó con la mirada. Había desaparecido de su campo de visión. ¿Dónde se había metido?

Observó en la distancia a su amigo y a su esposa, pero seguía sin encontrarla, por lo que, impaciente, se acercó a ellos.

—¿Dónde demonios está Helena? —increpó, cuando llegó junto a la pareja.

—Helena se marchó —dijo Susan—. Mi hermano envió un coche a por ella, y acaba de irse.

—¿Estás segura que ha sido John? —riñó preocupado, recordando el incidente con Rivers.

—Yo misma la acompañé, y era Brodie quien la esperaba. Sin embargo... creo que harán una parada por el club, y tiene tiempo de alcanzarlos —reveló Susan, con un deje divertido.

Alex salió de inmediato, dispuesto a secuestrar a Helena de ser necesario.



—¿Por qué tanta prisa porque te acompañe, hermano? —inquirió Helena, sentada al lado de John en el coche. Frente a ellos, estaba Brodie.

—Es que, se me ocurrió que podríamos jugar una partida en el Club, antes de que regresen nuestros padres...

Brodie reprimió un bufido y solo se dedicó a negar en la oscuridad del coche.

—¿Y por eso tanta prisa?

—Eres mi compañera de juego, Lena. O ¿he interrumpido algo más importante en la velada? —indagó con aparente inocencia.

—Por supuesto que no —contestó ella, con una sonrisa—. Cuéntame los detalles...

Su hermano le comentó el trasfondo de aquella supuesta partida y ella le siguió la corriente. Sin embargo, cuando John bajó del coche en la parte trasera del edificio, sintió el cañón de una pistola en su espalda y levantó ambas manos.

—Te estabas tardando demasiado —dijo burlón—. Está dentro del coche.

—¿Me estabas esperando? —increpó Alex, sorprendido—. Por supuesto... tú y la esposa de Henry... ustedes buscan volverme loco —masculló.

—¿Así nos agradeces nuestra ayuda? —reprochó indignado.

—Ya me parecía demasiado conveniente que te dejaras sorprender de un modo tan inocente.

—Vete antes de que me arrepienta.

Alex bajó el arma e ingresó al coche.

—A la residencia del marqués —ordenó John a su cochero, que de inmediato siguió sus órdenes.

Mientras veía cómo se alejaba el carruaje, resopló.

—Es la última parte del plan, Brodie. Cuando ella diga que no...

—Alex no la debe presionar —concluyó el escocés—. Y con lo orgullosos que es, estoy seguro que no lo hará.

—Esperemos que siga el plan y renuncie a ella, o este lío nunca se resolverá.

—Pero, ¿Alex conoce su participación? —Brodie arrugó el ceño. No recordaba que John le hablara a Huntly de aquella situación en particular.

—Si lo supiera, se pondría en evidencia.

—Tienes razón, nunca se le ha dado muy bien eso de mentir.

—Pues bien, esperemos la reacción de Huntly mañana. Mi padre no estará muy contento...

—¿Y si te equivocas?

—Entonces, yo mismo casaré a esos dos. Ya me aburren con sus tonterías. ¿Has conseguido lo que te he pedido? —indagó con el ceño fruncido.

—Sí, lo tengo conmigo.

—Perfecto.



—¿Alex? —indagó Helena, sorprendida cuando lo vio ingresando en el interior del carruaje—. ¿Me has tendido una trampa? Y yo que pensé que habías comenzado civilizarte... —reprochó, dolida de que la estuviera asegurando de aquella manera tan vil.

—A quien le tendieron una trampa, fue a mí —contestó él con suma tranquilidad—. Tu familia... ¡están completamente locos! —Negó con la cabeza.

—¡No culpes a mi familia por tu insensatez! No iré a ningún lado contigo, Alex. ¡Llévame de regreso! —le ordenó.

—¿De verdad no te interesa escucharme? —indagó cansado de reñir con ella—. Helena, no podemos seguir de este modo. Yo... —tragó con esfuerzo y suspiró—. Pensé que las cosas se estaban resolviendo entre nosotros, creí que disfrutabas de mi compañía. ¿Tanto me desprecias?

Helena solo esquivó la mirada, incapaz de responderle. No lo despreciaba, ¡por supuesto que no! Ella lo quería, pero no aprobaba su manera de acorralarla para que terminara por decir que sí, ni que las cosas se resolvieran tan rápido para él, que la había dejado al olvido por casi tres años.

Ni ella misma comprendía aquella necesidad de tensar las cosas entre ellos, cuando para todo Londres, su relación tan peculiar con el marqués de Huntly, terminaría sin dudas en compromiso. Y estaba de acuerdo, pero no era el momento. Alexander la hizo esperar demasiado tiempo como para ceder ante él en un maldito mes, y menos obligada por las circunstancias.

No. No demostraría aún todo lo que su presencia le causaba, ni cómo su corazón se agitaba en su compañía o cuánto le ardían las entrañas con un simple roce de sus manos. Su cabeza le decía que iba por buen camino, que era un método infalible para asegurarse de que él no la volvería a

abandonar por el mandato de nadie, ni siquiera el de su padre. Debía enseñarle a valorarla, no podía arriesgarse a que la dejara de nuevo con el corazón destrozado.

Sin embargo, su corazón le aseguraba que él había hecho todo aquello porque la amaba, a pesar de lo que pudiera creer. Sus instintos le advertían que se anduviera con cuidado o lo podría perder para siempre, mas su orgullo era un asunto que no podía dominar ni apartar de su carácter.

Soltó un grito de frustración en su fuero interno, al tiempo que se cruzaba de brazos, furiosa.

—No me gusta que me presionen, y mucho menos tú... — fueron sus palabras que se oyeron frías, y estaba segura que lo estaba lastimando

—Mucho menos yo... —repitió Alex, dolido—. Entonces, asumo que, si te pido que te cases conmigo...

—Mi respuesta es no —dijo Helena tajante, antes de que él terminara siquiera de formular su pregunta, y de inmediato se arrepintió, aunque no se retractó.

Las emociones se adueñaban de ella precipitadamente ni bien él la miraba; el efecto que le producía, el remolino delirante que le causaba, le resultaba poco menos que aterrador. Tenía pavor a demostrarle que tenía su corazón entre las manos, aunque herirlo era como lastimarse a sí misma.

—Al menos, dame tus motivos.

—¿Mis motivos? —indagó, desconcertada. Pensó que Alex perdería los nervios, pero estaba calmado, intentando razonar con ella por las buenas.

—Sí, Helena. He hecho todo para agradarte, para encajar en tu círculo, para ser digno de ti, y tu solo te encierras en una negativa a la que aún no le encuentro sentido... —explicó, rindiéndose al sentimiento de pérdida que en ese momento le penetraba el alma—. Sé lo que sientes por mí, que no te resulto indiferente, y estoy confundido al respecto. Te he explicado mis motivos para marcharme, también el por qué no me despedí. ¿Quieres que me arrodele y te suplique? —increpó con desconcierto, presionando las manos en puño para no tomarla y zarandearla hasta que entrara en razón—. Si te he lastimado, te pido perdón una vez más, lo siento profundamente, pero todo lo hice por un futuro a tu lado y te agradecería que me dieras tus razones para rechazarme... otra vez.

—No puedo confiar en ti —confesó Helena, llevada por la rabia—. Y no puedo casarme con alguien en quien no confío, necesito tiempo.

—¿Más tiempo del que te he dado? —preguntó con absoluta incredulidad.

—¡Sí, Alex! ¡Más! ¡Mucho más! Y, a decir verdad, ¡no sé cuando se me pasará el enojo contigo! Así que, deja de intentar obligarme y regrésame con mi hermano.

Alex permaneció en silencio, observándola como si le hubieran roto el corazón en muchos pedazos. Apretó aún más los puños para reprimir el impulso de aferrarla por los hombros y

zarandearla. El nudo que se formó en su garganta, le impedía respirar, pero... no podía obligarla. Si era lo que ella quería, él respetaría sus deseos.

—Entonces... no hay nada más para decir —afirmó con determinación. Los recuerdos de lo que sucedió en su casa volvieron a su mente, y un impulso férreo le gritaba que hiciera las cosas a su manera; que la secuestrara, que mandara al infierno todas las malditas reglas sociales. Sólo tenía que llevarla a su cama... hacer lo que John le dijo, pero no podía. No tendría cara para mirarla si la seducía y la hacía suya bajo aquellas circunstancias. No pensaba soportar otra acusación más de su parte. Cerró los ojos y, cuando los abrió, añadió—: Perdóname por todo el tiempo que te he hecho perder.

Alex golpeó dos veces el techo del coche y este se detuvo, casualmente frente a su residencia.

—No volveré a importunarte. Descuida.

Bajó del carruaje y le ordenó al cochero que la llevara de regreso con su hermano y con resignación observó cómo se alejaba el carruaje. Era todo lo que podía hacer, ya que insistirle resultaba imposible.

Volviéndose, subió los escalones con el ceño fruncido, y buscó la llave de su casa para ingresar. Cuando ingresó, Dom seguía en la entrada, esperando a por él como siempre lo hacía.

—Empaca todo, regresaremos a la finca mañana mismo —avisó.

—¿Piensa renunciar a ella? —le increpó desconcertado su leal servidor.

—Dominique, si no me quiere en su vida, no puedo obligarla. Al menos, no ahora... —respondió crispado—. Necesito alejarme. Mañana iré a casa de su padre, mientras tú organizas nuestra partida.

—Como ordene —contestó, aunque estaba en desacuerdo.

Alex se dirigió al despacho casi vacío y cogió una botella de whisky. Bebió directamente del pico y susurró su nombre, de pie, mirando la estrellada noche por la ventana. Tenía ganas de ir a buscarla, sí... colarse en su habitación y preguntarle, una vez más, si no lo había echado ni un poquito de menos. Necesitaba hacerle tantas preguntas, pero sobre todo, necesitaba saber si no le dolía ni un poco la idea de que nunca estarían juntos. Ansiaba confesarle que, durante todas las noches de todo el tiempo que estuvo ausente, ella fue el motivo por el cual se había aferrado a regresar, que recordarla con su pelo suelto en aquella pradera donde la instó a besarla, bajo el cielo del mismo color que sus ojos, era el recuerdo que lo mantuvo vivo todo ese tiempo.

—Helena... —musitó.

En ese momento, le dolía hasta pronunciar su nombre.

Helena le dolía. Sí.

Esa era la palabra correcta.

...

Alex se percató de que había amanecido por la luz que ingresaba en la ventana. Parpadeó, tratando de enfocar, y se encontró recostado en el sillón del despacho. Exasperado, fue a asearse y alistarse para salir rumbo a Cavendish Square, a casa del duque. En cuanto llegó, Arthur lo recibió en su despacho.

—Pensé que entrarías aquí, lanzando fuego por la boca — frunció el ceño—. No traes buena cara. ¿Ha ocurrido algo malo?

—Digamos que, el recibimiento de mi prometida no fue el mejor, y asociado al hecho de que me ha visto la cara por tanto tiempo, sin cumplir la promesa que me hizo de que esperaría por mí, creo que tengo demasiados motivos para tener esta cara... — masculló con sorna.

—Alex, hice lo que pude. —Se excusó—. Mi esposa se opuso a esperar más, por el estado anímico de Helena. Tu partida le afectó bastante.

—Entonces, ¿por qué no le dijo la verdad?! —Alex se puso de pie y colocó sus palmas sobre el escritorio—. Tuvo que haberle dicho, que fue usted quien me envió a aquella misión suicida que nos separó por tanto tiempo.

—Te advertí que habría consecuencias si no te despedidas. — Arthur lo apuntó con el dedo y le señaló el asiento—. No me echas la culpa de tus decisiones.

Alex negó con la cabeza y volvió a sentarse.

—Ya no tiene remedio discutir sobre ese asunto, solo he venido a informarle que me marchó indefinidamente —comentó con resignación.

—¿Tan mal resultaron las cosas? —Arthur estaba realmente intrigado. Helena podía ser un encanto, pero claramente heredó el carácter de su madre.

—Un completo desastre y siento que estar cerca de ella, sin poder hacer más nada que observarla... —tragó grueso—. Quiero que sea feliz, y si considera que no soy el candidato más adecuado, no la obligaré a desposarse conmigo; ya tuvimos suficiente los dos. Ella ha tenido que tolerarme obligada por circunstancias, y yo ya no puedo soportar su desprecio.

—¿Estás rompiendo el compromiso? —increpó el duque con incredulidad.

—No estoy rompiendo nada, su excelencia. Claramente, su hija nunca pensó en mí como yo en ella, y es justo que le regrese a Helena la libertad de escoger al esposo que ella desee. Usted ha hecho mucho por mí, aunque, en estos momentos lo detesto profundamente.

Arthur sonrió satisfecho. El tiempo y las dificultades hicieron madurar a Alexander tal y como esperaba. Ahora tenía frente a él, a un caballero íntegro, honesto y respetable. El hombre que siempre había querido para su hija. Sin embargo, lo comprendía más de lo que él imaginaba. Había pasado por lo mismo y tomar la decisión de alejarse, de respetar la última palabra de su esposa cuando lo echó de su vida, fue la decisión más valiente que había tomado porque la

amaba.

—Estoy muy orgulloso de ti, Alex. Sé lo que estás sintiendo, y el último consejo que puedo darte es que no pierdas la esperanza si la amas. —Le guiñó un ojo—. Yo tuve que esperar un poco más de dos meses a que a mi esposa se le pasara el enfado, pero siempre la esperé porque mi corazón sabía que ella era la indicada.

Alex lo miró sorprendido.

—Me cuesta creer que un hombre como usted... —Negó con la cabeza—. En todo caso, ocuparé mi tiempo en los negocios, tal y como me ha aconsejado. Sin embargo, necesito dar por concluida nuestra relación comercial. Lo siento mucho.

—¿Estás seguro? ¿No quieres pensarlo mejor? —insistió Arthur—. En todo caso, los negocios son negocios, Alex.

—La verdad es que yo no podría seguir frecuentándolo, excelencia. Le aseguro que no soportaría verla con otro caballero, y prefiero evitar cualquier tipo de situación que fomente un encuentro incómodo.

—Ya veo... —afirmó el duque con la cabeza—. Si es tu última palabra, no me queda más que respetarla.

—Un matrimonio con una de las partes inconformes, sería un completo desastre. Es lo mejor.

—Si tú lo dices. —Arthur resopló—. Te has ganado mi respeto, Huntly. Si has escogido que las cosas sean de esa manera, no te persuadiré para que cambies de opinión.

—Fue ella quien escogió que nuestra historia no se escribiera, y ya no tengo fuerzas para luchar contra ella misma. No la obligaré. — Se puso de pie y el duque lo imitó—. Hasta luego, excelencia. Despidame de su hija.

—Buena suerte, muchacho. Piensa en lo que te he dicho y búscame si estás en aprietos.

Alex solo afirmó con la cabeza y se retiró con una enorme sensación de vacío.

Cuando el viento golpeó su rostro, cerró los ojos e inspiró. Le costaba respirar con normalidad, le dolía horrores la situación. Deseaba gritar y sacarse de dentro todo lo que le quemaba, todo lo que dolía, pero sabía que sería inútil. El nombre de Helena Wellesley siempre estaría grabado en su corazón y su alma, para recordarle que nunca pudo llenar los zapatos del caballero perfecto que ella buscaba.

CAPÍTULO FINAL



Helena terminó de empacar y unos lacayos bajaron sus cosas al vestíbulo, cuando anunciaron que su madre había llegado a por ella.

—Bienvenida, madre. La he echado mucho de menos —dijo cuando vio a la duquesa y la estrechó en un abrazo.

—Yo también, querida. ¿Cómo estuvo todo por aquí? —preguntó suspicaz Claire. Anabelle ya le había adelantado los pormenores de la situación entre lord Huntly y su hija, y que su acercamiento casi escandaloso, era la comidilla de toda la ciudad.

—No se ha perdido de nada, madre. Descuide...

En ese instante, el mayordomo recibió a un mensajero y Henry y Susan se unieron a ellas, con George, reclamando la atención de su abuela.

—Este niño cada día está más precioso. ¡Se parece mucho a tu padre, Susan! —exclamó con regocijo, en tanto Henry arqueaba una ceja.

—Espero que no tenga las mismas mañas que su abuelo... —musitó el marqués, solo para que Susan lo oyera.

—Milord, ha llegado un recado de lord Huntly para usted —expresó Leslie, acercando la bandeja con la correspondencia.

—¿De Alex? —arrugó el ceño, confundido. Alex siempre los acompañaba en el desayuno y vigilaba los paseos de Helena por las mañanas. ¿Le habría ocurrido algo?

Helena se tensó con la sola mención del marqués, y a su madre no le pasó desapercibida su casi imperceptible reacción.

Sentía curiosidad, pero era tan o más orgullosa que ella misma, por lo que no preguntaría de que se trataba aquella nota. Entonces, ella lo hizo.

—¡Oh! ¿Lord Huntly? —Claire fingió no saber nada al respecto y Susan rodó los ojos.

—¿Qué novedades tiene nuestro querido lord Huntly, cielo? —inquirió con sutileza su esposa, incitándolo a leer la misiva.

Henry paseó la vista en los rostros de las damas y procedió a leer la nota. Sus ojos volaron sobre la letras escritas, que le avisaban sobre su inminente partida. La mente se le quedó en blanco, la sangre se le heló en las venas y, por instinto, su mirada se posó en Helena.

—¿Ocurrió algo malo? —indagó su esposa, preocupada.

Henry tensó la mandíbula. Se guardó la nota en el bolsillo.

—Alex se ha marchado —notificó, clavando su mirada en Helena—. Se ha ido.

A Helena le fallaron las rodillas y, por instinto, se sostuvo de su madre que comprendió cuán lejos había llegado la interacción entre el caballero y la menor de sus hijas.

—¿Ha dejado razones? —increpó la duquesa, comprendiendo que su historia se repetía con Helena.

—Solo dice que ya no tiene motivos para permanecer en la ciudad —contestó secamente el marqués—. Si me disculpan, tengo una reunión con los miembros del cámara de lores. —Se despidió y siguió hacia la salida.

Dos pares de ojos se posaron en Helena, que intentó esconder el evidente malestar que se avistaba en su rostro.

—¿Por qué me ven así? —preguntó, en tanto le fallaba la voz.

—Me pregunto qué sucedió para que se marchara, estaba decidido a casarse contigo... —habló consternada su hermana.

Susan miró a su madre que había arqueado la ceja, y ella afirmó con la cabeza.

—Entonces, ¿no me he perdido de nada, Lena? —preguntó con suavidad.

Helena levantó la cara y miró a su madre, culpable. Tenía un nudo en la garganta que le dificultaba hablar, pero el nudo que oprimía su pecho, era mucho más doloroso de lo que había esperado.

—Madre, yo...

—¿Por qué no pedimos té y conversamos de las últimas novedades? —dijo como si nada la duquesa. De inmediato, Susan ordenó que hicieran lo que su madre pidió y las tres fueron al solárium para tener privacidad.

—Muy bien, cariño. Cuéntamelo todo. ¿Qué ocurrió para que lord Huntly se diera por vencido? —Tomó las manos de Helena que estaban frías y temblaban.

Ella tragó con esfuerzo y, sin mirar el rostro de su madre o hermana, dijo:

—Creo que... lo ofendí.

—¿Todavía más? —increpó su hermana, desconcertada.

Mientras Helena intentaba acomodar sus pensamientos racionalmente, y que su orgullo no interfiriera en una decisión que aún no la convencía del todo, su madre habló.

—No queríamos decirte nada, pero lord Huntly pidió tu mano unos días antes de la boda de Susan —reveló—. Asumo, por tu expresión, que ya lo sabes. Sin embargo, existen muchas otras cuestiones que es importante sepas, cariño, como por ejemplo, todo el sacrificio que ese caballero realizó para poder estar hoy aquí, concretando un futuro a tu lado.

Helena comenzó a llorar en silencio, mientras escuchaba a su madre atentamente.

—Alexander heredó un título en ruinas y se rehusaba a aceptar la herencia que le habían dejado. Es un hombre muy orgulloso, pero por ti lo hizo...

Helena levantó la mirada.

—No deseaba nada de una familia que les dio la espalda, pero sabía que Arthur no lo aceptaría si no aseguraba su futuro. Sabes cómo es tu padre.

—Entonces ¿es verdad que se marchó porque padre lo dispuso de esa manera?

—Es cierto —afirmó la duquesa.

—Eso no cambia el hecho de que no se haya despedido de mí, ni que omitiera explicar sus motivos... y no puede regresar y solo imponerme su voluntad, ¿nadie puede comprenderme?

Susan y Claire se miraron y comprendieron que, en ese momento, resultaba inútil intentar razonar con ella. El único capaz de hacerla entrar en razón, era su padre.

—Estoy ansiosa por ver a mi padre. —Susan se incorporó—. Las acompaño a casa.

En el carruaje, Helena intentó mantener la compostura. Él se había ido, la estaba liberando de un compromiso que no deseaba; ella misma no se cansó de repetírselo. ¿Qué más quería? Debía estar feliz. Y, sin embargo, sintió una fuerte punzada en el pecho.

Él la estaba soltando, y el alma se le estaba rompiendo en dos mitades. Una de esas partes, sin dudas se iría por siempre con él. Se sentía devastada y rota por dentro, pero ya no tenía sentido lamentarse si fue ella misma quien lo había invitado a salir de su vida.

Cuando el coche se detuvo frente a su casa, desconsolada, salió del vehículo corriendo, y subió los escalones que antecedian la entrada principal. Sin pensarlo demasiado, siguió hasta el estudio de su padre y abrió las puertas de par en par.

Arthur levantó la vista y suspiró. Se puso de pie y la recibió entre sus brazos, mientras las lágrimas fluían por los ojos de su hija consentida.

—Lo siento —dijo el duque, sin saber que más decir.

—¿Que sientes, padre? ¿Haber callado todo este tiempo? ¿Ocultarme sobre tu trato con Alex? ¿O verme destrozada? —cuestionó con el rostro hundido en su pecho.

—Eras muy joven, Helena. —Acarició su cabello para consolarla—. De todos modos, debías esperar. Él solo siguió mis órdenes y fue la mejor decisión. —La separó por los hombros y con sus dedos, secó las lágrimas de su mejilla—. Alex tenía que madurar, y tú debías terminar de crecer. El matrimonio no es un juego, y puede que los dos estuvieran enamorados desde el principio, pero tenían que superar las adversidades; él demostró con creces que será capaz de cuidar de ti, y tú... tenías que aprender a esperar.

»Sé que te cuesta entenderlo, pero el amor no es una cuestión de orgullo. El amor es algo muy distinto a solo tener la razón. Puede que Alex haya cometido muchos errores, pero cambió por ti, hizo todo lo necesario para ser una mejor persona y estar a tu altura. Sin embargo, si su muestra de amor sigue sin convencerte, entonces nadie te obligará a casarte con él.

—Rompió el compromiso, ¿cierto?

Su padre asintió.

—Entonces, no me quería lo suficiente...

—Todo lo contrario; lo hizo porque te ama profundamente, y su sacrificio es prueba de ello, Helena, porque ha hecho a un lado sus propios deseos y sentimientos, para darte a ti la posibilidad de encontrar la felicidad a tu manera —explicó con paciencia—. Ahora eres libre de Alex, puedes seguir con tu vida sin que él interfiera en ella.

—Pero yo... —Helena cerró con fuerza los párpados y se cubrió la boca para reprimir el sollozo de lamento que quería escapar desde lo profundo de su alma.

—Habla con tu madre y pregúntale sus motivos para perdonarme —dijo de repente Arthur y le pellizcó la nariz—. Yo acabo de darte las razones de por qué una persona se aleja del ser amado.

Helena se vio tentada a hacer lo que su padre le propuso, pero ya no tenía sentido. Había comprendido perfectamente lo que intentaba demostrarle y se sabía de memoria la historia de sus padres y los motivos de su madre para olvidar sus malos entendidos. Sin embargo, necesitaba hablar con Alex...

Tenía que marcharme inmediatamente.

—Padre, necesito a John...

Su padre frunció el ceño, cuando Helena procedió a explicarle su plan.

—Tu madre nos matará. —Fue su último comentario, antes de enviar a por su hijo.



St. Albans, de camino a la finca...

Después de subir al carruaje, Alex se negó a voltear la cabeza mientras se alejaban de Londres. No podía soportar tanto dolor, pero a medida que dejaban atrás la ciudad, el corazón le repetía que le estaba dando la espalda a un futuro que añoró, y que su felicidad era solo y únicamente la joven a quien había dejado en libertad.

A una dama como Helena, no podía imponerle un matrimonio que no deseaba, aunque era

consciente de todo lo que ella sentía por él. Lo deseaba, igual que él, y lo amaba, o no hubiera dejado que las cosas llegasen tan lejos en su cama; no obstante, en el fondo de su corazón había mucho miedo, el mismo temor que él sintió cuando la conoció. El miedo a entregar su amor y terminar lastimado.

É

Él había conocido a demasiadas mujeres como para reconocer lo que pasaba por la cabeza de Helena.

La luz se desvanecía poco a poco, mientras Dom fustigaba e incitaba a los caballos con el fin de que no disminuyeran la marcha. Él había preferido ir dentro, solo y en silencio, para intentar calmar la tormenta que se desataba en su interior. La vocecita de su conciencia que le decía que había hecho mal, no lo dejaba en paz, y estaba luchando en solitario contra el impulso de ordenarle a Dom que diera la vuelta y regresaran.

Cerró los ojos.

—Aguanta un poco más... —susurró para sí, cuando oyó algunos gritos y se detuvo abruptamente el carruaje.

Por instinto, empuñó su pistola y aguardó pacientemente. El grito que escuchó, le dio a entender que habían sido emboscados.

Alguien abrió de un tirón la portezuela del carruaje, y lo apuntó con un arma.

—Sal con las manos en alto, o tu amigo sufrirá las consecuencias... —Era un hombre con un pañuelo cubriendo el rostro hasta la nariz.

Esa voz... le resultaba familiar, pero ¿dónde la había escuchado?

Sin intenciones de llevar aquel escenario a consecuencias indeseables, afirmó.

—Está bien, pero no le hagan daño.

Alex dejó el arma en el asiento del carruaje y prosiguió a descender con los brazos en alto. Paseó la vista y constató que eran tres sujetos: el cochero de un carruaje que interceptaba el suyo en el medio del camino, el hombre fortachón que tenía a Dom con una pistola en la cabeza, y el sujeto que lo amenazaba a él.

—¿Qué demonios...?

Alex no pudo terminar de formular su pregunta, porque el sujeto lo rodeó y dejó inconsciente con un golpe en la nuca.

—Tú —señaló a Dominique—, anuda sus manos y pies, y ponle una mordaza.

Le lanzó una cuerda y un pañuelo.

El ayuda de cámara procedió a hacer lo que le pidió su asaltante, sin titubear, pero manteniendo la mirada clavada en él, como si lo estuviera desafiando.

—Nada mal... —musitó cuando terminó—. ¡Métnlo al coche!

Dom titubeó esa vez, pero el gigante que le había apuntado hace instantes, le dijo:

—Ayúdame, no le haremos daño, pero es mejor que hagas lo que pide o esto se puede salir de control...

Dominique asintió y ayudó a cargar a su señor hasta el vehículo. Entonces, el que parecía el líder de aquella banda, se despojó del pañuelo que le cubría la boca y le sonrió.

—Es mi futuro cuñado, no le haré nada.

John le guiñó un ojo y el francés dudó.

—Conduce el coche hasta la finca, pronto tu señor te alcanzará —ordenó, mientras Brodie también se descubría el rostro—. Vamos, Brodie, o el novio llegará tarde a su propia boda.

Brodie lo siguió al interior del carruaje y ambos se sentaron uno frente a otro, mientras observaban a un Alex inconsciente, atado y amordazado.

—¿Era necesario? —preguntó el escocés.

John sonrió como un diablillo haciendo travesuras.

—No, pero hace que esto sea más emocionante. ¿No lo crees?

Como siempre, su leal compañero, no le refutó.

—Si tú lo dices...



Catedral de St Albans

—¿Por qué no llegan? —cuestionó Helena, presa de los nervios, que no dejaba de andar en círculos. De repente, se detuvo y miró a su hermana—. ¿Crees que me detesta tanto? No debí hacerle caso a John, ¿por qué esperarlos precisamente aquí? Pudimos seguir todos juntos el viaje hasta Paradise Hall como lo había planeado... —Se lamentó, en tanto retorció la falda de su vestido color amarillo pálido.

Susan contuvo sus ganas de rodar los ojos.

—Contrólate, Helena, y ya deja de dar tantas vueltas o me volveré loca.

—Siempre pensé que era la hermana sensata —siguió hablando la menor de las Wellesley,

retomando su andar—, pero cometí el peor error de mi vida. ¿Qué haré, Susan? Si él no viene... —volvió a mirar a su hermana.

—No seas tan dramática, Lena. Él vendrá... —La confortó Susan—. Ven aquí, tomemos asiento que me siento un poco mareada.

Helena sostuvo a Susan y la ayudó a sentarse en una de las bancas de la iglesia.

—No debí arrastrarte conmigo, ¿te sientes bien? —preguntó, preocupada.

—Estoy perfectamente y por nada del mundo me hubiera perdido este momento... —Susan sonrió de un modo enigmático.

—Tu esposo también ha desaparecido... ¿qué les ocurre a los hombres?

—Ya no seas impaciente, y mejor dime: ¿qué le dirás a Huntly cuando lo veas?

—Bueno, no lo he pensado, solo sentí la necesidad de buscarlo y me precipité a seguir a John...

—¿Qué sientes por él, Helena? ¿Lo amas?

Helena sonrió y entonces, oyeron unos pasos. Voltearon la cabeza para ver a John, con Brodie que cargaba al hombro a... ¿Alex?

Ambas se pusieron de pie y entonces, el escocés dejó caer el cuerpo de Huntly frente a Helena.

—Pesa bastante... —susurró el pelirrojo.

Helena, horrorizada, jadeó de indignación y cayó de cuclillas para inspeccionar al marqués.

—Pero ¡¿qué le han hecho?! ¿Acaso se negó a venir? —increpó consternada, por una posible negativa del marqués a hacer las paces con ella.

—Ni siquiera sabe que está aquí —contestó John.

Helena levantó la cabeza y arrugó el ceño.

—¡¿Lo has secuestrado?! —

—¡Estaba aburrido! —Su hermano se encogió de hombros—. Solo amenicé un poco las cosas.

—Tú y Susan siempre han tenido formas particulares de divertirse, ¡pero esto! ¡Es el colmo, John! —le reprochó a su hermano—. Ni siquiera me ha pedido matrimonio, y ¡¿quieres dejarme viuda?! —

Brodie derramó un poco de agua en el rostro de Alex, que comenzó a mover la cabeza y a parpadear. Sus ojos azules enfocaron el rostro de Helena, que lo observaba preocupada.

—¿Estoy muerto? —indagó, paseando la vista por el techo de la iglesia, para detener su mirada en Helena—. Sí, tengo estar muerto...

—¿Te sientes bien, Alex? ¿Te duele algo?

—¿Dónde estoy? —recobrando el sentido. Miró sus manos y trató de mover los pies—. ¿Qué está pasando?

Susan y John bajaron la cabeza y se unieron a Helena.

—Te hemos secuestrado —dijeron al unísono los tres, mientras Alex bufaba.

Levantó las muñecas.

—¿Esto era necesario? —increpó, sin ánimos de reñir.

—John dice que quería ponerle emoción a las cosas. —Helena sonrió, mostrando sus dientes.

—Pequeño demonio... —masculló, en tanto Brodie le desataba los pies y luego las manos—. ¿Por qué lo hiciste? —le cuestionó a John, mientras se ponía de pie con ayuda de Helena.

—Fui yo... —intervino ella—. Tenía que hablar contigo.

—Y, ¿no hubiera sido más fácil solo decírmelo? —objetó, confundido.

—Bueno, no me culpes por los métodos, eso es cosa de mi hermano. —Helena se encogió de hombros.

Alex suspiró y trató de relajarse. Miró a Helena que parecía nerviosa.

—¿Qué sucedió, pequeña? ¿Estás bien? —Estaba preocupado. Si Helena, que era la hija más sensata de su excelencia, había urdido con sus hermanos su secuestro, algo grave debía pasar.

Ella, avergonzada, miró a sus hermanos y a Brodie, pero ninguno les dio la privacidad que ella necesitaba.

—Yo... —desvió la mirada de Alex.

—Habla, Helena, que me tienes en ascuas. ¿Qué sucede? — insistió Alex, preso de la intriga.

—Yo, quería saber tus razones para romper nuestro compromiso... —musitó con las mejillas ruborizadas.

Alex la miró confundido.

—¿Además de tu tajante negativa a casarte conmigo? —musitó con suavidad.

Helena afirmó con la cabeza y él tomó sus manos.

—¿Por qué no insististe?

—No insistí con el asunto, no porque no quisiera hacerlo, sino porque me importas tanto que preferí dejarte libre y sufrir las consecuencias de alejarte...

—Pero... —Helena quiso protestar, pero él colocó sus dedos en sus labios.

—Helena, no quería presionarte más. Preferí darte tiempo y marcharme fue la mejor forma de hacerlo, o de lo contrario, hubiera sido imposible para mí dejarte en paz —confesó.

Henry había llegado con un cura, y abrazó a su esposa, a quien se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No quiero que te sientas obligada a casarte conmigo por un trato, quiero que lo hagas por las razones correctas, y esas razones implican que puedas entregarme tu corazón, tu amor y tu devoción. Por eso no quise... forzar las cosas —susurró, dándole a entender que se refería a la noche que pasó en su casa—. Nunca estuvo en mis planes acorralarte, aunque me sentí tentado en muchas oportunidades.

—¿Eso significa que me quieres? —preguntó inocentemente, y todos los presentes rieron.

—Todavía no entiendes cuánto te venero, ni lo mucho que te amo, porque te amo, Helena. Desde la primera vez que te vi, supe que me volverías loco. —Alex la abrazó, mientras ella hundía su rostro en su pecho. Bajó la cabeza hasta su oído y le susurró—: Si me das la oportunidad, prometo que en cuanto concretemos nuestro compromiso, te demostraré con creces todo lo que me importas.

Helena apartó la cabeza y se ruborizó, mientras una sonrisa de satisfacción se formó en los labios de Alex.

—Entonces, ¿te casarás conmigo? —preguntó ella.

Sus ojos destilaban un brillo inocente que abrumó al marqués por completo. Helena era tan ingenua, que ni siquiera comprendía todo el poder que ejercía sobre su voluntad y su corazón.

Levantó las manos a su rostro para que lo viera fijamente.

—Si tú me aceptas, seré el hombre más dichoso del mundo.

—Entonces, hagámoslo, porque te acepto, Alex. —Se lanzó a sus brazos, se puso de puntillas y le dio un rápido beso.

—¡Hasta que por fin se pusieron de acuerdo! —exclamó John—. Ya estaba perdiendo los nervios. ¿El cura está aquí? —indagó, buscando con la mirada a Henry.

—Lo he traído —contestó el marqués de Bristol.

—¿Tienes el documento, Brodie?

El escocés le entregó al sacerdote la licencia especial para que Alex y Helena se casaran en ese mismo momento.

—¿Qué significa todo esto? —cuestionó Helena, confundida.

—Tú y el marqués se casarán ahora mismo —decretó su hermano.

—¿Por eso me has dejado aquí?

Su hermano afirmó.

—Helena, no es necesario que hagamos esto si tu no quieres —intervino Alex de inmediato.

Concibiendo una ligera emoción de arrebató, Helena respiró hondo y sonrió.

—Ya estamos aquí, Alex.

—¿Estás segura?

Helena estaba segura que su madre la mataría, pero ella ya no quería seguir perdiendo el tiempo. Como bien le había dicho el marqués, ya se habían tomado demasiadas molestias como para seguir tensando la situación.

Lo miró a los ojos y sonrió.

—Estoy segura. —Su sonrisa se realzó, manifestando que no mentía—. Me he tomado demasiadas molestias para traerte hasta aquí, como para no casarnos. Te amo, Alex. Eres el caballero perfecto para mí. —Se puso de puntillas y le habló al oído—. Además, estoy ansiosa por terminar lo que hemos dejado a medias en tu cama.

Alex mostró una amplia sonrisa y afirmó.

Una hora después, Helena caminaba hasta el altar del brazo de su hermano. Vestía un sencillo vestido color beige, una tiara finísima de diamantes y un ramo de rosas blancas. Susan había llevado consigo todo lo necesario, y su hermana se veía preciosa.

Alex estaba emocionado, y solo se dedicó a contemplar con devoción a la mujer de sus sueños. Cuando el cura bendijo la unión, la estrechó entre sus brazos y le dio un largo beso que fue interrumpido por el carraspeo de John.

—Te amo, pequeña.

—Y yo a ti, mi caballero perfecto. Te amo.

—Marchémonos para que podamos retomar nuestros asuntos...

Helena se ruborizó, pero asintió vehemente con la cabeza.

...

Mientras su carruaje se marchaba con los nuevos esposos, Henry resopló.

—Fue una amena ceremonia —dijo Susan—. ¿De qué te preocupas?

—De la reacción de tu padre... —musitó secamente—. Esperemos que no se enfade tanto.

—El problema no es mi padre, sino mi madre, pero John le prometerá que el no se casará con una licencia especial y que tendrá la oportunidad perfecta de organizar una gran y enorme boda. ¿Cierto, John? —presionó a su hermano.

—Cierto —musitó sin atisbo de emoción.

FIN.

EPÍLOGO



El banquete de bodas fue celebrado un mes después en la finca de Alex: Paradise Hall. En su paraíso, como siempre decía, donde tenía a su ángel que lo volvía loco con cada ocurrencia. Sin embargo, era feliz como nunca había imaginado que lo sería.

Trascurrieron unos días hasta que los duques de Lancaster se presenciaron allí, después de que se enteraran que se habían casado inesperadamente.

Al contrario de lo que imaginó, el duque no se enfadó y estaba conforme con la resolución de su conflicto con su hija menor. Sin embargo, la duquesa fue un asunto distinto.

Se había enfadado, aunque con unas cuantas palabras adulatoras de Helena, se ablandó. No obstante, les hizo prometer que la dejarían organizar una celebración para los miembros más allegados de la familia.

Así pues, la casa que apenas había terminado de ser reformada por la duquesa y Helena, se volvió un caos.

La celebración fue todo un éxito, y en ese momento se encontraban en su alcoba, deleitándose con sus cuerpos mutuamente en la bañera, aunque estaban exhaustos después de atender a tantos invitados.

—Alex... —murmuró Helena, con los ojos entrecerrados.

—Mmm... —susurró. Él estaba apoyado contra la bañera y tenía a Helena entre sus piernas, recostando la cabeza en su pecho.

—¿Por qué yo? —increpó, logrando que Alex abriera los ojos y frunciera el ceño.

—Por qué ¿qué?

—Porque me escogiste a mí...

—Porque eres tú... —musitó en su oído, mordiendo el lóbulo de su oreja.

Ella respondió con una suave sonrisa y se volteó sobre sus piernas, acomodándose a horcajadas sobre él.

—Esa no es una respuesta. —Besó despacio los labios de su esposo, cuyo cuerpo reaccionó de inmediato y se hundió en su humedad. Helena jadeó y comenzó a mecarse sobre él—. Sigues siendo un tramposo, Alex... —gimió, con los ojos cerrados, mientras él se hundía más en ella.

—Y tú, siempre tan ingenua, pequeña...

—¿Por eso te enamoraste de mí? —indagó jadeante, en tanto él la penetraba más profundamente.

—Ya te lo he dicho, te amo porque eres tú, porque me gusta todo de ti. No necesito nada más cuando te tengo a mi lado.

—Ya... —respondió jadeante.

—Ahora te toca... ¿por qué yo?

—Porque siempre has sido el hombre perfecto a mis ojos. Y porque mi padre te escogió... —lo molestó.

—Ya deseo conocer a la dama que escogerá para el pequeño demonio —bromeó, alzándose con Helena entre sus brazos—. Esta cosa es muy pequeña. —Señaló la bañera—. Y quiero amarte a mi manera...

Caminó con ella entre sus brazos hasta la cama.

—¿Crees que John tendrá la misma suerte que nosotras? —indagó, mientras Alex le abría las piernas y se acomodaba sobre su cuerpo.

—Ya veremos, pequeña... ya veremos.

Helena sonrió, y solo se dedicó a disfrutar en los brazos de su caballero perfecto.